



LA MUERTE  
DE  
LOS DIOSSES



NOM

PG3467

.M4

M8

v. 1

c. 1

010800



1080022167



EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALEJAN  
Cerrada

HEMET



*Dr. Rodríguez*

LA MUERTE DE LOS DIOSES

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DMITRI DE MEREJKOWSKY

# La Muerte de los Dioses

(LA NOVELA DE JULIANO EL APÓSTATA)

TRADUCCIÓN

de

TOMÁS DE M. GRAELLS

TOMO PRIMERO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca General de la Universidad  
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA  
Casa Editorial Maucci.-- Mallorca, 226 y 228

Buenos Ayres  
MAUCCI HERMANOS  
Cuyo, 1070

México  
MAUCCI HERMANOS  
1.º del Relox, 1

1901

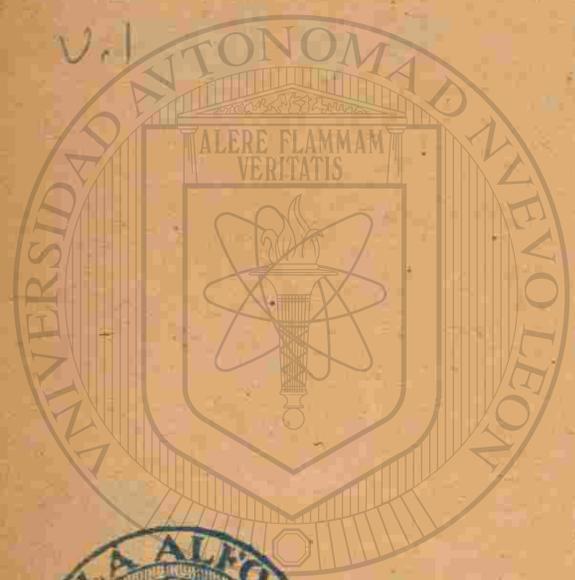
47023

PG3467

.m4

m8

v.1



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

IMP. DE LA CASA EDITORIAL MAUCCI.—BARCELONA

# La Muerte de los Dioses

## PRIMERA PARTE

I

A veinte estadios de Cesárea, en Capadocia, en la ladera arbolada del monte Argos, cerca de la carretera romana, brotaba una fuente de agua caliente, reputada por sus virtudes medicinales. Una lápida de granito, adornada con groseras esculturas y con una inscripción griega certificaba que el manantial había estado en otro tiempo consagrado á los hermanos Dioscuros, Cáster y Pólux, lo que no era obstáculo para que la reproducción de estos semidioses paganos se conservara intacta como la per-

010800

sonificación de los santos cristianos Cosme y Damián.

En la otra parte de la carretera, frente á la fuente sagrada, se elevaba una tabernucha, cubierta de rastrojo, contigua á un establo sucio, y á un cobertizo donde picoteaban gallinas y ánades.

En esta taberna, de la que era dueño el mal famoso armenio Syrax, podían encontrar los parroquianos, queso de cabra, pan moreno, miel, aceite de oliva, y un vinillo áspero, producto de los viñedos de la comarca.

Un tabique separaba la taberna en dos partes: una destinada á los plebeyos; la otra á los concurrentes de clase más elevada. Del negruzco techo pendían trozos de carne ahumada y olorosos manojos de hierbas de montaña, atestiguando que Fortunata, la mujer de Syrax, era una excelente dueña de casa, lo que no paliaba en un punto la mala reputación de la taberna.

Los viajeros que por aquel sitio pasaban de noche no se atrevían á detenerse, recordando los relatos que habían oído referentes á los tenebrosos planes urdidos en aquel antro, sin que Syrax hubiese sido nunca molestado por la justicia, gracias á la largueza y habilidad con que repartía el dinero.

La separación de los dos compartimientos de la taberna, se había hecho con dos delgadas columnas, sobre las cuales, se había colgado, á modo de cortina, una raída y descolorida clámide de Fortunata. Las columnas tenían ligera aproximación al estilo dórico y eran el orgullo de Syrax, que no tenía otro lujo en la taberna. En otro tiempo habían

sido doradas, pero en la actualidad estaban desconchadas y en estado deplorable.

La tela de la clámide había perdido el color violeta vivo que de nueva tuvo, para tomar un tono azulado sucio sobre el que destacaban numerosos remiendos é innumerables manchas, procedentes de todos los desayunos, comidas y cenas, que recordaban á la laboriosa Fortunata sus dos lustros de vida conyugal.

En la parte aseada de la taberna, sobre el único y angosto lecho, ante una mesa, sobre la cual estaban servidas algunas copas, se arrellenaba Marco Escuda, tribuno romano de la 9.<sup>a</sup> cohorte de la 16.<sup>a</sup> legión. Provinciano con ínfulas de elegante, tenía uno de esos rostros ante los cuales los esclavos y las cortesanas de segundo orden exclamaban con admiración sincera: «¡Hermoso hombre!»

Á sus pies, en una posición incomodada y respetuosa estaba sentado un hombre rechoncho y coloradote, de cráneo reluciente, en el cual, los escasos cabellos grises caían hacia las sienes: era Publio Aquila, centurión de la 8.<sup>a</sup> centuria.

Más allá, echados en el suelo, doce legionarios jugaban á las tabas.

—¡Por Hércules!—dijo Escuda,—que preferiría ser el último en Constantinopla que el primero en este nido de ratones. ¿Es esto vivir Publio? ¡Responde sinceramente! ¿Es vivir esto? Pensar que fuera de las legiones y de los campos el porvenir no nos reserva nada. ¿Estaremos destinados á asfixiarnos en este charco nauseabundo sin poder conocer el mundo?

—Cierto,—respondió Publio.—Hay que reconocer

que aquí no es la vida muy alegre; pero en cambio, ¡qué tranquila!

El centurión estaba atento al animado juego de los legionarios. Simulando que escuchaba á su superior, aprobando cuanto decía, seguía con la vista el juego de los soldados y pensaba: «Si el rojo da bien la vuelta ganará seguramente.»

Por cortesía, Publio, preguntó á Escuda, aparentando que la conversación le interesaba:

—¿Por qué has despertado la cólera del prefecto Helvidio?

—La causa es una mujer; sí, una mujer...

Y Marco Escuda en un acceso de locuaz sinceridad confió misteriosamente al oído del centurión que el prefecto, «ese viejo cabrón de Helvidio» estaba celoso, á causa de los favores especiales que le otorgaba una cortesana de Libia.

Escuda desea volver á la gracia del prefecto prestándole algún servicio importante. Tiene formado su plan.

No lejos de Cesárea, en la fortaleza de Macelo, habitan Juliano y Galo, los primos de Constancio, el emperador reinante, sobrinos de Constantino el Grande y los últimos vástagos de la desventurada familia de los Flavios.

Temeroso de sus rivales, Constancio, ha asesinado al subir al trono, á su tío Juliano Constancio padre del Juliano y Galo y hermano de Constantino. Juliano y Galo han sido encerrados en el solitario castillo de Macelo, donde viven dominados por el temor incesante de la muerte. Sabedor de que el nuevo emperador detesta á los dos huérfanos, que le recuerdan su crimen, Helvidio, prefecto de Cesá-

rea, quiere y teme al mismo tiempo, adivinar la voluntad de su señor.

El hábil tribuno Escuda, soñando en la posibilidad de prosperar en la corte, ha deducido de las palabras de su superior que éste no se atrevía á tomar sobre sí la pesada responsabilidad de un crimen, mas á la vez temblaba á la idea de que el rumor que circulaba sobre el proyecto de fuga de los herederos de Constantino se trocara en realidad. Escuda se había decidido á trasladarse á Macelo para apoderarse de los prisioneros y llevarlos á Cesárea custodiados por sus legionarios, proyecto factible, porque nada había que temer de dos huérfanos de corta edad, abandonados de todos y odiados del emperador.

Escuda contaba reconquistar por esta acción valerosa los favores del prefecto Helvidio, perdidos por culpa de la hermosa libia.

No obstante, desconfiado, sólo comunicó á Publio una parte de sus planes.

—¿Qué harás después, Escuda? ¿Has recibido instrucciones de Constantinopla?

—Nada se me ha dicho, ni nadie sabe nada de lo que intento; pero los rumores que circulan, las frases cogidas al vuelo, las amenazas, las alusiones, los secretos, los misterios sin fin... ¿comprendes?... cualquier imbécil que tuviera decisión acertaría á ejecutar lo que está seguramente pensando. No se trata más que de adivinar los deseos tácitos del señor. La recompensa no se haría esperar. Probemos nosotros. Lo principal es ser audaz y caminar sobre seguro poniéndose al amparo del santo signo de la cruz... Publio, me fío de tí. Posible es que muy

pronto bebamos tú y yo en la corte un vino mejor que éste.

A través de una ventanita con reja, filtraba la luz mortecina y pálida de un triste crepúsculo. La lluvia caía monótona. Un débil muro de arcilla agrietado, separaba la taberna del establo. Se sentía el penetrante olor del estiércol y se oía el cacareo de las gallinas, el piar agudo de los pollos y los gruñidos de los cerdos. El ruido regular de un líquido que caía en su vaso sonoro hacía presumir que la tabernera ordeñaba la vaca. Los soldados discutían las jugadas y se querellaban en voz baja. Arrastrándose por el suelo, un cerdo forcejeaba para sacar el hocico por entre los juncos entrelazados que cerraban la pocilga mal oliente; aprisionado en la estrecha trabazón, no acertaba á retirar la cabeza y gruñía dolorosamente.

Publio exclamó:

—¡Por Júpiter! estamos más cerca del corral que de la corte.

Su inquietud se había disipado. El tribuno, después de su excesiva charla, se sentía también triste. Miró alternativamente al cielo gris que se deshacía en agua, al hocico aprisionado del cerdo, el espeso poso que el vino había dejado en las copas, á los legionarios sucios, y se encolerizó de repente.

Dió un puntapié á la mesa que se balanceó sobre sus pies desiguales.

—¡Ah! ¡canalla! ¡bandido Syrax!... ¡Ven aquí!... ¿Qué vino es ese? ¡maldito!

El tabernero acudió al llamamiento. Tenía el cabello y la barba rizadas en finas sortijas, negros como el ébano, con reflejos azulados, por lo que so-

lía decir Fortunata en accesos de ternura conyugal que la barba de Syrax se podía comparar á un racimo de uvas de Samos. Sus ojos eran también negros y extraordinariamente brillantes, y de sus labios de púrpura no desaparecía jamás una sonrisa falaz. Parecía una caricatura de Baco, y de cualquier modo que se le mirara se le veía agradable en apariencia, malo por dentro.

Ante la cólera de Escuda, el tabernero tomó por testigo á Moisés y Deidamio, Cristo y Hércules, de que su vino era excelente; pero el tribuno insistió declarando que él sabía en qué casa había sido asesinado pocos días antes, Glabión, rico mercader de Pamfilo, y que estaba resuelto á denunciar á Syrax.

Asustado el armenio corrió á la cueva de donde volvió llevando triunfalmente una botella extraña, ancha, aplastada en la base y delgada de cuello, enteramente recubierta de polvo que atestiguaba su vejez. A través de la capa formada por los años, se veía en algunos sitios el vidrio no muy transparente, y sobre el marbete de ciprés atado al cuello se podía descifrar las letras iniciales de *Anthosmium* y debajo *Annorum centum*.

Pero Syrax aseguraba que ya en el reinado del emperador Diocleciano, era centenario, el vino aquel.

—¿Vino negro?—preguntó Publio con respeto.

—Como la brea y perfumado como la ambrosía... ¡Eh! Fortunata. Para este vino son necesarias copas de cristal. ¡Y tráete de la nevera nieve bien blanca!

Fortunata sirvió dos copas. Su rostro respiraba

salud; tenía una blancura de manteca y respiraba todo el frescor de los campos.

El tabernero contempló la botella con amor, y hasta llegó á darla un beso. Después, quitó con precaución la capa de cera que cubría el tapón. El vino negro, espeso y oloroso, caía derritiendo la nieve, mientras el cristal de las copas se empañaba á la acción del frío.

Entonces Escuda, que estaba tocado de la manía de aparecer erudito, (era capaz de confundir á Hécube con Hécate) pronunció con énfasis el único verso de Marcial que sabía de memoria:

*Cándida nigrescant vetulo crystallæ Falerno!*

—Espera. Ahora os parecerá aún mejor.

Y Syrax metió la mano en el bolsillo, sacó un diminuto frasco, y con sensual sonrisa vertió en el vino una gota de valioso cinamomo árabe. Cayó la gota y se disolvió en el líquido negro. Un perfume singular y capitoso llenó la estancia.

Mientras el tribuno bebía lentamente, Syrax hacía chasquear la lengua murmurando:

—¡Los vinos de Biblos, de Marotea en Tracia, de Latea en Qíos, de Icaria... no valen nada junto á éste!

La noche cerraba, y Escuda dió la orden de marchar. Los legionarios se pusieron la armadura, sujetaron la greba que protegía la pierna derecha y tomaron el escudo y la lanza.

Cuando entraron en la primera sala, los pastores icarios, (más bandidos que pastores) que estaban sentados cerca del fuego, se levantaron respetuosamente ante el tribuno romano. Escuda engreído de su propio valer, satisfecho de sí mismo, sentía arder la sangre en las venas, y la cabeza le rodaba, bajo el efecto de la bebida maravillosa.

En el umbral se le acercó un hombre. Vestía extraño traje oriental, compuesto de una túnica blanca con anchas bandas rojas y sobre la cabeza un descomunal casquete de piel de camello, especie de tiara persa, con apariencias de torre.

Escuda se detuvo.

El rostro del recién llegado era fino, largo y delgado; su color amarillento aceitoso; los ojos diminutos y penetrantes, brillaban maliciosamente y todos sus movimientos estaban llenos de calma majestuosa. Era uno de esos nigromantes nómadas, que osadamente se hacían pasar por caldeos, magos y matemáticos.

Manifestó sin ambages al tribuno que se llamaba Nogodarés. Estaba de tránsito en casa de Syrax y se dirigía desde la remota Hircania á las costas del mar Jónico para ver al célebre filósofo-teurgo Máximo de Efeso. El mago solicitó autorización para probar su arte, adivinando el porvenir dichoso del tribuno.

Se cerraron las puertas y los postigos de las ventanas. El medo manipuló en cuclillas y de pronto se produjo un estallido ligero.

Todos guardaron silencio. Una llama se elevó en una larga lengüeta roja entre las nubecillas de blanco humo que llenaban la estancia. Nogodarés apro-

ximó á sus labios una flauta doble que gimió dulce y lánguida, evocando los cantos fúnebres de Lidia. La llama tomó un tono amarillento y se apagó momentáneamente para renacer de nuevo con reflejo pálido.

El mago arrojó al fuego un puñado de hierba seca, que se evaporó en aroma penetrante. Obediente al sonido plañidero de la flauta, una enorme serpiente salió de un cofre negro que el mago tenía á los pies; se desenroscó lentamente con sonido igual al de un pergamino que se despliega, agitando sus anillos de los que la vacilante llama avivaba el brillo metálico.

El mago comenzó á cantar con voz quejumbrosa que parecía llegar de muy lejos, repitiendo muchas veces la misma palabra: «Mara, mara, mara!»

La serpiente se enroscó en el cuerpo delgado del medo y acariciante, acercó su cabeza aplastada y verde, en la que brillaban los ojos, al oído del nigromante: se oyó un débil silbido como si el reptil hubiera murmurado su secreto al mago, quien arrojó al suelo la flauta.

Nuevamente la llama iluminó la habitación, que se llenó de espeso humo, mal oliente y asfixiante como una emanación sepulcral. Después se apagó. La obscuridad y el pánico reinaban; todos los asistentes estaban impresionados.

Cuando momentos después se abrieron las puertas y los postigos, dando paso á la luz plomiza del crepúsculo, no quedaban ni rastros de la serpiente ni de la caja negra. Todos los rostros estaban lívidos.

Nogadarés se aproximó al tribuno:

—¡Alégrate! un gran é inmediato favor te espera del gran señor Augusto Constancio.

Durante algunos instantes examinó con obstinación la mano de Escuda é inclinándose hasta rozarle con los labios la oreja, murmuró en forma que sólo el tribuno podía oírle:

—Esta mano está tinta en sangre... ¡en sangre de un gran príncipe!

Escuda se estremeció.

—¡Cómo te atreves, maldito perro caldeo!... Soy un fiel servidor.

El mago clavó en Escuda sus ojos escrutadores y respondió con ironía:

—¿Qué temes? Dentro de algunos años... ¿Acaso la gloria puede alcanzarse sin efusión de sangre?

El orgullo y la alegría llenaban el corazón de Escuda cuando á la cabecera de sus soldados salió de la taberna. Se aproximó á la fuente sagrada, se santiguó mojando los dedos en el agua salutífera, invocando en fervorosa acción á los santos Cosme y Damián, y con la esperanza de que no quedara sin cumplimiento la predicción de Nogadarés.

Después montó sobre su soberbio corcel de Capadocia y dió á sus legionarios la orden de marcha.

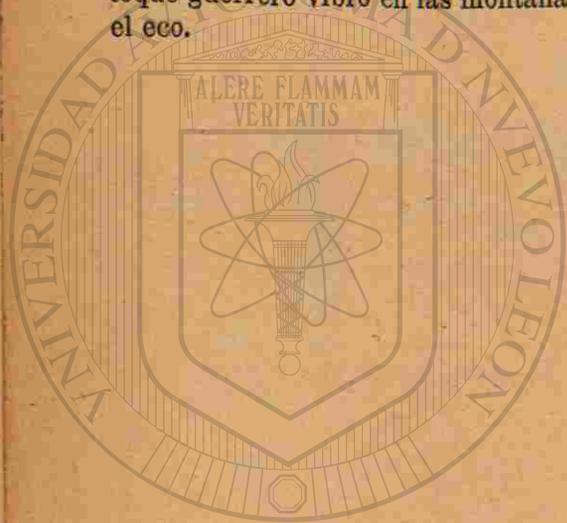
El draconario levantó la oriflama sobre su cabeza desnuda, dragón de tela púrpura y oro.

Cediendo al deseo de causar admiración á la multitud reunida á la puerta de la taberna, y aunque tenía conciencia del peligro que iba á correr, envalentonado por el vino y el orgullo, señaló con su espada la carretera brumosa y gritó á sus hombres:

—¡A Macelo!

Una exclamación se escapó de todos los labios; los nombres de Juliano y Galo fueron pronunciados.

El legionario, que marchaba á la cabeza de la columna, sopló en el romano cuerno retorcido, y el toque guerrero vibró en las montañas repetido por el eco.



---

II

Profunda obscuridad reinaba en el vasto dormitorio de Macelo, antiguo palacio de los señores de Capadocia.

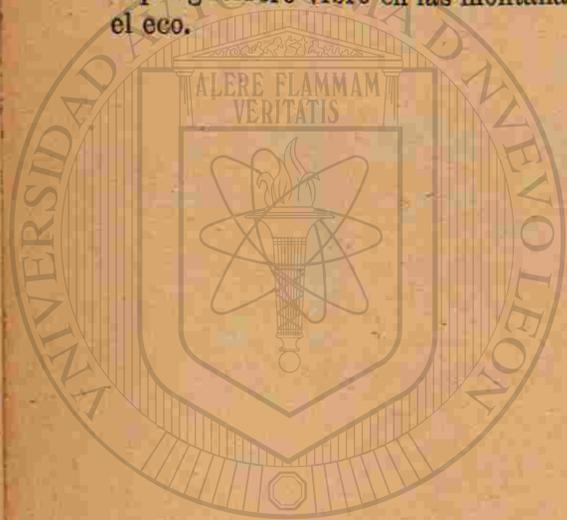
El lecho de Juliano era muy duro: una tarima de madera grosera, recubierta de piel de pantera. Así lo había pedido el joven Juliano, educado en los principios severos de la filosofía estoica, por su preceptor Mardonio, admirador apasionado de la antigua sabiduría.

Juliano no dormía. El viento que soplabá con furia rugía como fiera aprisionada. Después seguía imponente silencio. Y en esta calma aterradora se oía caer gruesas gotas de lluvia de las grietas del techo sobre las sonoras losas del pavimento.

El fino oído de Juliano creía percibir algunas veces el tenue ruido del vuelo de un murciélago. Oía la respiración regular de su hermano, débil y afeminado, que dormía sobre blando lecho, bajo para-

Una exclamación se escapó de todos los labios; los nombres de Juliano y Galo fueron pronunciados.

El legionario, que marchaba á la cabeza de la columna, sopló en el romano cuerno retorcido, y el toque guerrero vibró en las montañas repetido por el eco.



---

II

Profunda obscuridad reinaba en el vasto dormitorio de Macelo, antiguo palacio de los señores de Capadocia.

El lecho de Juliano era muy duro: una tarima de madera grosera, recubierta de piel de pantera. Así lo había pedido el joven Juliano, educado en los principios severos de la filosofía estoica, por su preceptor Mardonio, admirador apasionado de la antigua sabiduría.

Juliano no dormía. El viento que soplabá con furia rugía como fiera aprisionada. Después seguía imponente silencio. Y en esta calma aterradora se oía caer gruesas gotas de lluvia de las grietas del techo sobre las sonoras losas del pavimento.

El fino oído de Juliano creía percibir algunas veces el tenue ruido del vuelo de un murciélago. Oía la respiración regular de su hermano, débil y afeminado, que dormía sobre blando lecho, bajo para-

mentos riquísimos, último vestigio del lujo en aquel castillo abandonado.

En la pieza inmediata, Mardonio roncaba ruidosamente.

De pronto giró dulcemente sobre sus goznes la puerta de la escalera secreta. Una luz viva cegó á Juliano.

Labda, la esclava vieja, entró llevando en la mano una lámpara de metal.

—¡Ama! tengo miedo, no te lleves la luz...

La vieja colocó la lámpara en un nicho de piedra sobre la cabeza de Juliano.

—¿No duermes?... ¿Estás enfermo?... ¿Quieres comer?... Mardonio, ese maldecido pecador, os hace ayunar todos los días... Te traigo galletas de miel... Son buenas... pruébalas.

Hacer comer á Juliano era la ocupación favorita de Labda, pero de día no se atrevía á intentarlo por miedo al austero Mardonio.

Labda, medio ciega, arrastraba penosamente las piernas, vistiendo constantemente el negro hábito monocal.

Aunque cristiana devota, se la tenía por una hechicera tesalia. En su cerebro se habían confundido las más extrañas y sombrías supersticiones antiguas y modernas, dominándola de tal modo que la habían puesto á las puertas de la locura. Mezclaba las oraciones con los exorcismos, los dioses olímpicos con los demonios, las ceremonias cristianas con las brujerías. Iba completamente cubierta de cruces, de amuletos, tallados en huesos de muertos y de escapularios y reliquias que guardaban cenizas de mártires.

La vieja testimoniaba á Juliano cariño piadoso, considerándole como el único y legítimo sucesor de Constantino el Grande y á Constancio como un asesino y ladrón del trono.

Labda conocía mejor que nadie el árbol genealógico y las tradiciones familiares de los Flavios; había conocido al abuelo de Juliano, Constancio Cloro.

Los misterios sangrientos de la corte se conservaban intactos en su memoria y frecuentemente, durante la noche, se los refería á Juliano, que al oír cosas que su cerebro de niño no podía comprender, sentía que su corazón se estremecía de espanto ó indignación.

Con la mirada mortecina y voz monótona, Labda narraba estos horribles poemas de la existencia con igual indiferencia que si se hubiese tratado de antiquísimas leyendas.

Después de colocar la lámpara en el nicho de piedra, Labda bendijo á Juliano haciendo sobre su cabeza la señal de la cruz, se convenció de que el amuleto de ámbar estaba intacto, y después de pronunciar varias veces frases de exorcismo para ahuyentar los malos espíritus, se fué.

Pesada somnolencia se apoderó de Juliano: tenía calor; el ruido de las repletas gotas de agua que caía, como en el fondo de una copa sonora, le enervaba.

No se daba cuenta exacta de si estaba dormido ó despierto; si era el viento quien silbaba ó bien Labda, que semejante á una Parca murmuraba á su oído los terroríficos secretos de su familia. Todo cuanto por ella sabía y cuanto había visto en su in-

fancia se fundía en su cerebro en horrible pesadilla.

Veía el cadáver del gran emperador, sobre suntuoso catafalco. El muerto está rasurado: su cabeza está adornada con un ingenioso tocado de cabellos postizos, ejecutado por los más diestros peluqueros. Juliano, que ha sido llevado junto al muerto para que bese por vez postrera la mano de su tío, tiene miedo; la purpura, la diadema, á cuyas piedras arrancan variados reflejos las luces de los cirios funerarios, le dañan la vista hasta cegarle. A través de los perfumes penetrantes de la Arabia percibe por vez primera en su vida olor de cadáver.

Los obispos, los eunucos, los jefes del ejército adlanan al emperador como si aun viviese; los embajadores se inclinan ante él respetuosos, guardando escrupulosos las leyes de la etiqueta severa y aparatosa; los escribas pregonan los edictos, las leyes, los decretos del Senado, solicitando la aprobación de la conducta del muerto como si él pudiera oír todavía, y un murmullo adulador y servil sube de la muchedumbre: el pueblo asegura que Constantino es tan grande que por especial misericordia de la Providencia reina después de la muerte.

El niño sabe que aquel á quien se glorifica ha dado muerte á su hijo, joven heroico cuyo único delito había sido hacerse amar del pueblo con exceso. El hijo había sido calumniado por la madrastra, que le amaba con amor criminal, y se había vengado de él como Fedra de Hipólito.

Después la mujer de Constantino había sido sorprendida en relaciones adúlteras con un esclavo de las cuadras imperiales, y se la había dado muerte

en un baño de agua hirviente. Cadáver sobre cadáver y víctima sobre víctima.

Al fin, atormentado por su conciencia, el monarca suplicó á los hierofantes que le absolvieran de sus crímenes, gracia que le fué negada. Entonces el obispo Ozio le convenció de que sólo una religión tenía poder para purificarle... Y el suntuoso lábaro, el estandarte bordado de piedras preciosas, el monograma de Cristo brilla sobre el catafalco del parricida...

Juliano quería inútilmente despertarse, abrir los ojos y apartar lejos de sí aquella triste visión.

Las sonoras gotas seguían cayendo como lágrimas pesadas y el viento aullaba con creciente furia; pero el joven seguía creyendo que era Labda, la vieja Parca que murmuraba á su lado la sombría historia de los Flavios.

Después soñó Juliano que se encontraba en el encierro subterráneo de Constancio Cloro, rodeado de sarcófagos de pórfido que guardaban las cenizas de los reyes. Labda, oculta con sus vestidos en el rincón más sombrío á Galo enfermo, devorada por la fiebre. Súbitamente se oyen en la puerta alta del palacio desgarradores gemidos que corren de apartamiento en apartamiento.

Juliano reconoce la voz de su padre y quiere responderle, correr hacia él, pero Labda le detiene murmurando: «¡Calla, calla ó vendrán aquí!» y la vieja le cobija temerosa con su clámide. En la escalera se oye ruido creciente de pasos que se aproximan. Labda bendice á los niños y murmura invocaciones. La puerta cae destrozada y los solda-

dos de César disfrazados de monjes invaden el subterráneo.

Les guía el obispo Eusebio de Nicomedia. Las cotas de acero brillan bajo los hábitos negros. «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo! ¿Quién vá?» Con la tajante espada en la mano, los legionarios exploran todos los rincones. Labda se arroja á sus pies mostrándoles á Galo enfermo y á Juliano sin defensa: «¡Temed á Dios! ¿Qué daño puede hacer al emperador una inocente criatura de seis años?» Los legionarios fuerzan á los tres desventurados á besar la cruz que Eusebio lleva y les obligan á prestar juramento de fidelidad al nuevo emperador.

Juliano se acuerda de la enorme cruz de ciprés sobre la cual se ve en esmalte el cuerpo del Salvador; debajo, sobre la negruzca madera se ven todavía manchas de sangre fresca, huellas de los dedos del asesino que lleva la cruz.

Tal vez sea la sangre del padre de Juliano ó de uno de sus seis primos: ¿de Dalmasio, Annibal, Nepociano, Constantino el Joven ó de los otros? El asesino ha juntado siete cadáveres para sentarse sobre el trono, y sus crímenes los ha cometido en nombre del Crucificado... Y todavía habrá] más víctimas ¿quién sabe cuántas?

Juliano despierta lleno de espanto. La lluvia había cesado, el viento no sopla ya; la lámpara arde en el nicho. El joven se sienta en el lecho y escucha los latidos de su corazón en el silencio profundo y amedrentador de la noche.

De pronto voces y pasos resuenan de estancia en estancia repercutiendo en las altas arcadas de

Macelo, como en otro tiempo en el encierro subterráneo de los Flavios.

Juliano tiembla; le parece que continua la pesadilla.

Los pasos se aproximan, las voces se perciben claramente.

Juliano grita:

—¡Hermano, hermano! ¿estás dormido? Mardonio ¿no oyes?

Galo despierta.

Con los pies descalzos, los cabellos grises en desorden, vestido con una túnica corta, Mardonio, pálido y atemorizado, corre á la puerta secreta.

—¡Los soldados del prefecto!... Vestíos... ¡Es preciso huir!

Era demasiado tarde. El chirrido del hierro le advierte que se cierra la puerta por fuera. Las columnas de piedra de la escalera de honor quedan iluminadas por las antorchas, que arranca cegadores brillos al estandarte de púrpura y á la cruz de la coraza de los soldados.

—En nombre del muy ortodoxo y bienhechor, Augusto, emperador Constancio! yo, Marco Escuda, tribuno de la legión de los Fretensis tomo bajo mi custodia á Juliano y Galo, hijos del patricio Julio Flavio.

Mardonio, con la espada en la diestra, se mantenía en actitud guerrera ante la puerta cerrada del dormitorio dispuesto á impedir el paso á los soldados. La espada estaba enmohecida é inservible para la lucha. El viejo pedagogo sólo se servía de ella para demostrar á lo vivo cuando explicaba la *Iliada*, como combatía Hector con Aquiles.

Pero en aquella ocasión, Mardonio, que no tenía valor para matar una hormiga, esgrimía la espada ante Publio con arreglo á las más severas reglas del arte militar de los tiempos homéricos.

Publio que estaba ebrio se enfureció:

—¡Quítate de mi paso majadero! ¡quítate de mi paso si no quieres que te aplaste!

Asió á Mardonio por la garganta y le arrojó contra el muro. Escuda abrió la puerta del dormitorio.

Por vez primera en su vida vió á los dos últimos descendientes de Constancio Cloro.

Galo parecía corpulento y fuerte; pero su cutis era fino y blanco como el de una doncella, sus ojos, de un azul pálido eran lánguidos é indiferentes. Los cabellos rubios como el oro (signo distintivo de la raza de Constantino) caían en bucles sobre su robusto cuello. A pesar de su cuerpo hombruno, del vello que comenzaba á cubrir su barba y de sus diez y ocho años, Galo tenía en aquellos momentos todo el aspecto de un niño. Le temblaban los labios como si estuviera á punto de llorar, cerraba los párpados hinchados por el sueño y se santiguaba continuamente murmurando: ¡señor tened piedad de mí!

Juliano era un niño delgado, enfermizo y pálido, de rostro irregular y cabellos fuertes, lacios y negros; la nariz extremadamente larga y el labio inferior muy prominente. Llamaban desde luego la atención sus ojos grandes y extraños en los que lucía un brillo singular, impropio de un niño y que tenía algo malsano que hacía pensar en la demencia.

Publio, que siendo joven había visto con frecuencia á Constantino el Grande, pensó:

—Este muchacho se parecerá á su tío.

Al verse ante los soldados, Juliano dejó de tener miedo. Se sentía colérico. Con los dientes cerrados y mal cubierto con la piel de pantera que había tomado del lecho, para echársela sobre los hombros, miraba con insistencia provocativa á Escuda, é l labio inferior le temblaba de rabia mal contenida. Con la mano derecha, que la piel tapaba, oprimía el mango de un puñal persa (regalo de Labda) cuya punta guardaba un violento veneno.

—¡Buen lobezno!—dijo un legionario mostrando á Juliano á un compañero.

Escuda iba á penetrar resueltamente en el [dormitorio cuando Mardonio tuvo una nueva idea de salvación.

Arrojó la inservible espada y se asió del manto del tribuno gritando con voz penetrante de mujer atemorizada:

—¿Qué vais á hacer, traidores?... ¿Osaréis atropellar á un enviado del emperador Constancio? Yo tengo el encargo de conducir á la corte á estos dos príncipes. El augusto emperador les ha otorgado su perdón... Aquí está la orden de Constantinopla...

—¿Qué dice este hombre?... ¿De qué orden habla?

Escuda miró á Mardonio. Su rostro afeitado y pulcro denunciaba incontestablemente al eunuco, y el tribuno no ignoraba el importante papel que los eunucos jugaban cerca del emperador.

Mardonio buscó en un cajón un rollo de pergamino, que presentó resueltamente al tribuno. Este lo

desenrolló y palideció en seguida. Sólo había visto las primeras líneas leyendo el nombre del emperador que se denominaba en el edicto *nostra aeternitas*. Escuda no se fijó ni en la fecha ni en el año.

Cuando vió en el pergamino el gran sello imperial sobre cera verde derretida, sus ojos se oscurecieron y sintió que se le doblaban las rodillas.

—¡Perdón!... ha sido un error.

—¡Marchaos, marchaos, sin perder tiempo!... ¡El emperador lo sabrá todo!... —replicó Mardonio, arrancando precipitadamente el decreto de las manos temblorosas del tribuno.

—¡No nos perdáis!... ¡Todos somos hermanos, todos pecadores; os lo ruego en nombre de Cristo!

—Marchaos, marchaos en seguida.

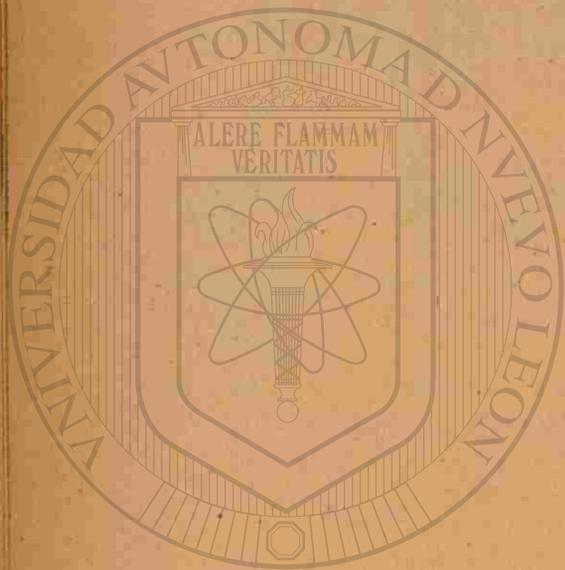
Escuda dió la orden de marcha y no hubo más que un legionario ebrio que á toda costa quería arrojarle sobre Mardonio. Se le hizo salir por fuerza.

Cuando se hubo apagado el ruido de los pasos, y Mardonio estuvo cierto de que había desaparecido todo peligro, tuvo un ataque de risa convulsiva que agitó todo su cuerpo. El anciano se olvidó de su ordinaria gravedad, de la decencia pedagógica, y se puso á bailar alegremente sin curarse de cubrir lo que la escasa túnica no le tapaba. Al propio tiempo gritaba:

—¡Hijos míos! ¡hijos míos, gloria á Hermes! Les hemos engañado diestramente. El edicto que han visto fué anulado hace tres años... ¡Ah, necios! ¡pobres imbéciles!

Al rayar el nuevo día Juliano quedó profundamente dormido.

Despertó tarde, repuesto y alegre, [animoso al ver el sol radiante que penetraba por el ventanal del dormitorio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

---

### III

Por la mañana tomaba Juliano lecciones de catecismo, que le enseñaba un monje arriano, de ojos verdosos, manos huesudas y sudorosas, largo y delgado como una lanza.

El monje Eutropio tenía una desagradable manía: se lamía la palma de la mano para alizarse con ella sus cabellos grises é inmediatamente hacia castañatear á un solo tiempo los dedos de una mano que estrujaba con la otra. Juliano sabía que á un movimiento seguía el otro infaliblemente y esto excitaba sus nervios.

Eutropio vestía raída sotana negra, cubierta de zurcidos y lamparones y ponía empeño estéril, en hacer pasar como mérito de su humildad este defecto de su avaricia. Tal era el preceptor elegido por Eusebio de Nicomedia tutor religioso de Juliano.

El monje adivinaba en su discípulo «cierta perversidad moral» que según él debía ser causa de la

condenación eterna de Juliano si no lograba corregirse de esta falta.

Y Eutropio hablaba frecuentemente de los sentimientos de agradecimiento que el niño debía testimoniar á su bienhechor, el emperador Constancio; explicara el texto de la Biblia, el dogma arriano ó una alegoría apostólica siempre iba á parar al mismo punto, á este «beneficio de santa obediencia y de filial docilidad.» Y mientras el preceptor hablaba de mercedes concedidas á Juliano por el emperador, el niño fijaba en él su mirada penetrante; pero aunque profesor y [discípulo] adivinaban sus pensamientos recíprocos nunca cambiaron ni una palabra sobre este punto. Sólo, si Juliano se detenía, olvidando un texto, embrollándose en la escala cronológica de los patriarcas del Antiguo Testamento, ó en la enunciación de una oración mal aprendida, Eutropio le contemplaba en silencio, le asia de la oreja con dos dedos, sonriendo perversamente, y el niño sentía hundirse en su carne lentamente dos uñas fuertes y agudas.

Eutropio, á pesar de su aparente sencillez fúnebre, tenía un caracter irónicamente alegre. Daba á su discípulo los nombres más dulces y al mismo tiempo se burlaba de su origen imperial.

Cuando tenía entre las uñas la oreja de Juliano, le veía palidecer, no de dolor, sino de rabia, y murmuraba servilmente:

—Tu Majestad no debe guardar rencor á este humilde é ignorante esclavo, Eutropio.

Y después de enjugar la grasienta palma de la mano en las guedejas grises, que sobre las sienas le caían, hacía sonar las articulaciones de sus de-

dos flacuchos, añadiendo que algunas veces era conveniente castigar á los muchachos indóciles y holgazanes; que en las Sagradas Escrituras se hacía frecuentemente mención del castigo de palo como el más eficaz para dar luz á los espíritus tenebrosos y desobedientes.

Decía esto sólo para «domar el diabólico orgullo» de Juliano, quien demasiado sabía que Eutropio no osaría poner en ejecución sus amenazas, y también el monje estaba convencido de que el niño preferiría morir antes que tolerar semejante humillación.

En el curso de una lección, interrumpiendo la explicación de un texto, Juliano hizo alusión á los antípodas, de los que había oído hablar á Mardonio. El niño lo hizo con el deseo secreto de ver incomodado al monje, pero éste se echó á reír.

—¿Quién te habla de esos antípodas, querubín mío?... ¡Me has hecho reír con ganas, inocente pecador!... En efecto, el majadero de Platon ha escrito en alguna parte algo de eso. ¿Y tú has creído cándidamente que los hombres caminaban con la cabeza hacia abajo?

Eutropio acusó de herejes á los filósofos... ¿No era verdaderamente escandaloso pensar que los hombres creados á imagen de Dios pudieran caminar cabeza abajo? Y cuando Juliano, ofendido en sus filósofos favoritos, habló de la forma esférica de la tierra, Eutropio dejó de reír y rojo de ira golpeó brutalmente el suelo con los pies.

—¡Ese pagano de Mardonio, es quien te enseña esas mentiras ateas!

Cuando estaba enfurecido tartamudeaba y salpicaba al que estaba cerca de él, con su baba, baba

que Juliano aseguraba que debía de ser venenosa. Exasperado el monje atacó con ensañamiento á todos los sabios helenos.

Herido en lo vivo por la advertencia de Juliano, se olvidó de que su discípulo era un niño y se engolfó en un soporífero y largo sermón acusando á Pitágoras de impudente y audaz; afirmando que las *utopías abominables* de Platon no eran dignas de ser leídas y que las enseñanzas de Sócrates eran absurdos inventados por un insensato.

—¡Lee lo que Diógenes Laercio dice de Sócrates! Allí verás que sobre ser usurero, practicaba vicios que es indecente hasta nombrar.

Epicuro especialmente excitaba todo su odio.

—La bestialidad con que se hundía en los placeres de todas suertes y las bajezas con que estaba esclavizado á sus deseos sensuales, prueban suficientemente que no era un hombre, sino un bruto.

Más encalmado con este desahogo, se puso Eutropio á explicar una irresistible versión escolástica del dogma arriano, arremetiendo con el mismo ardor contra la iglesia ortodoxa y ecuménica, que consideró como herética.

Por la ventana abierta del hermoso jardín abandonado penetraba cálida brisa. Juliano se fatigaba de prestar atención á las palabras del monje, y empezó á pensar en otras cosas, con preferencia en Mardonio, su maestro amado: recordaba sus amenas lecciones, sus lecturas de Homero y Hesiodo. ¡Qué diferencia con las pláticas del monje!

Mardonio no leía á Homero; según la costumbre de los antiguos rapsodas le cantaba con gran divertimento de Labda, quien decia que el maestro

«ladraaba como los perros á la luna». Y en efecto, á primera vista parecia ridiculo á las personas no habituadas á oírle. El viejo eunuco matizaba escrupulosamente cada pie del hexámetro, gesticulando con afectación, al propio tiempo que en su amarillo y arrugado rostro se transparentaba gravedad solemne.

Pero la aflautada voz del viejo se iba afirmando de estrofa en estrofa.

Juliano no advertía la fealdad de Mardonio, en el que sólo encontraba en aquel momento un alma vibrante, apasionada y vencida por la belleza grandiosa del poema. Ligeros estremecimientos nerviosos agitaban su cuerpo á medida que los divinos hexámetros brotaban de los labios y ascendían como vaporosas nubes.

Creía ver la despedida de Andrómeca y Héctor; la odisea de Ulises llorando á Itaca en la isla de Calipso ante la tristeza del mar desierto.

Un agradable dolor llenaba el corazón de Juliano: el angustiado deseo de trasladarse á aquella Grecia inefablemente hermosa, patria de los dioses y de cuantos aman la belleza. La voz del maestro se hacía quejumbrosa y por sus mejillas afeitadas corrían brillantes lágrimas que brotaban á impulso del entusiasmo.

Otras veces hablaba Mardonio con su discípulo de la sabiduría, de la austera virtud y de los heroes muertos por la libertad.

¡Qué poco se parecían estas lecciones á las de Eutropio!

También Mardonio relataba la vida de Sócrates, y cuando llegaba á la apología ante el pueblo de Atenas, el anciano se erguía triunfante y declamaba de memoria el discurso del filósofo, mientras su rostro adquiría marcado gesto de desprecio olímpico. Parecía que aquellas frases no eran las del acusado, sino las del juez del pueblo. «Sócrates no solicita remisión. Todos los poderes, todas las leyes del gobierno no son nada ante la libertad del alma del hombre. Los atenienses pueden matarle, mas no lograrán arrebatarse la libertad y la dicha de su alma hermosa é inmortal.»

Y cuando aquel bárbaro, antiguo esclavo de las orillas del Boristenio pronunciaba en alta voz: *la libertad*, le parecía á Juliano que esta palabra encerraba un encanto sobrehumano tal, que ante ella palidecían hasta las cinceladas estrofas del divino Homero. Y el niño clavaba en su maestro sus grandes ojos, abiertos con ansia y temblaba de entusiasmo...

La impresión glacial de una mano en sus orejas, arrancó á Juliano de sus ensueños. La lección de catecismo había terminado. De rodillas recitó la oración de acción de gracias, y despidiéndose de Eutropio, se dirigió á su habitación, tomó un libro para retirarse á un solitario rincón del jardín donde leer con toda libertad el *Symposion* del impío Platon, el más prohibido de todos sus libros.

En la escalera encontró Juliano al monje, que se marchaba.

—¡Espera! ¡espera, querido! ¿qué libro lleva tu Majestad?

Juliano le miró y tranquilamente le entregó el libro.

En la cubierta de pergamino leyó Eutropio el título escrito en gruesas mayúsculas: *Epistolas del Apóstol San Pablo*, y sin abrir el libro se lo devolvió á Juliano.

—Bien, bien... No olvides que respondo de tu alma ante Dios y ante el sublime emperador. No leas los libros heréticos, especialmente los del filósofo cuya frivolidad he condenado en mi explicación de hoy.

Era la estratagema de que habitualmente se valía el joven: cubrir los libros prohibidos con las tapas de los aprobados. Juliano había aprendido á disimular desde su infancia y encontraba gran placer en engañar á la gente, á Eutropio especialmente.

Disimulaba y mentía sin necesidad alguna, por costumbre, como movido por un sentimiento profundo de venganza y cólera. Mardonio era el único á quien siempre decía la verdad.

En Macelo todo eran intrigas, cuchicheos y celadas, á las que se dedicaban de continuo los numerosos y desocupados servidores, que esperando siempre ser largamente recompensados en la corte, vigilaban noche y día á los dos príncipes caídos en desgracia.

Juliano había vivido esperando siempre á la muerte y poco á poco se había habituado á este temor continuo, nacido de la seguridad que tenía de que ni en las habitaciones ni en el jardín podía dar un solo paso ni hacer un gesto que pasara inadvertido á los mil ojos curiosos y recatados que en la sombra le espiaban.

El joven oía y comprendía muchas cosas que ante él se hablaban, pero estaba condenado á aparentar que lo ignoraba todo.

Una vez sorprendía la conversación de Eutropio con un espía enviado por el emperador Constancio y en la cual el monje llamaba á Juliano y Galo «los cachorros imperiales». Otra vez, en la galería, bajo la ventana de la cocina oía una exclamación del cocinero, furioso á causa de una impertinencia de Galo, y que decía al esclavo encargado de lavar la vajilla: «Dios me perdone, Piscilla; pero me admira que no les hayan estrangulado hace tiempo.»

Cuando, después de la lección de catecismo salió Juliano al jardín y vió el verde de los árboles, respiró más libremente. Las dos cimas del Argos, cubiertas de nieve, brillaban bajo el cielo azul.

Una sola parte del jardín estaba desprovista de muro, reemplazado allí por profundo abismo. En lo hondo hasta Antivarros dormía la planicie árida, agostada por un calor tórrido, mientras en el jardín corrían aguas frescas y cristalinas.

Un siglo antes había sido Macelo el refugio preferido del fastuoso y semidemente rey de Capadocia, Ariarafo.

Juliano se dirigió á una gruta apartada no lejos del precipicio, en la que se levantaba una estatua del dios Pan tocando la flauta y dominando un altarcito de sacrificios. Una boca de león vertía el agua en una pila de piedra y una muralla de rocas le ocultaba la entrada, dejando ver por entre las ramas las colinas bañadas en una neblina azul, y ondulantes como el mar. El perfume de las rosas llenaba la gruta donde la atmósfera hubiera sido

intolerable si hubiera faltado el frescor que comunicaba el arroyo cristalino.

Echado sobre la hierba leía Juliano el *Banquete* de Platon, donde hallaba muchos pasajes cuyo sentido no adivinaba. Pero la belleza de la obra estaba aumentada por la prohibición de su lectura.

Cuando acabó de leer envolvió de nuevo el libro en las cubiertas de las Epístolas del Apóstol San Pablo, se aproximó al altar de Pan, contempló al dios alegre como á un antiguo cómplice, y removiendo un montón de hojas secas sacó del interior del altar un objeto cuidadosamente envuelto en tela. Era su obra, una trirreme liburnia que colocó sobre el agua de la pila. La embarcación diminuta se balanceaba gallardamente sobre las pequeñas olas. Nada faltaba en ella: los tres palos, los remos, la proa dorada, las velas hechas con un pedazo de seda roja, regalo de Labda. Quedaba por colocar el timón y el joven se puso á la obra.

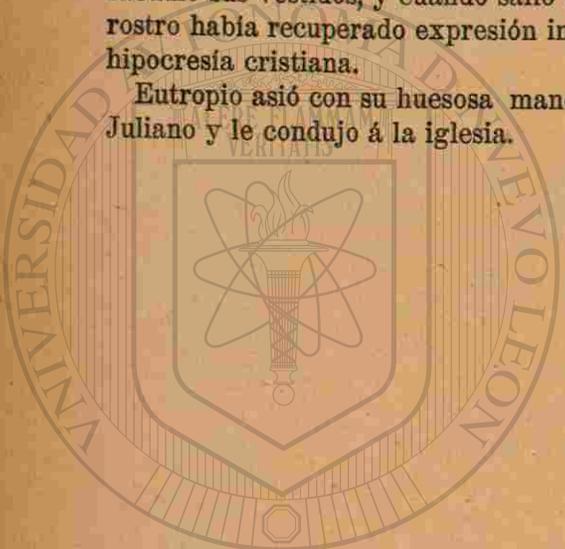
De cuando en cuando suspendía su trabajo para mirar á las lejanas colinas á través de los tallos de las rosas. Y ante su juguete, Juliano se olvidó bien pronto de todas las vejaciones, de todos los odios y del constante temor á la muerte.

En aquella gruta se complacía en creerse perdido entre las olas, en una caverna solitaria, dominando el mar como Ulises y como él construyendo un navío para ver de nuevo á Itaca. Pero allá abajo, entre las colinas donde blanqueaban las casas de Cesarea como la espuma del Oceano, una cruz, una cruz pequeña relucía sobre la basilica... ¡Siempre, siempre la cruz!... Se esforzaba para no verla dedicando toda la atención á su gallarda trirreme.

— ¡Juliano! ¡Juliano!... ¿Dónde estás? Eutropio te busca para llevarte á la iglesia.

El niño se estremeció y con presteza ocultó el juguete en el altar del dios Pan. Se alisó el cabello, sacudió sus vestidos, y cuando salió de la gruta su rostro había recuperado expresión impenetrable de hipocresía cristiana.

Eutropio asió con su huesosa mano la mano de Juliano y le condujo á la iglesia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INVESTIGACIÓN

---

IV

La basílica arriana de San Mauricio estaba construida casi por entero con las piedras procedentes del destruido templo de Apolo. El *atrium* estaba rodeado de columnas; en el centro manaba una fuente destinada á las abluciones de los fieles. Bajo uno de los pórticos se veía una antigua tumba de encina ennegrecida por los años. En esta tumba reposaban las reliquias milagrosas de San Mamio, para las que Eutropio quería hacer construir por cuenta de Juliano y Galo un reliquiario. La parte que Galo erigía avanzaba rápidamente al paso que el muro que Juliano levantaba se había hundido tantas veces como se había comenzado á levantar. Eutropio se explicaba este fenómeno diciendo que el santo rechazaba la ofrenda del niño poseído del espíritu demoníaco.

Cerca de la tumba se apiñaban á todas horas enfermos que esperaban el milagro de su curación.

Juliano sabía por qué esperaban los creyentes en

aquel sitio. Uno de los monjes tenía en la mano una balanza; los devotos—muchos llegaban de aldeas remotas—pesaban escrupulosamente trozos de telas de lino, lana ó seda, que una vez pesados se depositaban sobre la tumba del santo milagroso, ante la cual rezaban toda la noche. A la mañana siguiente se pesaban nuevamente las telas y se comparaba el resultado.

Si pesaba más que la víspera era seguro que la oración había sido grata y que la gracia divina había penetrado en la tela, capaz desde entonces para producir curas maravillosas.

Pero lo más general era que la oración resultase infructuosa; la tela no adquiría la virtud deseada y los peregrinos pasaban días, semanas y meses junto á la tumba.

Entre los creyentes se encontraba una vieja llamada Teodula, á la que unos consideraban loca y á quien otros veneraban teniéndola por santa. Hacía varios años que no se apartaba de las reliquias. Su hija, cuya curación había ido á pedir al santo, había muerto hacía tiempo; pero Teodula se obstinaba en seguir orando ante un pedazo de tela desteñida y deshilachada.

Desde el atrio, tres puertas conducían á la basílica: una se destinaba á los hombres, otra á las mujeres, y la tercera, en el centro, á los monjes y al bajo clero.

Juliano penetró, como Eutropio y Galo, por esta última puerta, en su calidad de *anagnoste*, lector del texto sagrado.

Vestido con amplio hábito negro de largas mangas, los cabellos uncidos de aceite y retenidos por

estrecha redecilla para que no le cayeran sobre los ojos durante la lectura, Juliano pasó por entre los fieles con la mirada modestamente fija en el suelo. Su rostro pálido tomaba casi involuntariamente expresión de indispensable é hipócrita humildad.

Subió á un elevado púlpito.

Los frescos del muro de la derecha representaban el martirio de santa Eutima. Un verdugo tenía la cabeza de la víctima, mientras que otro, abriéndole la boca con unas pinzas, la aproximaba á los labios una copa conteniendo plomo fundido. En otra escena el verdugo empuñaba un arma de tortura con la que destrozaba los delicados miembros de la santa, que aparecía atada á un árbol por las manos.

Bajo estos frescos se leía la inscripción: «Con la sangre de los mártires se adorna, Señor, tu Iglesia como con púrpura.»

En el muro opuesto se veían los pecadores ardiendo en el fuego del infierno y sobre ellos el paraíso y los santos.

Uno de estos cogía los frutos del árbol del Eden, otro tocaba el salterio y el tercero apoyado sobre una nube contemplaba con beatífica sonrisa, los tormentos infernales. Debajo se leían estas palabras: «Allí abajo habrá llantos y castañeteos de dientes.»

Los adoradores de San Mamio entraron en la iglesia formando un largo desfile de todas las enfermedades: ciegos, mancos, débiles, niños canijos con aspecto de viejos, poseídos, idiotas, rostros pálidos con párpados inflamados: todos marcados con la huella de una estúpida y desesperada sumisión.

Cuando el coro callaba se oían los suspiros con-

tritos de las viudas eclesiásticas, las *caloyeras* de la orden de San Basilio vestidas con ropas negras; ó bien el ruido de la cadena del viejo Panfilo quien durante muchos años no había hablado con nadie y que incesantemente murmuraba: ¡Señor, Señor, dame las lágrimas, dame ternura, dame memoria mortal!

La atmósfera era caliente y pesada: se mezclaban el olor del incienso con el de la cera derretida, el aceite quemado y la respiración de todos los enfermos.

Aquel día Juliano debía leer la Apocalipsis.

Los cuadros de la Revelación imponían á los fieles; el caballo blanco de la Muerte hendía el espacio sobre tribus terrenas que lloraban al ver que se aproximaba el fin del mundo.

«El sol es negro como el betún y la luna roja como la sangre. Los hombres dicen á las montañas: Caed sobre nosotros y guarecednos del trono de Dios y de la cólera del Cordero porque el gran día de su furor es llegado y ¿quién puede resistirle?»

Frecuentemente se repetían las profecías.

«Los hombres buscarán la muerte y no la hallarán; la desearán y huirá de ellos.»

Se oían lamentaciones: «¡Felices los muertos!»

Juliano dejó de leer y sepulcral silencio llenó la iglesia. Los fieles atemorizados dejaban escapar tristes gemidos y el seco ruido de golpes que golpeaban contra el suelo, y el chirrido de las cadenas de Panfilo acompañaban su perpetuo murmullo: «¡Señor, Señor! ¡dadme lágrimas, dadme ternura, dadme la memoria mortal!»

El niño abrió los ojos hacia el semicírculo de

mosáico, entre las columnas de las arcadas que representaban la imagen del Cristo sombrío, terrible, rostro enjuto, con una aureola dorada y una diadema semejante á la de los emperadores bizantinos; rostro de viejo con nariz larga y afilada y con los labios severamente plegados. Con la diestra mano bendecía el mundo y en la izquierda tenía un libro en que estaba escrito: La paz sea en vosotros; yo soy la paz del mundo.

Estaba sentado sobre su soberbio trono y un emperador romano, (Juliano se imaginaba que debía ser Constantino,) le besaba los pies.

En la parte baja, en la penumbra donde brillaba una sola lámpara, destacaba un bajo relieve sobre el sarcófago de los primeros tiempos del cristianismo: nereidas, panteras, alegres tritones, y á su lado Moisés, Jonás y la ballena, Orfeo encantando á las fieras al son de su lira y abarcándolo todo con una rama de olivo, ingénuo símbolo de la pureza y de la fe infantil. En el centro estaba el Buen Pastor llevando una res sobre los hombros, la res perdida, símbolo del alma del pecador. Era sencillo y simpático aquel adolescente de pies desnudos, de rostro imberbe y humilde como el de los pobres campesinos. Su sonrisa reflejaba dulzura paradisiaca.

Juliano se imaginaba que nadie conocía ni vería más á aquel Buen Pastor, y aquella reproducción de otros tiempos estaba en él enlazada á un sueño de su infancia que se esforzaba en vano por reconstruir.

Y el príncipe prisionero, mirando á aquel adolescente que parecía dirigirle un misterioso reproche murmuró la palabra oída á Mardonio: «¡Galileo!»

En aquel momento los rayos de sol que por las ventanas se filtraban temblaron quebrándose en la nube de incienso que flotaba dulcemente, y que al llegar al altar dorado pareció como que animaba la sombría y terrible imagen del Cristo arriano.

El coro cantó:

«Que toda la carne humana calle y se incline temerosa sin pensar en nada terrestre. El Emperador de los emperadores, el Señor de los señores se ha dado en prenda y en alimento á sus fieles, rodeado de los ángeles armados de todos los poderes de los querubines de múltiples ojos, y de los serafines alados. ¡Aleluya! ¡aleluya! ¡aleluya!»

El canto pasaba como un huracán sobre las cabezas inclinadas de los peregrinos.

La imagen del Buen Pastor se alejaba; pero la mirada del adolescente seguía fija en Juliano, preñada de reproches y el corazón del niño se oprimía no bajo la influencia de la veneración, sino dominado por un miedo intolerable ante aquel misterio que él no debía adivinar jamás.

---

V

Desde la basilica arriana, Juliano volvió á Maceo y fué su primer cuidado ir en busca de su *trirreme*, y noticioso de que Eutropio había partido para un viaje, se escapó de la fortaleza para ir al templo de Afrodita, cercano á la iglesia de San Mauricio; el bosque sagrado de la diosa estaba contiguo al cementerio cristiano.

Constantemente había discusiones y hasta reyertas entre los concurrentes á los dos templos.

Los cristianos exigían la destrucción del templo pagano; el sacrificador, Olimpiador, se querrellaba contra los guardianes de la basilica que por la noche derribaban secretamente los cipreses centenarios del bosque sagrado y cavaban tumbas para los cristianos en terreno de Afrodita.

Juliano penetró en el bosque; tibia brisa le envolvió y al niño le parecía sentir en la penumbra el aliento perfumado de Afrodita.

Entre las sombras de los árboles destacaban las

En aquel momento los rayos de sol que por las ventanas se filtraban temblaron quebrándose en la nube de incienso que flotaba dulcemente, y que al llegar al altar dorado pareció como que animaba la sombría y terrible imagen del Cristo arriano.

El coro cantó:

«Que toda la carne humana calle y se incline temerosa sin pensar en nada terrestre. El Emperador de los emperadores, el Señor de los señores se ha dado en prenda y en alimento á sus fieles, rodeado de los ángeles armados de todos los poderes de los querubines de múltiples ojos, y de los serafines alados. ¡Aleluya! ¡aleluya! ¡aleluya!»

El canto pasaba como un huracán sobre las cabezas inclinadas de los peregrinos.

La imagen del Buen Pastor se alejaba; pero la mirada del adolescente seguía fija en Juliano, preñada de reproches y el corazón del niño se oprimía no bajo la influencia de la veneración, sino dominado por un miedo intolerable ante aquel misterio que él no debía adivinar jamás.

---

V

Desde la basilica arriana, Juliano volvió á Maceo y fué su primer cuidado ir en busca de su *trirreme*, y noticioso de que Eutropio había partido para un viaje, se escapó de la fortaleza para ir al templo de Afrodita, cercano á la iglesia de San Mauricio; el bosque sagrado de la diosa estaba contiguo al cementerio cristiano.

Constantemente había discusiones y hasta reyertas entre los concurrentes á los dos templos.

Los cristianos exigían la destrucción del templo pagano; el sacrificador, Olimpiador, se querellaba contra los guardianes de la basilica que por la noche derribaban secretamente los cipreses centenarios del bosque sagrado y cavaban tumbas para los cristianos en terreno de Afrodita.

Juliano penetró en el bosque; tibia brisa le envolvió y al niño le parecía sentir en la penumbra el aliento perfumado de Afrodita.

Entre las sombras de los árboles destacaban las

notas blancas de las estatuas. Un Eros había sido mutilado por un grosero guardián de la basilica que burlándose del idolo le había roto su arco de mármol. El arma del Amor y las dos unidas manos del dios estaban sobre la tumba al pie de la estatua. Pero el travieso Eros seguía teniendo en los labios su picaresca sonrisa.

Juliano entró en la habitación del sacrificador. Los apartamentos eran pequeños, pero cómodos, y más pobres que lujosos. Ni tapices ni objetos de plata. Piso de piedra, muebles de madera y ánforas de barro cocido. Todos los objetos eran elegantes y artísticos. El mango de la lámpara de la cocina, obra maravillosa, representaba á Neptuno armado del tridente, las formas airoas de los vasos de barro llenos de aceite de oliva cautivaban la admiración de Juliano. A lo largo de los muros se veían valiosos frescos: nereidas montadas sobre unicornios, danzadoras sagradas, vestidas con largos *peplums* (1) que se plegaban graciosamente.

Todo era alegre en aquella casita inundada de sol; las nereidas, los unicornios, el Neptuno de la lámpara y los habitantes que desconocían lo que era feo, la maldad y el aburrimiento. Su frugalidad era tal que les bastaba para hallarse satisfechos docenas de aceitunas, un pedazo de pan blanco, un racimo de uvas y algunas copas de vino mezclado con agua.

Juliano entró en el jardincillo del atrio. Bajo el cielo azul un chorro de agua hendía el aire, y entre

(1) Mantos que las mujeres griegas llevaban sobre las túnicas.—  
N. del T.

los narcisos, los acantos, los tulipanes y los mirtos, se alzaba un Mercurio de bronce, alado y risueño como toda la casa.

Sobre las flores que el sol bañaba las mariposas y las abejas revoloteaban persiguiéndose. En el patio á la sombra del pórtico, Olimpiador y Amarilis, su hija, joven hermosa de diecisiete primaveras, se ejercitaban en el elegante juego antiguo del «Kottavo» sobre una columnita fija en el suelo, oscilaba, á modo de ostil de balanza, una delgada viga con una diminuta taza en cada extremo; sobre una de ellas había un vaso lleno de agua bajo los pies de una estatua de metal. Consistía el juego en verter desde determinada distancia, una copa de vino de suerte que llenando una de las dos tazas se hiciera mover la viga para golpear la estatua.

—¡Juega! ¡juega! ¡á tí te toca!—decía Amarilis.

—¡Una, dos, tres!

Olimpiador, arrojó el contenido de su copa, y erró.

Reía como un niño y causaba extrañeza ver á un hombre corpulento de cabellos grises entretenido con aquel juego inocente de muchachos.

Tocóle el turno á la joven, y recogiendo su túnica con gracioso movimiento, y lanzando el líquido de su copa, movió la tacita del «Kottavo» que resonó al chocar con la estatua.

Amarilis palmoteaba riendo ruidosamente.

Apareció Juliano, y padre é hija corrieron á su encuentro para abrazarle.

Amarilis gritó:

—Diofana. ¿Dónde estás? Ven á ver al huésped que viene á honrarnos. ¡Date prisa!

Diofana, la mujer de Olimpiador, salió corriendo de la cocina.

—¡Juliano, hijo mío!... Estás más delgado... ¡Hace tanto tiempo que no te vemos!...

Y con creciente alegría añadió:

—Esta noche tendremos un verdadero festín. ¡Voy á preparar coronas de rosas frescas, haré un asado y vosotros prepararéis un pastel de jengibre!

Una esclava joven se acercó á Olimpiador para decirle al oído que un rico patriarca de Cesárea deseaba hablarle.

Olimpiador salió tras la esclava. Juliano y Amarilis siguieron el juego del «Kottavo.»

Minutos después se acercó á ellos una muchacha de unos doce años, pálida, rubia; era la hija más pequeña de Olimpiador.

Psiquea, que así se llamaba, tenía hermosos ojos azules que miraban con tristeza y era el único sér que en aquella casa no participaba de la común alegría. Vivía aislada, y cuando los demás reían ella estaba pensativa, sin que nadie hubiera podido aún averiguar lo que la causaba placer ni lo que la entristecía.

Su padre la tenía por un sér enfermizo para el que no había cura posible y atribuía la causa del mal á los sortilegios de sus eternos enemigos los galleos, que para vengarse de él, le herían en uno de sus hijos.

La morena Amarilis era la preferida de Olimpiador, pero la madre mimaba secretamente á Psiquea, á la que adoraba con delirio que aumentaba á medida que se convencía de que aquella niña se le moría.

Psiquea salía furtivamente de la casa para entrar en la basilica de San Mauricio. Naurio el sacrificador, que conocía el secreto de la niña, la regañaba acremente, y cuando se le hablaba de ella su rostro tomaba sombría expresión de desagrado. Aseguraba que la impiedad de aquella niña era causa de que la viña, bendecida en otro tiempo por Afrodita, produjera menos fruto, y que bastaba la crucecita de oro que la muchacha llevaba al cuello para profanar el templo de la diosa.

—¿Por qué vas á la iglesia?—le preguntó una vez Juliano.

—No lo sé. ¡Se está tan bien allí! ¿Has visto al Buen Pastor?

—Sí, el Galileo. ¿Por quién le has conocido?

—Teodula me habló una vez de él y desde entonces voy á la iglesia. ¿Y por qué odian todos al Buen Pastor?

Olimpiador volvió triunfante y refirió cuanto con el patriarca había hablado. Se trataba de una joven de clase elevada á quien su prometido había abandonado; la joven se creía víctima de las hechicerías una rival. Había ido distintas veces á rogar inútilmente á san Mamio; pero ni los ayunos ni los rezos habían podido nada contra el encanto nefasto.

—¿Acaso los cristianos tienen virtud contra los malos espíritus?—dijo Olimpiador despreciativo y fijando la vista en Psiquea, que escuchaba atentamente.—La cristiana ha venido en demanda de mis sacrificios. Afrodita la curará.

En las manos llevaba dos pichones blancos que

la cristiana le había dado para que se los ofreciera en sacrificio á la diosa del Amor.

Amarilis tomó las aves y después de besarles cariñosamente el pico, dijo que era gran lástima matarlas.

—Padre, se los ofreceremos á la diosa sin verter sangre.

—¡Imposible! Los sacrificios exigen sangre.

—Les daremos libertad y volarán hacia el cielo en derechura al trono de Afrodita. La diosa está en el cielo, ¿verdad?

Olimpiador no tuvo valor para oponerse al deseo de su hija, y desatando á los pichones les dió libertad; los animalitos, agitando alegremente sus blancas alas subieron hacia el cielo «hasta el templo de Afrodita».

El sacrificador los seguía con la mirada, viendo desaparecer en las nubes la ofrenda de la cristiana, mientras Amarilis saltaba gozosa diciendo:

—¡Afrodita! ¡Afrodita! acepta este sacrificio puro. Olimpiador salió.

Juliano, solemne y temeroso, se aproximó á Amarilis; sus mejillas se arrebolaron y su voz tembló al pronunciar el nombre de la joven.

—¡Amarilis! te traigo...

—¡Ah! Ya hace tiempo que quería preguntarte cuál era el regalo misterioso que me guardabas.

—Es un trireme.

—¿Un trireme?... ¿Qué quieres decir?

—Un verdadero trireme liburnio.

Rápidamente desenvolvió su regalo, y dominado bajo el peso de las curiosas miradas de la joven,

colocó con mano temblorosa el juguete en la taza de una fuente.

—¿Lo ves, Amarilis?... es un trireme... un verdadero trireme... con sus velas... su timón... ¿Ves como boga?

Pero Amasilis reía ruidosamente.

—Y bien, ¿qué quieres que haga yo con ese trireme?... De fijo que no podré hacer en él un largo viaje. Es un navío para ratones... Regálaselo á Psiquea, que de seguro se quedará muy contenta.

Juliano, aunque profundamente apenado, procuraba aparecer indiferente, dominando las lágrimas que asomaban á sus ojos; hizo un supremo esfuerzo y con los labios temblorosos, dijo queriendo aparecer desdeñoso:

—Veo que no sabes nada... de arte.

Amarilis se puso á reír con mejor gana.

Para colmo de desdichas se la avisó que acababa de llegar su prometido, rico mercader de Samos que vestía mal, se perfumaba con exceso y que al hablar cometía verdaderos crímenes gramaticales.

Juliano le detestaba, y cuando supo que el comerciante había llegado, toda la casa perdió el encanto que hasta entonces había tenido para él.

Desde la pieza inmediata llegaba á sus oídos la conversación murmurante y apagada de los novios.

Sin pronunciar ni una palabra, con rabia reconcentrada, tomó Juliano su navicilla, su verdadero trireme liburno, que tanto trabajo le había empleado, y ante Psiquea asombrada, arrancó las velas, destrozó los palos y pisoteó el juguete de modo que no quedó de él pedazo entero.

Amarilis volvió. Su rostro denunciaba singular

dicha, superabundancia de vida, ese exceso de amorosa felicidad que impulsa imperiosamente á las mujeres á besar y abrazar á todos cuantos las rodean.

—¡Juliano!... ¡perdóname!... Te he hecho mucho daño, lo comprendo... ¡Perdóname! Bien sabes cuanto te amo.

Y antes de que el niño hubiese tenido tiempo de responder, Amarilis le sujetó por la túnica y apriisionó su cabeza entre los desnudos brazos.

Dulce temor detuvo los latidos del corazón de Juliano; ¡veía tan de cerca los hermosos ojos negros! ¡de aquella carne se escapaba un olor tan penetrante y la joven le estrechaba con tanta fuerza contra su robusto seno! que el niño sentía vértigos. Cerró los ojos y sintió sobre sus labios un beso dolorosamente largo.

La voz del mercader destruyó el encanto.

—¡Amarilis! ¡Amarilis! ¿Dónde estás?

Juliano empujó á la joven con todas sus fuerzas, y con el corazón desbordante de dolor y odio, gritó:

—¡Déjame! ¡déjame!

Se escapó de sus brazos y huyó.

Se alejó de la casa sin hacer caso de nada, y atravesando á buen paso las viñas y el bosque de cipreses, no se detuvo hasta que llegó al templo de Afrodita.

Oía que le llamaban. La voz fresca y alegre de Drofana le anunciaba que las galletas de gengibre estaban preparadas, pero Juliano no respondió.

Fueron en su busca y él se escondió á los pies de Eros tras las plantaciones de laurel.

Drofana, ya acostumbrada á las rarezas del niño,

creyó que se había ido á Macelo y volvió á la casa.

Cuando se alejó Drofana, Juliano salió de su escondite y clavó la vista en el templo de la diosa del Amor, levantado sobre una elevada colina descubierta por todos lados.

El mármol de las columnas jónicas, inundadas de sol, se bañaban en el azul sombrío y cálido que parecía abrasar al mármol frío y blanco como la nieve.

Cada lado del frontón estaba coronado de zócalos, sosteniendo grifos que con sus garras, sus picos de águila abiertos, sus senos de mujer destacaban soberbios sus severos contornos sobre el fondo azul del cielo.

Juliano subió las gradas del pórtico, empujó la puerta de bronce y penetró en el interior del templo, el *naos* sagrado.

Silencio agradable y frescor grato le envolvían. El sol poniente alumbraba todavía el remate de los capiteles, en los que los finos repliegues semejaban bucles de oro que contrastaban con la mortecina luz que llenaba la parte baja del templo.

Del tripode salía aún olor de mirra quemada.

Juliano se apoyó en el muro y alzó los ojos con timidez, conteniendo la respiración que en sus labios espiraba.

¡Oh, sí, era *Ella!*

Bajo el cielo raso, en el centro del templo, brotando de las espumas del mar, se alzaba, fría y blanca, Afrodita Anadioneme.

La diosa contemplaba sonriente el mar y el cielo, admirada de su encanto é ignorando todavía que

era su propia belleza que se reflejaba como en eternos espejos, en el cielo y en las aguas.

Ningún vestido profanaba su divino cuerpo; aparecía casta y desnuda como el cielo sin nubes que sobre su cabeza se dilataba.

Juliano la miraba sin saciarse, y de repente sintió que el escalofrío, nuncio de la adoración, sacudía su cuerpo; el niño, cubierto con obscuro hábito monacal, cayó arrodillado ante Afrodita con los ojos fijos en ella y las manos comprimiendo las palpitaciones de su corazón.

Después, siempre alejado y tímido, se sentó al pie de la columna sin apartar los ojos de la estatua; apoyó la cabeza contra el mármol; la paz descendió á su alma; se quedó dormido.

Pero á través de su sueño seguía adivinando la presencia de Afrodita.

Bajaba y cada vez la tenía más cerca. Sus finas manos blancas enlazaron el cuello de Juliano. El niño sonriente se abandonaba á estas caricias: hasta el fondo de su corazón penetraba el frío del mármol.

Aquellas santas caricias no se parecían en nada á los apasionados abrazos de Amarilis. El alma de Juliano se libraba del amor terreno y alcanzaba el postrero descanso, semejante al reposo dulce de la muerte.

Quando despertó Juliano era de noche; por el cuadrilátero abierto en el centro del templo se veían brillar las estrellas; y la luna, en creciente, proyectaba su luz argentada sobre la cabeza de Afrodita.

Juliano se levantó.

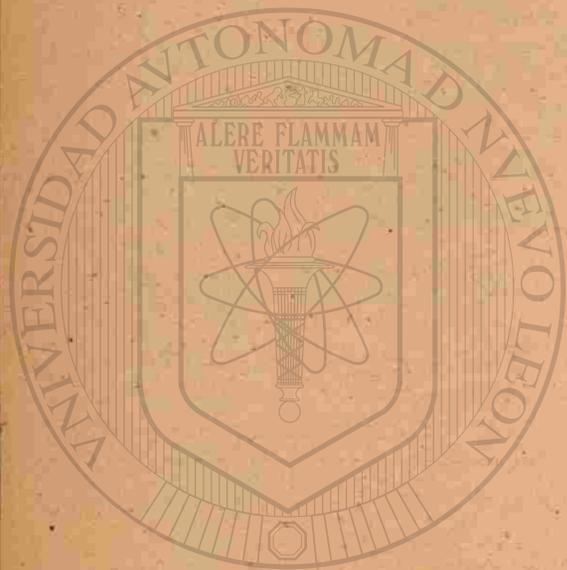
Olimpiador debía de haber estado allí; pero ó no se había fijado en el niño, ó no había querido despertarle; en el trípode de bronce ardian carbones puestos recientemente, y un hilillo de oloroso humo ascendía hacia la diosa.

Juliano, sonriente, se acercó, tomó de la copa de crisólito puesta junto al trípode algunos granos resinosos y los arrojó sobre los carbones.

El humo subió más espeso y el reflejo rosáceo del fuego animó, dándole aparente vida, el rostro de la diosa, sobre la que seguía cayendo la blanca luz de la luna.

Juliano se inclinó, besó los pies de la estatua, que humedeció con sus lágrimas y exclamó con inefable entusiasmo:

— ¡Afrodita! ¡Afrodita! ¡Yo te amaré eternamente.



En uno de los más pobres y desaseados barrios de Seleucia siria, en la costa del mar Interior y en la entrada del puerto de la grande Antioquia, estrechas y tortuosas callejuelas, que desembocan en la plaza, conducen al muelle. Eran tantos los palos y los aparejos de las embarcaciones fondeadas, que obstruían el horizonte, impidiendo ver el mar.

Las casas se componían de miserables y pequeñas piezas, atiborradas de objetos heterogéneos y blanqueadas con cal. En todos los rincones, en los tugurios, en los callejones, llenos de miasmas procedentes de las aguas infectas de los lavaderos y los baños pobres, se agitaba un pueblo singularmente cosmopolita, miserable y hambriento.

El sol, que tostaba la tierra, acababa de perderse en los confines del horizonte; el crepúsculo moría á toda prisa; el calor sofocante, el polvo y la bruma gravitaban sobre la ciudad.

Del mercado salía una atmósfera sofocante satu-

rada de olor á carne y legumbres averiadas de haber estado todo el día bajo la acción de los rayos solares. Esclavos semi desnudos descargaban las mercancías de los barcos. Llevaban media cabeza afeitada y á través de sus andrajosos sayos se veían horribles equimosis, y la mayoría de ellos llevaban en el rostro estigmas hechos con hierros candentes; dos letras latinas, C y F, que querían decir: *Cave furem* (Tened cuidado con el ladrón).

Se encendían luces y hogueras. Aunque la noche iba cerrando, no se dejaban los quehaceres ni las discusiones. En la fragua vecina se oía el martilleo constante sobre las barras de hierro. En otra parte los esclavos panaderos, desnudos, cubiertos de pies á cabeza del blanco polvillo de la harina, los párpados inflamados por el calor, metían los panes en el horno.

Un zapatero, instalado en un cobertizo donde penetraban todos los vientos, exhalando insoportable olor de cola de almidón y de cuero, cosía los zapatos á la luz de una lámpara humeante, sentado sobre sus piernas entrecruzadas y cantando á voz en grito canciones bárbaras.

De casa á casa, á través del callejón, dos viejas, verdaderas brujas, con el escaso cabello destrenzado, rugían, disputaban y se amenazaban con los secos puños, dispuestas á hacerse trizas por una cuerda tendida para secar ropa.

Un vendedor de lejanas tierras se daba prisa para llegar al mercado de la mañana, montado sobre vieja yegua cargada de cestos de mimbre repletos de pescado podrido, cuyas fétidas emanaciones obli-

gaban á los transeuntes á girar mal de su grado la cabeza.

Un muchachote de piel y cabellos rojos se deleitaba con el estridente ruido que producía el golpear sobre una descomunal vacía, mientras otros chicos enclenques é innumerables—entre aquella miseria nacían y morían á centenares todos los días—se arrastraban gruñendo como puercos alrededor de charcos llenos de mondaduras de naranja y cascarones de huevo.

En callejas más sospechosas aún, habitadas por ladrones y donde de las tabernas salía hedor de vino agriado, marineros de todos los rincones del universo, pasaban asidos del brazo, escandalizando con canciones de borrachos.

Y dominando todo este nido, tanta inmundicia y tanta miseria humana el mar lejano, infinito, invisible, gemía y bramaba.

Arrimados á la ventana de la cocina subterránea de un comerciante fenicio, varios perdidos jugaban á las tabas y conversaban. De la cocina subían en bocanadas calientes olor de grasa hervida, especias y carne, que los hambrientos aspiraban glotonamente cerrando los ojos.

Un cristiano, tintorero de púrpura, que había sido apresado como autor del robo de una rica fábrica de Tiro, murmuró chupando ávidamente una hoja de malva tirada por el cocinero:

—¿Y Antioquía, amigos míos? ¿Aquí os da miedo pensar la noche que nos espera?... ¿Y allí?... Últimamente el populacho hambriento ha hecho trizas al prefecto Teófilo. ¿Y por qué? No se sabe. Después de haberle matado han caído en la cuenta de que

el desgraciado era un hombre bueno y digno... Yo no vacilo en afirmar que el César ha dirigido la cosa.

Un viejo achacoso, muy hábil ladrón, replicó:

—Yo he visto una sola vez al César y me gustó su aspecto. Jovencito, rubio, y de fisonomía ancha y afable. Y sin embargo, ¡cuántos crímenes! ¡Dios mío! ¡cuántos crímenes!... ¡Da miedo salir á la calle!...

—No tiene la culpa el César, sino su mujer, ¡esa vieja bruja!

Extraños personajes se aproximaron al grupo y se inclinaron como deseosos de tomar parte en la conversación. Si el fuego de la cocina hubiera sido más intenso, se hubiese podido ver que sus rostros tenían cicatrices y arrugas pintadas, y sus vestidos estaban sucios y deshilachados como los de los mendigos de teatro. A pesar de su aspecto miserable, las manos del más desaseado eran finas y blancas, y las uñas rosadas. Uno de esos personajes murmuró al oído de su compañero:

—Escucha Agamenon; también aquí se habla del César.

Aquel á quien se llamaba Agamenon parecía ébrio. Las piernas le vacilaban al andar. La barba muy espesa y demasiado larga para ser natural, le daba aspecto de fantástico bandido; pero sus ojos, de un azul vivo, eran dulces, casi infantiles. Sus compañeros le detenían frecuentemente para decirle al oído:

—Atención, sé prudente...

El viejo del coro añadió con su tono plañidero:

—El precio del grano aumenta diariamente; los

hombres se mueren como moscas... Y todo esto nos pasa porque sí... Hay que discurrir un poco... Ultimamente llegó de Egipto un enorme navío y el pueblo se vuelve loco de júbilo pensando que le trae pan.

El César, dice la gente, ha hecho venir esta embarcación para que comamos. Y ¿á qué no sabéis lo que el navío traía en realidad? Polvo de Alejandria, un polvo especial blanquecino, preparado en Libia, y que sirve para que los atletas se froten el cuerpo. ¡Polvo para los gladiadores de la corte en vez del pan con que el pueblo soñaba... ¿Es esto tolerable?

Agamenon tocó con el codo á uno de sus compañeros.

—¡Pregunta en seguida el nombre de ese que ha hablado!

—Paciencia... luego.

Un zurrador observó:

—Aquí, en Seleucia, se está cuando menos tranquilo. En Antioquia todo se vuelven traiciones, espías y delaciones.

El tintorero lamió por última vez la hoja de malva y replicó con voz tenebrosa:

—¡Si Dios no pone remedio, pronto veremos que la carne y la sangre humanas valen menos que el pan y el vino!

El zurrador que tenía tanto de borracho como de filósofo, dijo dando un suspiro:

—¡Oh! ¡oh! ¡oh!... ¡Desdichadas criaturas! ¡Los dioses juegan con nosotros á su antojo!... ¡Los hombres lloran y los dioses rien!

El compañero de Agamenon había logrado mez-

clarse con los del corro y con suma habilidad, aparentando indiferencia, había preguntado los nombres de los que habían hablado. Logró sorprender las confidencias que hacía un remeudón abulante al zurrador, referente á un complot urdido contra la vida del César por los soldados de la guardia pretoriana.

Se separó algunos pasos y apuntó los nombres de los espías empleando para esta operación un elegante estilo con el que trazó letras finísimas sobre tablas enceradas en las que ya estaban escritos otros muchos nombres.

De la plaza del mercado llegaban raucos sonidos que parecían lanzados por algún monstruo subterráneo, tan pronto alegres como llorosos, arrancados á un órgano hidráulico.

Un esclavo ciego, á quien se daban cuatro obolos diarios, eotaba en la puerta de una barraca bombando el agua que producía en el mecanismo estos extraños sonidos.

Agamenon llevó á sus compañeros hacia la barraca recubierta de tela azul con estrellas plateadas. Una linterna alumbraba el cuadro negro que contenía una tela en la que con gréda se había escrito en lengua siria el orden de la función. En el interior reinaba pesada atmósfera que por momentos acababa de enrarecer el tufo mal oliente de las lámparas.

Además del órgano sonaban dos flautas estridentes, y un negro etíope golpeaba el parche de un tambor. Un titiritero corría sobre una maroma palmoteando á compás y cantando la canción de moda:

*Hac, huc, convenite nunc...*  
*¡Spatolocinaedi!*  
*Pedem tendite*  
*Cursum addite...*

Aquel flacucho funámbulo, desvergonzado é impúdico, era viejo repulsivo y apayasado. De su frente rugosa caían gotas de sudor mezcladas con la grasa de los afeites; su risa cascada recordaba el ruido que la lluvia causa al caer pausada en los boquetes de una pared.

Cuando desapareció el danzante, las flautas y el órgano callaron, y se presentó una muchacha de quince años encargada de ejecutar el *Kordax* baile célebre predilecto del pueblo. Los Padres de la Iglesia lo anaternizaban, las leyes romanas lo prohibían, pero todo en vano. Seguía la danza del *Kordax* y á él se entregaban con idéntico entusiasmo pobres y ricos, mujeres y senadores en las casas y en las calles.

Agamenon exclamó:

— ¡Hermosa niña!

Gracias á los puños de sus compañeros había logrado colocarse en primera fila.

El cuerpo tierno y bronceado de la nubia sólo estaba velado alrededor de la cintura por una ligera y trasparente tela rosa. Los cabellos formaban apretados y vistosos rizos, y en general, el rostro de tipo egipcio puro, recordaba el de una esfinge.

Comenzó á danzar con indolencia como si estu-

viera fatigada. Los gruesos cascabeles de acero, los «crótalos» que agitaba sobre la cabeza sonaban casi imperceptiblemente. Después se acentuaron los movimientos y de repente, bajo las largas pestañas brillaron los ojos amarillos, claros y flamígeros como ojos de fiera. Se irguió y los crótalos de acero se agitaron con tal brío, haciendo oír su repiqueteo agudo, que el público se conmovió y guardó silencio.

La muchacha ondeó el cuerpo con viveza y elegancia de serpiente. Las ventanas de la nariz se le dilataron y de su garganta se escapaba un grito extraño. A cada movimiento brusco del cuerpo, los redondos y negruzcos senos, que la malla retenían, temblequeteaban como fruto maduro, agitado por el viento, y los rosados botones en que acababan adquirirían erección voluptuosa.

La multitud rugía de entusiasmo.

Agamenon deliraba, retenido por sus compañeros. Súbitamente se detuvo la muchacha. Ligero estremecimiento recorrió su cuerpo. Reinó profundo silencio. Sobre la cabeza de la nubia, caída gachonamente hacia atrás, se agitaban los crótalos con continuadas y expirantes vibraciones, ligeras y dulces como aleteo de mariposilla aprisionada. El brillo de los ojos amarillos se amortiguaba, pero la pupila seguía despidiendo destellos vivos. El rostro continuaba severo, más en los labios espesos y purpurinos, de esfinge, temblaba débil sonrisa, tan débil como el sonido mortecino de los crótalos.

El público gritó y aplaudió con tanta fuerza, que la tela azul con estrellas plateadas, se balanceó como una vela á impulsos del prepotente huracán.

El empresario tuvo miedo durante varios segundos de que la barraca se derrumbara.

Los compañeros de Agamenon fueron impotentes para contenerle: levantando la cortina, se precipitó en la escena entrando en la parte reservada á los bailarines y los actores.

Inútilmente le decían los amigos:

—¡Espera! ¡espera!... Mañana se arreglará todo á medida de tu deseo.

Agamenon replicaba:

—¡Ahora! ¡ahora mismo! ¡mañana sería tarde!

Se acercó al empresario el tunante Mirmés, y sin pronunciar una palabra le arrojó un puñado de piezas de oro.

—¿Esa bailarina es tu esclava?—le preguntó.

—Sí, ¿qué desea... Su señoría?

Mirmés, sorprendido, miraba alternativamente al oro y á Agamenon.

—¿Cómo se llama?

—Filis.

Agregó un puñado de plata. El empresario murmuró algunas palabras al oído de Filis, quien jugando maquinajmente con las monedas, clavó ri-sueña en Agamenon su mirada penetrante.

—Ven,—dijo él.

Filis se echó sobre los hombros una clámide obscura, y salió con Agamenon á la calle.

La muchacha preguntó sumisa:

—¿Dónde?

—No lo sé.

—¿A tu casa?

—Imposible. Vivo en Antioquía.

—Y yo he llegado esta mañana á esta ciudad.

—Entonces, ¿qué haremos?

—Espera. En un callejón inmediato he visto el templo de Priapo abierto. Vamos allí.

Filis obedeció riendo. Los compañeros de Agamenon querían seguirle, pero él les dijo:

—Es inútil. ¡Quedáos!

—Ten cuidado. No vayas sin armas; el barrio es muy peligroso.

Y sacando de debajo de la túnica un puñal de valiosa empuñadura uno de los compañeros de Agamenon, se lo entregó con marcadas muestras de respeto.

Agamenon y Filis penetraron en un callejón sombrío.

—Aquí, aquí. No temas; entra...

Se encontraban en el vestíbulo de un templo de pequeñas dimensiones; desierto, en el que las viejas y gruesas columnas recibían la escasa luz de una lámpara.

—¡Empuja la puerta!

Y Filis, siempre riendo dulcemente, arrojó al suelo la clámide.

Cuando Agamenon la estrechó en sus brazos, le parecía como que á su cuerpo se enroscaba una serpiente ponzoñosa, flexible y ágil, y cuyos ojos, se habían hecho enormes é imponentes.

En el mismo instante, retumbó, en el interior del templo, estridene graznido y un formidable alarido.

Agamenon se separó de Filis balbuceando.

—¿Quién vá?

En la obscuridad se percibieron formas blancas semejantes á apariciones.

Lleno de miedo invencible, Agamenon, se santiguó.

—¿Qué es eso? ¡Que las tres santas cruces nos protejan!

En una pierna sintió un pinchazo penetrante. Gritó de dolor y miedo, y mientras con una mano asía fuertemente por la garganta á uno de sus enemigos desconocidos, en la otra esgrimía el afilado puñal... Se oyeron gritos ensordecedores, seguidos de forcejeos y golpes repetidos. La lámpara se apagó y Filis gritó riendo:

—¡Son las ocas sagradas de Priapo! ¿Qué has hecho?

Agamenon pálido y tembloroso estaba en pie, teniendo en una mano el puñal ensangrentado y en la otra el ave inmolada.

Hombres y mujeres con antorchas encendidas, invadieron el templo, gritando desaforadamente. A la cabeza, iba Escabra, sacrificadora de Priapo.

Según costumbre, estaba fastidiada y triste en la taberna vecina, cuando oyó los gritos de las ocas sagradas, en cuyo auxilio había acudido.

Con la nariz roja y arremangada, los cabellos grises é hirsutos, los ojos brillantes como dos clavos de acero, la sacrificadora de Priapo se asemejaba á una furia.

Irritada gritó:

—¡Auxilio! ¡auxilio!... el templo está profanado... ¡Mirad lo que han hecho estos impíos cristianos!

Filis se cubrió con la clámide y huyó, mientras las multitud se apoderaba de Agamenon quien tan

desconcertado estaba, que no pensaba ni en soltar el ave muerta que tenía en la mano.

Escabra llamó á los *agoránomos*, guardias del mercado.

La multitud engrosaba por momentos.

Los compañeros de Agamenon acudieron en su auxilio, pero era demasiado tarde.

De los cubiles vecinos, de las tabernas, de las tiendas, de todas partes, acudió muchedumbre abigarrada, atraída por el ruido. Los rostros llevaban pintada la alegre curiosidad, inherente á la gentuza.

El herrero corría con el pesado martillo sobre el hombro; las dos viejas se olvidaron de su querella, el panadero entusiasmado empujaba al zapatero giboso, y detrás de ellos corrían el muchachote rojo, alborotando y riendo sin dar paz á la mano que repiqueteaba en la vacía como quien toca á rebato.

Escabra aullaba asida con ambas manos á la ropa de Agamenon:

—¡Granuja!... ¡Como logre llegarte á la barba no he de dejarte en ella un solo pelo!... ¡Bribón! ¡vales menos que la cuerda que ha de servir para ahorcarte!

Por fin aparecieron los *agoránomos* adormilados; por su aspecto sospechoso más parecían vagabundos que guardadores del orden.

La chusma reía y gritaba de suerte que era imposible adivinar lo que querían.

Uno gritaba: ¡Asesino! otro ¡ladrón! y un tercero: ¡fuego!

Súbitamente dominando la ensordecedora algabía, se alzó la voz aterradora de un *hómbretón*,

semi desnudo, bañero de profesión, y por vocación orador de plazas públicas:

—¡Ciudadanos, escuchadme y creedme!... Hace mucho tiempo que vigilo á este canalla y á sus compañeros... Se dedican á apuntar nombres... ¡son los espías del César!

Escabra, poniendo su obra en intento, asió de la barba de Agamenon con una mano, y de los cabellos con la otra. El quiso rechazarla: pero la sacrificadora tiraba con todas sus fuerzas, y con sorpresa de todos, las barbas y los cabellos negros quedaron en las manos de la vieja quien cayó rodando al suelo.

En lugar del barbudo Agamenon, quedó ante la muchedumbre alborotada, un hermoso joven de rizada cabellera rubia.

Los curiosos le miraron en silencio. La voz del bañero clamó de nuevo:

—¿Lo véis, ciudadanos? ¡son delatores disfrazados!

Uno gritó:

—¡Matadles! ¡matadles!

La muchedumbre se agitó y algunas piedras cayeron sobre el joven. Sus compañeros le rodearon con las espadas desenvainadas.

El zurrador cayó muerto de una estocada. El muchachote rojo fué pisoteado. Los rostros adquirieron expresión feroz. Pero cuando iba á comenzar la lucha, diez enormes esclavos paflagonios que llevaban sobre los hombros una litera de púrpura, se abrieron paso imperiosamente.

—¡Salvado!—gritó el joven rubio subiendo en la litera con uno de sus compañeros.

Los paflogonios la vieron rápidamente sobre los hombros y huyeron á paso de carrera. El pueblo enfurecido queria ir en su seguimiento y apedrearles.

Uno gritó:

—¡Ciudadanos! ¡no vayáis, es el mismo César!  
¡César Galo!

Y todos se detuvieron petrificados de miedo.

La litera, balanceándose sobre los hombros de los esclavos como una canoa sobre las ondas desapareció en la calle tenebrosa.

Seis años habían transcurrido desde que Juliano y Galo habían sido encerrados en la fortaleza de Macelo. El emperador Constancio, les había vuelto á su gracia. Juliano, de edad de veinte años, fué enviado á Constantinopla que le autorizó para viajar por Asia Menor.

A Galo le nombró emperador colega dándole el título de *César* y le concedió el gobierno de Oriente. Sin embargo, aquella gracia súbita no presagiaba nada favorable, Constancio acostumbraba á deshacerse de sus enemigos después de haber adormecido su desconfianza con caricias excesivas.

—¿Y bien Glifeon? Constancio podrá prohibirme que vuelva á salir con cabellos postizos..... No importa.

—Ya habíamos avisado á Tu Magestad que corrias peligro.

Pero César, echado sobre los blandos cojines de la litera, había olvidado su miedo. Ahora reía.

—¡Glycon! ¡Glycon! ¿Has visto como rodaba la maldita bruja con mi barba?

Cuando llegaron á palacio, César ordenó:

—En seguida, un baño perfumado y la cena. El paseo me ha despertado el apetito.

Se le acercó un sirviente para entregarle una carta.

—No, Norban,—le dijo.—No, no, los negocios mañana.

—César magnánimo me perdone; es un mensaje importante del emperador Constancio.

—¡De Constancio! Trae.

Galo leyó la misiva y palideció: sus rodillas flaquearon, y hubiera caído al suelo irremisiblemente al faltarle la pronta ayuda de sus cortesanos.

Constancio, con términos muy cariñosos, invitaba á su «extremadamente amado primo» á trasladarse á Mediolan. Al mismo tiempo el emperador ordenaba que sin pérdida de tiempo se le enviaran dos legiones acuarteladas de Antioquia, que eran la única defensa con que Galo podía contar. Constancio arrojaba á su primo al peligro después de desarmarle.

Cuando el César se serenó algún tanto, murmuró débilmente:

—Llamad á mi mujer,

—La esposa de tu Magestad acaba de partir para Antioquia.

—¿Cómo? ¿no sabe nada?

—No.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¿Qué haré sin ella?... Dí al enviado del emperador... No sé qué hacer... ¿Acaso puedo yo solo tomar una resolución?... Enviad

un mensajero á Constancia... Decidle que César le ruega que venga... ¡Dios mío! ¿qué hacer?

Iba de un lado á otro atolondrado, llevando alterativa y nerviosamente la diestra desde la barba rubia á la cabeza y repitiendo á cada momento:

—No, no, no partiré por nada del mundo... ¡Prefiero morir! ¡Oh, conozco á Constancio!

Se le acercó otro correo con un papel en la mano.

—De parte de la esposa del César. Al partir ha rogado que se firme lo más pronto posible.

—¿Qué?... ¡Otra orden de muerte!... ¡Clemente de Alejandría!... ¡Verdaderamente es demasiado!... ¡Tres por día!

—César, tu esposa desea...

—¡Bah! después de todo eso me es indiferente... ¡Dadme la pluma!... Ahora ya poco importa... Sólo quisiera saber por qué se ha ido... ¿Acaso puedo yo sólo resolver los asuntos?

Después de firmar la orden de muerte, fijó en los que le rodeaban sus ojos azules, cándidos é indiferentes.

—El baño está preparado y la cena se servirá inmediatamente.

—¿La cena? No tengo apetito. Sin embargo, ¿qué tenías dispuesto?

—Trufas de Africa.

—¿Frescas?

—Llegadas esta mañana.

—Preferible es tomar fuerzas. ¿Qué os parece, amigos míos? Estoy tan abatido... ¿Conque trufas? Precisamente esta mañana pensaba en ellas.

Su rostro descompuesto hizo una mueca que pa-

recía un remedo de sonrisa. Antes de zambullirse en el agua teñida de ópalo por los perfumes vertidos, Galo hizo un gesto de indiferencia.

—¡Todo me da lo mismo! ¡No es cosa de preocuparse tanto!... Tal vez Constancia lo arreglará.

Y su rostro se iluminó súbitamente, mientras se metía con delicia en el agua perfumada.

Ya en el baño gritó jovialmente:

—Decid al cocinero que á las trufas añada salsa de pimienta rojo.



En Nicomedia, en Pergamo, en Esmirna, Juliano, de diez y nueve años de edad y enamorado de la sabiduría helénica, había oído hablar del célebre sofista y teurgo Jamblico de Caldea, discípulo de Pórfira; el neoplatoniano, el divino Jamblico como se le llamaba.

Deseoso de conocerle había ido Juliano á Efeso. Jamblico era un viejecito delgado y enfermizo. Gustaba de quejarse de sus males, la gota, el reumatismo, la cefalalgia; atacaba duramente á los médicos, pero se apresuraba á seguir sus consejos y hablaba con delicia de infusiones y medicamentos.

Llevaba constantemente, aun en estío, una túnica doble, á pesar de lo cual no conseguía nunca entrar en calor, y amaba al sol como un lagarto.

Desde su adolescencia, Jamblico había aborrecido la carne, de la que hablaba con repulsión, afir-

mando que no acertaba á comprender que se pudiera comer carne animal. Su sirviente le preparaba un hervido especial, hecho con cebada, vino caliente y miel; sus mandíbulas desdentadas no le permitían comer pan.

Siempre estaba rodeado de discípulos, admiradores devotos, que acudían á escucharle desde Roma, Antioquía, Egipto, Mesopotamia y Persia.

Todos creían á Jamblico capaz de hacer milagros y el maestro los trataba como padre enojado al ver á su alrededor tantos niños débiles. Cuando comenzaban á discutir y disputar, Jamblico hacía gestos á los que seguían una gran mueca, expresando dolor físico.

Hablaba dulcemente y su tono era agradable; pero cuanto más alzaban los demás la voz, él más bajaba la suya. No podía tolerar el ruido, por lo que aborrecía las voces recias y las sandalias de suela fuerte.

Juliano miraba perplejo á aquel viejo caprichoso, friolero y enfermizo, no acertando con la causa que le hacía tan respetable y buscado. Recordaba haber oído decir á los discípulos que una noche en que el *divino* estaba en oración, fué levantado por una fuerza invisible á diez codos del suelo y envuelto en aurífera aureola.

Otros referían el milagro por el cual el Maestro, en la ciudad siria de Gadara, había hecho surgir de dos fuentes calientes á Eros y Arteros, los dos genios del Amor, uno alegre y el otro triste. Los dos se habían acariciado al lado de Jamblico como dos niños y habían desaparecido obedeciendo una orden del Maestro.

Juliano nunca pudo descubrir en lo que el Maestro hablaba, la sabiduría que todos le concedían. El metafísico de la escuela de Pórfiros le parecía muerto, seco y dolorosamente complejo.

Jamblico salía siempre victorioso sin el menor esfuerzo de las discusiones de dialéctica más intrincadas. Las enseñanzas sobre Dios, sobre el Mundo, sobre las Ideas eran de profunda erudición, pero estaban privadas de calor vital. Juliano había esperado otra cosa, y aun después del desengaño seguía esperando y no se marchaba.

Los ojos de Jamblico eran extraños, glaucos y destacaban vivamente sobre su rostro de bronce. Juliano estaba persuadido de que aquellos ojos inhumanos y menos divinos que humanos, debían concentrar la sabiduría oculta, la *sabiduría de la serpiente*, de la que Jamblico no hablaba jamás á sus discípulos. Mas cuando el *divino* preguntaba con voz cascada por qué no estaba preparado su cocimiento de cebada ó cuando se quejaba de la gota, el encanto desaparecía por entero.

Una vez Jamblico paseaba con Juliano por la orilla del mar fuera de las puertas de la ciudad; la tarde era dulce y melancólica. A lo lejos, detrás del fuerte de Panormos, blanqueaba la terraza del célebre templo de Artemisia de Efeso, adornada de estatuas.

En la arenosa ribera, donde, según la tradición, Latona dió á luz á Artemisia y á Apolo, todo parecía adormecido, sin que se vieran otras señales de vida que las nubes de humo que de numerosos altares del bosque sagrado de Ortegia se elevaban en columnas hacia el cielo.

Al Sur se veían las crestas azuladas de las montañas de Samos. La brisa era suave, como la respiración de un niño; las olas transparentes formaban pequeños rizos. El sol poniente se había ocultado tras las nubes, dorando su enorme masa.

Jamblico se sentó sobre una roca; Juliano se dejó caer á sus pies. El Maestro se puso á acariciar el cabello negro y reció á su discípulo.

—¿Estás triste?

—Sí.

—Lo sé. Buscas y no encuentras. No tienes fuerza para decir *El es* y no te atreves á decir *No es*.

—¿Cómo has podido adivinarlo, Maestro?

—¡Pobre niño! Cincuenta años hace que sufro del mismo mal... y seguiré sufriendo hasta que muera. ¿Acaso yo *Le* conozco mejor que tú? ¿Acaso he podido encontrarle? Estas son las continuas torturas generativas. Ante ellas, las demás torturas no son nada. Las gentes piensan que padecen hambre, sed, pobreza, en realidad padecen porque piensa que tal vez *El* no existe. Este es el único sufrimiento universal. ¿Quién osará decir *El no existe* y qué fuerza humana no es necesario tener para decir *Existe*?

—¿Y tú, tú tampoco te has aproximado á *El*?

—Tres veces en mi vida he sentido el éxtasis de encontrarme enteramente unido á *El*. Plotino cuatro veces, Pórfiros cinco. He tenido tres momentos en mi existencia que me recompensan de la pena de vivir.

—He discutido con tus discípulos sobre este punto y nada saben.

—¿Crees que se atreverían á saber? Les basta

con poseer la capa superficial de la sabiduría... Querer ahondar es peligroso.

—¡Pues bien! ¡aunque muera! ¡Maestro, descúbreme el secreto.

—¿Tú osarías?

—Sí; pero ¡habla! ¡habla!

—Y, ¿qué puedo decirte?... Nada. Escucha la calma de la tarde y ella te hablará con más elocuencia...

El *divino* seguía acariciando la cabeza de Juliano, que pensaba: «He aquí lo que yo esperaba», y abrazado á las piernas de Jamblico murmuró implorando:

—¡Maestro!... ten piedad... descúbremelo todo, no me abandones.

Con los ojos verdes, singularmente inmóviles, fijos en las nubes, Jamblico murmuró como si hablara consigo mismo:

—Si... todos hemos olvidado la voz de Dios. Como los niños separados desde la cuna de su padre, le oímos y le reconocemos. Es necesario escuchar *Su* voz, es preciso que en nuestras almas se apaguen todos los ecos terrestres. Mientras la razón arde y alumbrá nuestro espíritu, nos vemos nosotros y perdemos de vista á Dios; pero cuando la razón declina, el éxtasis desciende sobre nosotros como bienhechor solio sobre las plantas. Los malos no pueden conocer el éxtasis; sólo los sabios se transforman en lira vibrante bajo la mano de Dios. ¿De dónde vienen los rayos que alumbran el alma? Lo ignoro. Llegan inopinadamente cuando menos los esperamos. Es inútil buscralos. Dios está cerca de nosotros. Es preciso prepararse, esperar con calma co-

mo los ojos esperan, según la expresión del poeta, que el *sol salga del sombrío Oceano*. Dios no viene, Dios no se va. Aparece. *El* es la negación del Universo, la negación de cuanto existe. *El* no es nada y *El* lo es todo.

Jamblico se puso en pie y lentamente extendió sus delgados brazos:

—Dulcemente, dulcemente, os digo... ¡Escuchadlo todos! ¡Hele aquí! ¡Que la tierra y el mar se callen; que calle también el cielo! ¡Escuchad!... *El* llena el Universo: los átomos están penetrados de su aliento; *El*, que como el sol poniente alumbra esa negra nube.

Juliano escuchaba y le parecía que la voz del Maestro, débil y calmosa, llenaba el mundo, llegando hasta el cielo y hasta los últimos confines del mar. Pero la tristeza de Juliano era tan grande que se escapó de su pecho un involuntario suspiro.

—Padre mio, perdóname, pero si es lo que dices, ¿por qué vivir? ¿Por qué este eterno cambio de la vida y la muerte? ¿Por qué sufrir? ¿por qué existe el mal? ¿por qué los cuerpos? ¿por qué la duda? ¿Por qué la añoranza de lo imposible?

Jamblico le contempló dulcemente, y pasando nuevamente la mano por la cabellera de Juliano, respondió:

— Ahí reside el misterio, hijomío. No existen el mal ni los cuerpos, no hay Universo. O *El* ó el Universo. El cuerpo, el mal, el Universo son un engaño de la vida. Todos hemos reposado juntos en otro tiempo en el seno de Dios en la luz invisible; pero hemos mirado desde la altura la materia sombría y muerta y cada uno ha visto en ella su propia imagen como en un

espejo. Y el alma ha dicho: «Yo puedo y quiero ser libre. Me parezco á *El*, ¿por qué no he de atreverme á apartarme de *El* y encerrarlo todo en mí? *El* alma, como Narciso en el arroyo, se encantaba viendo su propia imagen reflejada en su cuerpo. Y entonces cayó, quiso caer hasta el fin, separarse de Dios para siempre y no pudo. Los pies del mortal tocan al suelo, mas su frente está más alta que el cielo.

En la escala eterna de los nacimientos y de la muerte, las almas y los seres ascienden y bajan acercándose y alejándose de *El*, tratando de abandonar al Padre sin conseguirlo. Cada alma quiere ser Dios, inútilmente, y al convencerse de que en la tierra no puede hallarse el reposo deseado, vuelven afanosas hacia el *Unico*. Debemos volver á *El* y entonces todo será Dios y Dios estará en todo. ¿Crees por ventura que eres tú el único que le añoras? ¿No ves en todos y en todo tu mismo afán? ¡Escucha!

El sol se había ocultado definitivamente. Los bordes de las nubes doradas, habían tomado tinte rojizo, que lentamente se desvanecía. El mar se hacía pálido y ligero como el cielo; el cielo, profundo y transparente, como el mar.

Por el camino pasaban en un carro un joven y una muchacha, dos amantes tal vez. La mujer entonaba una canción melancólica de amor. Después todo quedó en silencio y la tristeza aumentaba gradualmente. La noche de Oriente se extendía sobre la tierra.

Juliano murmuró:

—¿Cuántas veces me he preguntado por qué la naturaleza estaba tan triste y por qué esta tristeza aumentaba á compás de su hermosura.

Jamblico respondió sonriendo:

—Sí, sí... mira, ella quisiera decirte la causa, pero no puede. La naturaleza es muda. Duerme y trata de acordarse de Dios en sus sueños, pero la materia la aplasta, y no logra verle sino vagamente. Todo lo del Universo, las estrellas, el mar, la tierra y los animales, y las plantas y los hombres, son sueños de la naturaleza que sueña en Dios. Cuanto ella contempla nace y muere. Crea por contemplación, como en todos los sueños, fácilmente, sin esfuerzo, sin obstáculos. Esa es la causa de que sus obras sean tan bellas y tan libres, sin objeto y tan divinas. El juego de los sueños de la naturaleza se asemeja al juego de las nubes, que no tienen comienzo ni fin. Fuera de la contemplación no existe nada en el mundo.

Cuanto más profundo, tanto mayor es su silencio, la voluntad, la acción la lucha, nociones debilitadas y falseadas de Dios. La naturaleza en su indolente grandiosidad, crea formas como el geometras para el cual sólo existe lo que ve. La naturaleza, Cibeles adormecida, no abre nunca sus párpados y no encuentra jamás las palabras que el hombre ha sabido encontrar. El alma humana es la naturaleza que alza los ojos, despierta y pretende ver á Dios, no entre sueños, sino en realidad, cara á cara.

Las primeras estrellas brillaron en el firmamento; algunas alumbraban un momento para apagarse

después y otras aparecían como diamantes sembrados en el firmamento azul.

Jamblico se las mostraba á Juliano.

—¿Con qué podré comparar el firmamento, todos esos soles, todas esas estrellas? Las comparo á una red arrojada por los pescadores al mar. Dios llenará el universo como el agua llenará la red que flota pero no puede retener el agua. La red se mueve pero Dios es incommovible. Si el universo no se renovara Dios no crearía nada, no saldría de su calma, porque ¿dónde y por qué se precipitaría?

Juliano exclamó y su voz resonó en el silencio de la naturaleza como un grito de mortal angustia:

—¿Quién es El? ¿Por qué no nos responde cuando le llamamos? ¿Cómo se llamará? Yo quiero conocerle, escucharle, verle. ¿Por qué se aleja de mí? ¿Dónde está?

—¡Pobre niño! ¿Qué significa el pensamiento ante El? No tiene nombre. Es de tal naturaleza que podemos decir que El debe de existir pero nos es imposible afirmar que existe. ¿Pero, acaso puedes sufrir, amar, maldecir, sin alabarle? Cuando dices: No *existe* le alabas tanto como si afirmaras *Existe*. No se puede afirmar nada concerniente á El, por que está por encima de la existencia, de la realidad, de la vida. He aquí porque te he dicho que El es la negación del universo y del pensamiento. Renuncia á cuanto existe y allá abajo, en el abismo de los abismos en la más profunda obscuridad, le encontraras. Dale tus amigos, la familia, la patria, el cielo y la tierra, tu propio ser y tu razón. Entonces no verás la luz porque la luz serás tú. No dirás: yo y El, porque sentiras que El y tu sois *uno*,

y tu alma se burlara de tu cuerpo como de una visión. Te rodeara el silencio y no encontraras palabras. Y si en aquel instante se hundiese el mundo serias dichoso, porque estando con El no harias caso del mundo. Tu alma no desearia nada, porque El no tiene deseos; no viviria, porque El esta sobre la vida; no pensaria, porque El es superior al pensamiento. El pensamiento es ansiedad de luz y la luz es El. El penetra en toda el alma y la encierra en si. Y entonces imparcial y solitaria el alma reposa, vuelve la razón y el bienestar, sobre el reino de las colinas y sobre la belleza, en el infinito, en el seno de Dios, Padre de la Luz. El alma se convierte en Dios, ó por mejor decir rasgando las tinieblas se acuerda de que en la noche de los siglos ha sido y será Dios... Tal es, hijo mio la vida de los que moran en el Olimpo; tal es la vida de los hombres sabios y heroicos, la renuncia del universo, el desprecio de las pasiones terrenas, la huida del alma hacia Dios á quien puede ver frente á frente.

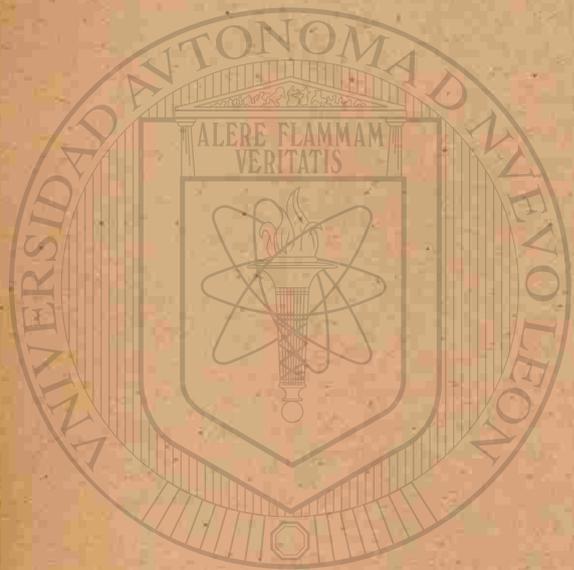
Jamblico calló; Juliano se arrojó á sus pies sin atreverse á tocarlos y besando el suelo sobre el que sus rodillas descansaban. Después alzó la cabeza y contempló aquellos ojos verdes, extraños, en los que brillaba: *«la sabiduria de la serpiente»*.

Parecían más calmados y más profundos que el cielo, como si de ellos brotara un poder maravilloso.

Juliano murmuró:

—Maestro, tú lo puedes todo. ¡Yo creo! ¡Ordena á las montañas que se aproximen y te obedeceran! ¡Eres como El! ¡Haz un milagro, oye mis súplicas! ¡Yo creo!

—¡Pobre, hijo mio! ¡qué me pierdes! El milagro que en tu alma puede realizarse es más hermoso que el que *yo* puedo intentar. ¿Acaso no es un asombroso y bienhechor milagro el poder á cuyo impulso osas decir: ¡Existe y si El no existiera! ¿que importa? ¡Existirá! Y tú piensas: »¡Qué exista, así lo quiero!



Cuando de vuelta de su paseo, Jamblico y Juliano atravesaron el Panormos, la populosa senda de Efeso, advirtieron singular efervescencia.

Muchas personas corrían blandiendo antorchas encendidas y gritando:

—¡Los cristianos destruyen los templos!... ¡desdichados de nosotros!

Otros:

—¡Mueran los dioses olímpicos! Astaté ha sido vencido por Cristo!

Jamblico creyó que podrían pasar por las calles más apartadas, pero la muchedumbre alborotada los arrastró hacia el templo de Artemisa de Efeso.

El soberbio templo construido por Dynocrates se elevaba austero, sombrío, sobre el cielo estrellado: los reflejos de las antorchas oscilaban sobre las gigantescas columnas ornadas de diminutas cariátides agrupadas á guisa de pedestal. Hasta entonces,

no solo los romanos, sino todos los pueblos de la tierra habían adorado á la dioses.

Uno de la muchedumbre gritó con voz insegura:

—¡Gloria á la divina Artemisa de Efeso!

Centenares de voces respondieron:

—¡Muerte á los dioses olimpícos y á Artemisa!

Sobre el monumento del Arsenal se extendía resplandor sangriento. Juliano miró á su divino maestro y no le reconoció. Jamblico se había trocado de nuevo en el viejo tímido y enfermizo. Se quejaba de cefalalgia, temía un ataque de reumatismo y pensaba en que tal vez la sirvienta se habría olvidado de preparar las fomentaciones. Juliano le prestó su manto; pero el maestro seguía teniendo frío; y haciendo dolorosas muecas, se tapaba los oídos para no oír los pitos y las risas de la muchedumbre.

Jamblico maldecía el populacho, diciendo que no había nada tan imbécil ni tan repugnante como el genio del pueblo. Mostraba á su discípulo los rostros de los que pasaban ante ellos:

—Mira que monstruosidad... ¿No es vergonzoso ser hombre y tener el mismo cuerpo que esa basura?

Una vieja cristiana, decía.

—Mi nieto me dijo: «Abuela hazme una sopa de carne.» le respondí: Sí, hijo mío, iré al mercado en seguida; y al mismo tiempo pensaba, la carne ahora es más barata que el pan.» Por cinco óbolos compré un buen trozo y la hice cocer. Una vecina lo supo y me dijo:

—¿Qué estás cociendo? ¿no sabes que la carne del mercado está hechizada?

—¿Cómo?

—Los sacrificadores de la diosa han rociado el mercado con el agua de los sacrificios. Ningún cristiano quiere comer carne impura. Se dará muerte á los sacrificadores y se destruirá el diabólico templo de la diosa.

Hé echado la sopa al perro. ¡Cinco obolos no son ninguna riqueza! pero no son de despreciar; no se ganan en un día... Pero he preferido tirarlos, á hechizar á mi nietecito.

Otros referían que el año anterior, un cristiano había comido carne impura que le había podrido los intestinos y que la infección había sido tan grande que hasta los mismos parientes habían tenido que abandonar al enfermo.

En la plaza se alzaba un lindo templo de escasas dimensiones, consagrado á Diana Selenita, Febea y Astarté; la triple diosa Hecate madre de los dioses. Como las moscas caen ansiosas y ciegas sobre la miel, se precipitaban los clientes alrededor del templo, destrozando las esbeltas cornisas blancas, pisoteando las gradas, rompiendo las estatuas y los bajo relieves y entonando cánticos. Las columnas temblaban sobre sus bases, los pedazos de mármol volaban por los aires. Se hubiera dicho que el edificio sufría como un cuerpo vivo; por fin se intentó incendiar el templo, pero cuantos esfuerzos se hicieron en este sentido fueron estériles porque estaba construido exclusivamente de mármol.

De pronto retumbó en el interior extraño ruido, ensordecedor y melodioso, mientras subían hacia el cielo la salvaje gritería del populacho triunfante.

—¡Cuerdas!.. ¡Cuerdas!... ¡Romped esas impúdicas piernas!

Entre oraciones cantadas y brutales risas, la multitud provista de cuerdas, arrojaba del templo el soberbio cuerpo de plata de la diosa, obra de Escopos. El metal producía agudo sonido al chocar contra el mármol de las gradas.

—¡Al fuego! ¡al fuego!

Y la estatua fué sacada á la plaza enlodada.

Un monje jurista declamaba un pasaje del célebre edicio de Constantino, hermano de Constancio.

—*Cesset superstitio sacrificiorum aboleatur insania.* (Que cese la superstición y que los sacrificios sean abolidos.)

—¡No tengáis miedo, destruid y arrasad cuanto encontréis en el demoniaco templo!

¡Otro, á la luz de una antorcha, leía en un rollo de pergamino estas líneas del libro: *De errore profanarum religionum* de Firmico Materno:

«¡Santos emperadores! Venid en auxilio de los infelices paganos. Preferible es salvarlos á la fuerza que dejarlos perecer. Arrancad los ornamentos de los templos y que sus tesoros enriquezcan vuestras arcas. Que quien sacrifique á los ídolos sea arrancado de la tierra con su raíz, *sacrificans diis eradicabitur*; le entregarás á la muerte, le matarás á pedradas, aunque sea tu hijo, tu hermano, tu mujer adormecida sobre tu corazón!»

Y dominando la movible muchedumbre pasaba el grito triunfante:

—¡Muerte, muerte á los dioses olímpicos!

Un enorme monje arriano, con los negros cabellos caídos sobre su rostro sudoroso, alzó sobre la

diosa un hacha, buscando sitio donde descargar el golpe.

Alguien le aconsejó:

—¡Al vientre! ¡á su abominable vientre!

El cuerpo de plata se retorció mutilado; los golpes sonaban implacables dejando profundas hue llas.

Un viejo pagano se cubría la cara para no pro-senciar el sacrilegio y lloraba pensando que había llegado el fin del mundo, que la tierra se negaría á dar á los hombres una sola espiga.

Un ermitaño llegado de los desiertos de la Mesopotamia, cubierto con una piel de cordero, calzado con gruesas sandalias, armado con un cayado y una calabaza vacía colgada del hombro, se aproximó á la estatua:

—Por espacio de cuarenta años no me he lavado para no ver mi desnudez y evitar la tentación al pecado. Y en cuanto se llega á las ciudades se tropieza con estos malditos dioses completamente desnudos. ¿Había que aguantar aún por mucho tiempo estas demoniacas tentaciones y tendremos que tolerar á estos ídolos abominables? ¡en las casas en las calles, sobre los tejados, en los baños, por todas partes se encuentran! ¡Prú, prú, prú! ¡Antes se acabará la saliva para escupirte, que el asco que me produces!...

Animado por el odio que le inspiraba aquel cuerpo de mujer, el viejo le golpeó con la sandalia, con encarnizamiento en que se veía todo el horror del pecado. Pisoteaba el pecho desnudo que se le antojaba con vida; se obstinaba en aplastarle con los

agudos clavos de sus sandalias. Ahogado por la rabia, balbuceó:

—¡Toma! ¡toma!... por tu impúdica desnudez... ¡Toma, toma, desvergonzada!

Los labios de la diosa pisoteada, conservaban su sonrisa encalmada.

La muchedumbre comenzó á cubrir de tierra la estatua para arrojarla á la hoguera. Un obrero ébrio, cuyo aliento apestaba á ajos, escupió el rostro de la diosa.

La hoguera, formada con todas las barracas arrancadas del mercado, era enorme; pero á pesar del espeso humo que de ella salía, las estrellas seguían brillando en la altura sobre el populacho. Se arrojó la estatua á las llamas para fundir su cuerpo de plata que nuevamente arrancó sonidos melodiosos, al chocar contra los maderos encendidos.

—Un lingote de treinta talentos ó treinta mil piezas de plata. Enviaremos la mitad al emperador para los soldados; la otra mitad será para los hambrientos. De ese modo Cibeles proporcionará cuando menos algún provecho á los hombres. ¡Treinta mil piezas para los soldados y los pobres!

—¡Madera! ¡más madera!

La llama se avivó y todos gritaron regocijados:

—Ahora veremos si el diablo se la lleva. ¡Cada ídolo contiene un diablo y la diosa dos ó tres!

—Cuando comience á fundirse, el demonio sentirá calor excesivo y saldrá de su innoble boca bajo la forma de una serpiente roja.

—No, antes será preciso hacer la señal de la cruz; sino será capaz de escurrirse por el suelo. El año pasado se destruía el templo de Afrodita, y uno

tuvo la idea de rociarle con agua bendita. ¿Creeréis que de debajo de la estatua salía una legión de diablillos? Yo los he visto con mis propios ojos: eran verdes y negros y completamente velludos. Y cuando se rompió la cabeza de Afrodita, salió del cuello un demonio grande, con dos inmensos cuernos y una cola pelada como la de un perro sarnoso.

Un escéptico interrumpió:

—No discuto que hayas visto los demonios, pero cuando hace poco se destrozó en Gaza el ídolo de Zeus, en lugar del demonio no se halló sino tanta porquería que siento asco de recordarlo. Exteriormente parecía terrible, noble, todo de marfil y oro, y en sus manos tenía el rayo. En el interior no había más que telas de araña, ratas, polvo, clavos, y qué sé yo cuánta inmundicia más!... ¡Ya véis lo que son los dioses!

Jamblico anonadado, con la mirada apagada, asió á Juliano por la mano, y le alejó algunos pasos.

—Fíjate á ver esos dos hombres. Son espías de Constancio. A tu hermano Galo le han llevado bajo escolta á Constantinopla. ¡Ten cuidado! Hoy mismo enviarán al emperador informes tuyos.

—¿Qué haré, maestro? Ya estoy habituado; sé que desde hace tiempo me espían.

—¿Hace tiempo? ¿por qué no lo has dicho?

La mano de Jamblico temblaba en la de Juliano.

—¿Qué cuchichean? Pon atención; deben de ser impíos...

—¡Eh! viejo, trae madera,—gritó un chiquillo teñéndose por vencedor.

Jamblico murmuró al oído de Juliano:

—Despreciémosles y resignémonos. ¡La bestia humana no puede ofender á los dioses.

Y el divino Jamblico tomó de las manos de un cristiano un enorme leño que arrojó al fuego.

Juliano no quería dar crédito á lo que sus ojos veían; pero los espías le miraban sonrientes, con atenta curiosidad.

Entonces, la debilidad, el hábito de la hipocresía, se apoderó del alma de Juliano. Vencido por las miradas de los espías, se acercó al montón de maderas, escogió el leño más grueso y después de Jamblico, lo arrojó á la hoguera donde se fundía ya el cuerpo mutilado de la diosa.

Veía la plata fundida correr sobre el rostro de la diosa, semejante al sudor que procede á la muerte, mientras que los labios conservaban aún su invencible y apacible sonrisa.

IX

—Juliano, mira toda esa gente vestida de negro. Son las sombras de la noche, las sombras de la muerte. Pronto no quedará un solo vestido antiguo, blanco, ni un solo pedazo de mármol bañado de sol... ¡Esto se vá!

Así hablaba el joven sofista, Antonino, hijo de la profesora Sosypatra y del neoplatoniano Edesis. Estaba con Juliano en la terraza del templo de Pergamo inundado de sol y envuelto por el cielo azul. Al pie de la balaustrada estaba esculpida la sublevación de los Titanes. Los dioses triunfaban; los cascos de los caballos alados aplastaban los cuerpos de serpientes de los gigantes.

Antonino mostró el alto relieve á Juliano.

—Los dioses han vencido á los Titanes; ahora ellos serán vencidos por los dioses bárbaros. Los templos se convertirán en tumbas...

Antonino era un hermoso adolescente que por las severas líneas del cuerpo y del rostro recordaba las estatuas antiguas; pero hacía varios años que padecía un mal incurable que poco á poco iba convirtiendo su rostro, del más puro tipo heleno, en amarillo, delgado y sombrío, enfermedad no padecía por sus antepasados.

—Ruego á los dioses,—siguió diciendo Antonino,—que no me permitan ver esa noche negra que se aproxima; antes quiero morir... Sofistas, sabios, poetas, artistas, todos estamos demás. Hemos llegado demasiado tarde.

—¿Y si te engañaras?—murmuró Juliano.

—No, no, todo ha acabado... Nos faltan fuerzas.

El rostro de Juliano parecía tan pálido y demacrado como el de Antonino. El labio inferior, prominente le daba expresión de arrogancia taciturna. Las espesas cejas se fruncían obstinadas y rebeldes. Alrededor de la nariz demasiado larga, se formaban precoces arrugas. Los ojos brillaban con fuego seco, febril, desagradable. Vestía el hábito monacal. Como en otro tiempo iba de día á la iglesia, adoraba las reliquias, leía en público los Evangelios, y se preparaba para tomar las Ordenes. Algunas veces su hipocresía le parecía inútil. Sabía que Galo no se libraría de la muerte y que también él debía esperarla en todos los momentos.

Las noches las pasaba en la biblioteca de Pérgamo, donde estudiaba las obras de Libiano, el mayor enemigo del cristianismo. Asistía á las lecciones de los sofistas griegos, Edezio de Pérgamo, Crisantino de Sardaña, Priscio de Teseforos, Eusebio de Mi-

nos, Proeres de Ninfidianos. Le repetían cuanto había oído de labios de Jamblico, la *triada* de los neoplatónicos y el éxtasis sagrado. Y Juliano pensaba:

—Esto no es lo que yo busco; me ocultan algo.

Priscio imitando á Pitágoras había pasado cinco años en silencio, sometido á un régimen vegetariano, no usando ni vestidos de lana ni sandalias de cuero. Llevaba una clámide de puro lino blanco y sandalias de hojas de palmera.

—En nuestro tiempo,—decía,—lo importante es saber callar y pensar en sufrir con dignidad.

Y Priscio, despreciándolo todo, esperaba en lo que él llamaba la catástrofe, es decir, la victoria completa de los cristianos sobre los helenistas.

El perverso y prudente Crisantio, cuando se le hablaba de los dioses alzaba los ojos al cielo, asegurando que no osaría hablar de ellos, porque nada sabía y tenía olvidado cuanto había aprendido.

Aconsejaba á los demás que obraran del mismo modo.

En cuanto á la maiga, los milagros y las apariciones no quería oír hablar, afirmando que todas estas cosas no eran más que criminales embustes, prohibidos por las leyes imperiales.

Juliano comía mal, dormía poco; su sangre hervía de impaciencia aprisionada. Cada mañana se despertaba y se hacía la misma pregunta:

—¿Es hoy?

Aburría á los pobres filósofos teurgos con sus preguntas concernientes á los misterios y á los milagros. Algunos se reían de él, especialmente Crisan-

tio, quien tenía el hábito de aprobar todas las opiniones que le parecían ineptas.

Una vez, Edesios, viejo sabio y pusilánime, tuvo piedad de Juliano y le dijo:

—Hijo mío, deseo morir tranquilo. Aun eres joven. Déjame. Interroga á mis discípulos, y ellos te lo revelarán todo. Hay muchas cosas de las que nosotros tenemos que hablar. Cuando estés iniciado en los misterios, tendrás vergüenza, tal vez, de haber nacido hombre, y de haber seguido siéndolo.

Eutemo de Minda, discípulo de Edesios, falaz y envidioso, dijo á Juliano:

—No existen los milagros; no los esperes. Los hombres han indignado á los dioses, la magia es una mentira y los que creen en ella son necios, pero si la sabiduría te importuna, vete á ver á Máximo. El, que desprecia nuestra dialéctica obra... Pero no me gusta hablar mal de mis amigos. Escucha lo que ocurrió hace poco en un templo subterráneo de Hecate, donde Máximo nos había llevado para probarnos su arte. Cuando estuvimos dentro y acabamos de adorar á la diosa nos dijo: «Tomad asiento, váis á presenciar un milagro.» Nos sentamos. Arrojó sobre el altar unos granos resinosos murmurando algo que no pudimos entender, un himno seguramente. Y vimos que la estatua de Hecate nos sonreía. Máximo nos dijo: «No temáis nada aun cuando veáis que las dos antorchas que la diosa tiene se encienden por sí solas... ¡Mirad!» Antes que hubiese acabado la frase se encendieron las lámparas.

—El milagro se había realizado,—exclamó Juliano.

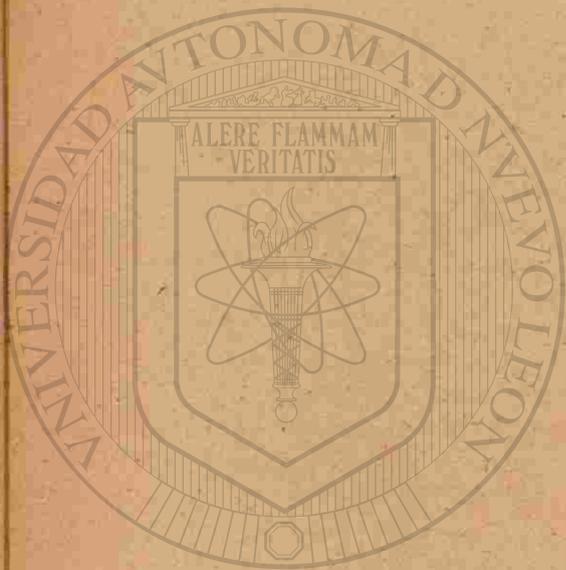
—Sí. Nuestra turbación fué tan grande que caímos consternados; pero cuando salí del templo me pregunté: ¿Es digno de la filosofía lo que hace Máximo? Lee á Pitágoras y á Platón: allí encontrarás la sabiduría. ¿No es más hermoso elevar el corazón por la divina dialéctica que todos los sortilegios que pueden hacerse?

Juliano no le escuchaba; sus ojos brillaron, fijos en el rostro divino de Eutemio, y dijo saliendo de la escuela:

—Guarda tus libros y tu dialéctica... Yo quiero la vida y la fe. ¿Acaso estas dos cosas existen sin los milagros? Gracias, Eutemio; tú me has indicado el hombre que desde hace tiempo busco.

El sofista respondió con sonrisa irónica:

—No has hecho ningún progreso sobre tus antepasados, sobrino de Constantino: ¡Sócrates no tuvo necesidad de milagros para creer!



Era media noche. Juliano se quitó sus hábitos de novicio en el vestíbulo que precedía a la gran sala de los misterios, y los mistagogos sacrificadores, que iniciaban en los sacramentos, le revistieron con la túnica de los pontífices, tegida con filamentos de papyrus. En las manos le pusieron una rama de palmera. Los pies no se los calzaron. En esta guisa entró en una amplia sala.

Doble hilera de columnas de oricalco sostenían las bóvedas. Cada columna representaba dos serpientes entrelazadas, que servían de base a perfumadores de altos y delgados pies, en los que las llamas se elevaban en largas lengüetas rojas. Humo espeso llenaba la sala. En el fondo brillaban dos toros alados de oro que soportaban un soberbio trono, sobre el cual, semejante á un dios, estaba sentado, recubierto con una túnica negra bordada de oro, esmeraldas y carbunclos, el sumo sacerdote Máximo de Efeso.

La pausada y lánguida voz del maestro de ceremonias, anunció el comienzo de los misterios:

—Si hay en la asamblea algún impío, algún cristiano ó algún epicúreo, que salga.

Previamente advertido de las respuestas que debía dar Juliano, dijo:

—¡Que salgan los cristianos!

El coro de sacerdotes, oculto en la obscuridad, respondía tristemente:

—¡Las puertas, las puertas! ¡Qué salgan los cristianos! ¡qué salgan los impíos!

De la penumbra se adelantaron veinticuatro adolescentes, enteramente desnudos, y llevando cada uno un sistro de plata, que recordaba el creciente de la luna. Con movimiento uniforme, los adolescentes pusieron sobre sus cabezas los vibrantes instrumentos, y con ademán elegante pulsaron las cuerdas, que resonaron lánguidas y quejumbrosas.

Máximo hizo una señal.

Un iniciado se acercó á Juliano por la espalda y le vendó fuertemente los ojos, diciendo:

—No temas ni al agua ni al fuego, ni á los espíritus ni á los cuervos, ni á la vida ni á la muerte.

Se le hizo salir de la sala.

Se abrió una puerta de hierro que chirrió sobre los goznes. Atmósfera asfixiante abofeteó el rostro de Juliano, al propio tiempo que sus pies se apoyaron en gradas acaracoladas y resbaladizas.

Comenzó á descender una escalera interminable, en medio de silencio sepulcral. Juliano creía que se encontraba á muchos pies bajo tierra. Después atravesó un corredor estrecho cuyas paredes rozaban sus dos manos al andar. De repente, sus pies

desnudos pisaron agua que brotaba de fuentes ruidosas. El frío líquido le cubrió hasta las tobillos. Continuó caminando. A cada paso subía el nivel del agua, alcanzando hasta las pantorrillas, luego á las rodillas, y por último á la cintura. Los dientes de Juliano castañeteaban de frío. El agua subió hasta el pecho, y el joven pensó:

—¿Habré caído en un lazo? Posible es que Máximo quiera darme muerte para agradar al emperador.

Pero no desfalleció y caminó de nuevo.

El agua disminuía y le envolvió calor sofocante, como si se acercara á una fragua. La tierra le quemaba los pies; á Juliano le pareció que se acercaba á un horno atestado de fuego. La sangre le azotaba sus mejillas. Por instantes, el calor tomaba la intensidad de una llama que le abrasaba el rostro.

Juliano caminaba resueltamente.

También el calor disminuyó; pero olores como carbunclos cortaban la respiración. Varias veces pisó Juliano sobre objetos redondos, y sin esfuerzo adivinó que eran huesos de craneo de muertos.

Le parecía que alguien marchaba á su lado, pisando sin hacer ruido, como una sombra. Una mano helada asió la suya. Dejó escapar un grito. Luego dos manos se asieron dulcemente á sus hábitos. Notó que á través de la piel apergaminada punzaban los huesos descarnados. Estas manos le tocaban haciéndole caricias repugnantes de mujeres desvergonzadas. Juliano sentía un aliento que hedía á podrido y humedad. Y de repente, cerca de su oreja, un murmullo rápido, pareciendo el roce nocturno de las hojas en otoño.

—¡Soy yo, soy yo! ¿No me reconoces? ¡Soy yo!

—¿Y quién eres tú?—balbuceó Juliano.

Y en seguida se acordó de la promesa de mutismo que había hecho.

—Yo, yo. ¿Quieres que te arranque esa venda de los ojos, y me verás?

Dos dedos amorosos se agitaron sobre su rostro, tratando de arrancarle la venda.

El frío de la muerte penetró en Juliano, helándolo hasta el corazón, é involuntariamente, por hábito, se resignó por vez tercera, como cuando siendo niño tenía una pesadilla. Un formidable ruido de trueno retumbó y la tierra osciló bajo sus pies. Juliano sintió que caía en lo desconocido y perdió el conocimiento.

Quando recobró el sentido, tenía los ojos descubiertos y estaba echado sobre cogines en una enorme gruta á media luz. Se le daba á oler una tela impregnada de perfumes penetrantes.

En frente de Juliano estaba un hombre delgado, desnudo, de piel cobriza: el gymnosofista, el ayudante de Máximo.

Tenía sobre la cabeza un disco metálico. Una voz dijo á Juliano:

—Mira.

Se fijó en el círculo que despedía un brillo casi doloroso. Le contempló largo rato; los contornos de los objetos se difumaban y agradable desfallecimiento se apoderaba de su ser. Se le antojaba que el círculo luminoso no brillaba ya sino en él: sus párpados se cerraron y una sonrisa fatigada y sumisa erró en sus labios.

Una mano frotó su cabeza varias veces, y una voz preguntó.

—¿Duermes?

—Sí.

—Mirame á los ojos.

Juliano hizo un esfuerzo, obedeció y vió á Máximo inclinado sobre él.

Era un viejo de setenta años, cuya barba, blanca como la nieve, le caía hasta la cintura. Los cabellos, en desorden sobre los hombros, tenían reflejos dorados. Las mejillas y la frente estaban cruzadas por profundas arrugas que no denunciaban sufrimientos, sino sabiduría y fuerza de voluntad. Su sonrisa se asemejaba á la de las mujeres muy espirituales, embusteras y cautivadoras. Pero lo que más agradó á Juliano fueron los ojos de Máximo; ojos brillantes, vivos, escrutadores, penetrantes, burlones y cariñosos á un tiempo.

Máximo preguntó:

—¿Quieres ver el maravilloso Titán?

—Sí.

—Pues, mira.

El mago le indicó el fondo de la gruta, donde se levantaba un tripode de oricalco, del que salían enormes nubes de humo. Ruido de huracán llenó la gruta.

—¡Hércules, Hércules! ¡Libértame!

El humo se disipó y apareció el cielo azul. Juliano, acostado, inmóvil, pálido, los párpados semi cerrados, miraba las variadas visiones que se desarrollaban ante él, y le parecía que no las veía voluntariamente, sino porque una voluntad superior le ordenaba que mirase.

Vea nubes y mentañas cubiertas de nieve y oía el lejano rumor de las olas. Se le apareció un cuerpo enorme con las piernas y las manos encadenadas á las rocas. Un milano se comió el hígado del Titán. Por los costados le corrían gruesas gotas de sangre negra. Las cadenas tintineaban á impulsos del cuerpo que se agitaba de dolor.

—¡Hércules, libértame!

Y el Titán alzó su cabeza hirsuta; sus ojos encontraron los ojos del hipnotizado.

—¿Quién eres? ¿cómo te llaman?—preguntó Juliano hablando maquinalmente.

—¡Tú!

—Yo no soy más que un débil mortal.

—Tú eres mi hermano, libértame.

—¿Quién te ha encadenado de nuevo?

—Dos humildes, dos pusilánimes que perdonan á sus enemigos por cobardía... ¡Los esclavos, los esclavos! ¡Libértame!

—¿Y cómo?

—Haced como yo.

Las nubes de humo volvieron á salir del trípode y ocultaron la aparición.

Juliano despertó momentáneamente, y el mago le preguntó:

—¿Quieres ver al Réprobo?

—Sí, quiero.

—Mira.

En el humo blanco se dibujó débilmente una cabeza entre dos olas gigantescas; las plumas pendían como ramos de sauce y sobre ellas temblaba tristemente una bruma azulada.

Una voz que parecía llegar de muy lejos, decía:

—¡Juliano... Juliuno!... Reniega en mi nombre del Galileo.

Juliano guardó silencio. Máximo murmuró á su oído:

—Si quieres ver al gran Angel, reniega.

Y Juliano dijo:

—Sí, reniego.

Sobre la cabeza de la aparición brilló la estrella matutina, la estrella de la Aurora, y el Angel repitió:

—¡Juliano! reniega en mi nombre del Galileo.

—Reniego.

Por vez tercera repitió el Angel con la voz triunfante:

—¡Reniega!

Y Juliano respondió:

—Sí, reniego.

El Angel dijo:

—Ven á mí.

—¿Quién eres?

—Soy la luz, soy el Oriente, soy la estrella matutina,

—¡Qué hermoso eres!

—Parécete á mí.

—¡Qué tristeza delatan tus ojos!

—Sufro por todos los vivientes. Venid á mí; yo soy la sombra, soy el reposo, soy la libertad.

—¿Cómo te llaman los hombres?

—El mal.

—¡A tí!

—Yo me sublevé.

—¿Contra quién?

—Contra Aquél que es igual á mí. Quería ser sólo; somos dos.

—Hazme igual á ti.

—Sublévate. Yo te daré fuerza.

—Enséñame.

—Viola la ley, ámate, máldicele al Unico y sé como yo.

El Angel desapareció. El viento huracanado avivó la llama del tripode, que se abatía con fuerza; después cayó el tripode y la llama se apagó. En la obscuridad se oía el ruido de pasos numerosos, gritos y gemidos, como si un ejército invisible perseguido del enemigo, atravesara los aires. Juliano, aterrado, cayó de bruces. La amplia vestimenta negra del gran pontífice, era agitada fuertemente por el viento.

—¡Huid, huid!—gemían indistintas voces.—Las puertas del infierno se abren... ¡Es El, El, el Vencedor!

El viento rugía silbando y legiones, tras legiones, pasaban huyendo.

Súbitamente se restableció la calma; un soplo celeste llenó la gruta y una voz murmuró:

—¿Por qué me persigues? ¡Saul! ¡Saul!

A Juliano le pareció que en su infancia había ya escuchado aquella voz que ahora sólo se oía como un baluceo apenas perceptible.

—¿Por qué? ¿Por qué me persigues?

Cuando Juliano despertó alzó su rostro del suelo y vió á un sacerdote que le alumbraba con una lámpara. Su cabeza le daba vueltas pero recordaba con exactitud cuanto había pasado. Le vendaron los ojos de nuevo y se le dió á beber un vino con

especias que le devolvió las fuerzas. Subió la escalera, esta vez guiado por la mano firme de Máximo. Le parecía que una fuerza invisible le llevaba en volandas.

El gran pontífice le dijo:

—Pregunta.

—¿Le has llamado?—dijo Juliano.

—No; pero cuando vibra una cuerda de la lira otra cuerda le responde.

—¿Y por qué hay tanto poder en sus palabras si no soñ más que mentiras.

—Son verdad.

—¿Qué dices? ¿Entonces el Titán y el Angel mentían.

—También han dicho verdad.

—¿Dos verdades?

—Dos en efecto.

—Tú me tientas.

—No, digo la verdad. Si tienes miedo no hables.

—No temo nada. Dilo todo. ¿Los galileos tienen razón?

—Sí.

—¿Por qué me has hecho renegar de ellos?

—Hay además otra verdad.

—¿Más grande?

—No, igual.

—¿Y á quién debo creer? ¿Dónde está el Dios que yo busco?

—Aquí y allá. Arimán, Ormuz, el que te plazca; pero no olvides que los dos son iguales: el reino de Lucifer y el reino de Dios.

—¿Dónde ir?

—Elije uno de los dos caminos y no te detengas.

—¿Cuál?

—Si crees en El toma la cruz, síguete como El ha ordenado, sé humilde, sé casto, sé el cordero sin voz entre las manos de los verdugos. Sálvate en el desierto, dale tu cuerpo, tu alma, tu razón. ¡Creel... Es un camino y los mártires galileos alcanzan la misma libertad que Prometeo y Lucifer.

—¡No quiero!

—Entonces elige otro camino. Sé poderoso como tus antepasados. Sé fuerte y bravo, implacable y soberbio. No tengas piedad, ni amor; no perdones. Alzate y conquistalo todo. ¡Que tu cuerpo se asemeje al de los semidioses de mármol! Toma y no devuelvas; gusta el fruto prohibido y no te arrepientas jamás. No creas ni dudes, y el mundo será tuyo, tú serás el Titán y el Angel sublevado contra Dios.

—Pero no me es posible olvidar que las palabras del Galileo contienen la verdad; no puedo admitir dos creencias.

—Entonces serás como todos los mortales y más vale perecer... Tú puedes... atrévete... Tú serás emperador.

—¿Yo emperador?

—Entre tus manos tendrás lo que no logró tener el héroe de Macedonia.

Juliano comprendió que salían del subterráneo. El viento matinal del mar les envolvía. El mago desató la venda que cubría los ojos de Juliano. Estaban en una habitación elevada toda de mármol—

el observatorio astronómico del gran Teurgo—construido con sujeción estricta á los modelos de las antiguas torres caldeas, sobre una roca elevada sobre el mar.

A sus pies se extendían lujuriosos jardines, palacios y propileos que recordaban las construcciones de Persépolis. Más allá el Artemisión y Efeso se destacaban sobre las montañas donde debía salir el sol.

La cabeza de Juliano se desvaneció contemplando la dilatada extensión y tuvo que apoyarse en el brazo de Máximo. El joven sonrió, cerró los ojos y el sol saliente brilló tiñendo sus vestidos blancos con un rayo de púrpura.

El gran pontífice extendió el brazo.

—Mira, todo eso es tuyo.

—¿Y cómo? Maestro, yo aguardo la muerte á todas horas. Estoy débil y enfermo.

—El sol, dios Mitra, te coronó con su púrpura. Es la púrpura del emperador romano. Tú eres fuerte. Atrévete.

—¿Qué me importa! puesto que la verdad única no existe, poco me apena no encontrar á ese Dios que yo buscaba.

—Une si puedes la verdad del Titán y la verdad del Galileo y serás más grande que todos los hombres nacidos de mujer. ®

Máximo de Efeso paseía bibliotecas maravillosas, solitarias salas de mármol repletas de aparatos científicos y espaciosos gabinetes anatómicos. En uno de estos últimos el joven sabio Oribazy director de la escuela de Alejandría tenía en las manos su escalpelo con el que operaba una vivisección nueva sobre un animal raro enviado desde las Indias á Máximo.

La sala era redonda y las paredes estaban cubiertas por urnas de estaño en las que se guardaba los aparatos de Zolipo y Arquímedes, *máquinas de fuego* de Ktenios y de Geron. En el silencio de la biblioteca vecina caían sonoras las gotas del péndulo hidráulico inventado por Apolonio. También allí se veían globos, cartas geográficas metálicas, la reproducción de las esferas celestes de Hiparco y Eratostenes.

Bajo la luz dulce y clara que del techo de cristal bajaba, Máximo vestido como un simple filósofo examinaba curiosamente los órganos tibios aun, extendidos sobre la mesa de mármol.

Oribazy inclinado sobre el hígado del animal decía.

—¿Cómo es posible que Máximo, el gran filósofo Máximo pueda creer en todos esos milagros absurdos?

—Creo y no creo,—respondió el Teurgo.—La natu-

raleza que yo y tú estudiamos ¿no es el más maravilloso de los milagros? ¿No son un misterio soberbio estos vasos sanguíneos, estos nervios, la admirable combinación de los órganos que examinamos como los augures?...

—Bien sabes de lo que yo quiero hablar,—interrumpió el director.—¿Por qué has engañado á ese oven?

—¿A Juliano?

—Sí.

—El quería que se le engañara.

Las cejas de Oribazy se fruncieron.

—Maestro, si me amas dime quien eres. ¿Cómo es posible que toleres y alimentes semejantes mentiras? ¿Acaso no conozco yo la magia? Colocáis en el techo de la cámara sombría luminosas escamas de pescados y el discípulo á quien iniciáis en los misterios cree que es el cielo que descende sobre él obediente á las órdenes del sacerdote. Fabricáis con cera y piel una cabeza de muerto á la que adaptáis un cuello de cigüeña y ocultos bajo el suelo pronunciáis vuestras predicciones. El discípulo cree que la calavera le descubre el secreto de la tumba. Y cuando es necesario que la calavera desaparezca aproximáis fuego: la cera se derrite y el cráneo se destruye. Con hábiles proyecciones de luz cambiáis los colores de los humos olorosos y hacéis creer á los ingenuos que tienen ante los ojos la imagen de Dios. A través del agua de un recipiente cuyos bordes son de piedra y el fondo de cristal

hacéis subir con ayuda de un esclavo cemplaciente á Apolo vivo, y otras veces á Afrodita representada por una ramera. ¿Y á esto le llamáis misterio sagrado?

En los labios delgados del mago erró su habitual sonrisa irónica al propio tiempo que respondía:

—Nuestros misterios son más profundos y más hermosos de lo que crees. Los hombres tienen necesidad de entusiasmo. Para el que tiene fe la ramera es realmente Afrodita y la escama luminosa el cielo estrellado. Dices que la gente llora y ríe ante las apariciones producidas por una lámpara de gusanos de colores. ¡Oribazy! ¡Oribazy! ¿Acaso la naturaleza que admira tu ciencia no es un espejismo producido por sentimientos tan engañosos como la linterna del mago? Crees y sabes: y yo no quiero creer ni puedo saber. La verdad existe para mí al mismo tiempo que la mentira.

—¿Crees que Juliano te estaría agradecido si supiera que le engañabas?

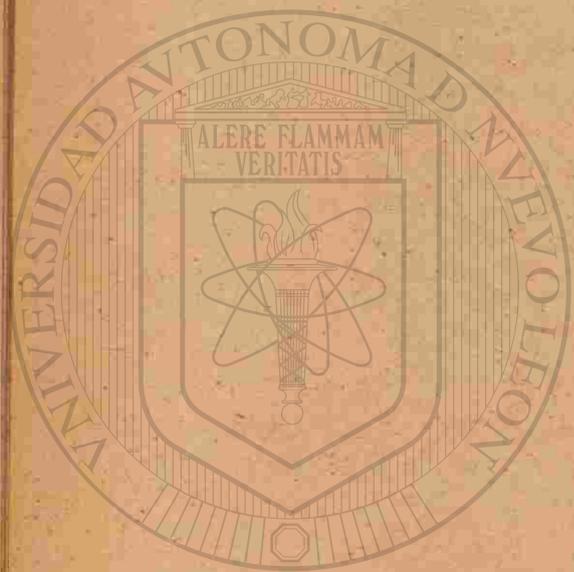
—Ha visto lo que quería ver. Le he dado el entusiasmo que le faltaba, la fuerza. ¿Dices que le he engañado? Si hubiera sido preciso lo hubiera intentado. Adoro la mentira que contiene una verdad. Adoro la tentación. No abandonaría á Juliano hasta mi muerte y le haría probar todos los frutos prohibidos. Es joven y en él viviría yo una segunda existencia; le descubriría los misterios seductores y criminales y tal vez fuera grande por mí.

—Maestro, no te comprendo.

—Por eso te hablo de este modo. Con otro no lo

haría,—repitió Máximo fijando sobre Oribazy su mirada penetrante é impasible.

Un rayo de sol cayó sobre la barba del viejo, blanca como la plata. Las arrugas del rostro parecían en aquel momento más profundas y sombrías y en sus labios erraba una sonrisa traidoramente seductora como la de una mujer.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

---

XI

Juliano había visto á su hermano Galo á su paso por Constantinopla. Le halló rodeado de una verdadera legión de traidores al servicio del emperador: el cuestor Leontino, astuto cortesano, reputado por su habilidad para escuchar tras de las puertas é interrogar á los esclavos; el tribuno Bainobadna, mudo é impenetrable, bárbaro con aspecto de verdugo disfrazado, el terrible maestro de ceremonias del emperador *comes domesticorum*, Siciliano, y por fin Marcos Escuda, el tribuno que en Cesárea conocimos, quien gracias á la protección de damas viejas había conseguido el puesto que ambicionaba.

Galo, alegre, atontado y robusto como siempre, había ofrecido á Juliano una excelente cena, muy orgulloso, especialmente de un hermoso faisán de Caldea preparado con frescos dátiles tebanos. Reía como un niño y evocaba los recuerdos de Macelo, cuando, de pronto, Juliano le habló de Constancia, su mujer. El rostro de Galo se alteró; los ojos se le

llenaron de lágrimas y volvió á dejar en el plato el succulento pedazo de faisán que se llevaba glotonamente á la boca.

—¿Cómo? ¿No sabes que Constancia murió súbitamente á consecuencia de una fiebre infecciosa cuando iba á ver al emperador para disculparme ante él? Tal fué el pesar que me produjo esta noticia que estuve llorando dos noches seguidas...

Miró á la puerta con desconfianza y acercándose á Juliano murmuró á su oído:

—Desde entonces todo me importa un bledo. Sólo ella podía salvarme... ¡Era una mujer asombrosa!... Sin ella estoy perdido... nada puedo ni sé nada!... Hacen de mí lo que quieren.

Bebió una copa de un solo sorbo.

Juliano se acordó de Constancia, hermana de Constancio, viuda de edad madura que había sido el ángel malo de Galo, á quien había hecho cometer innúmerables crímenes, casi siempre por nonadas.

Queriendo conocer por medio de qué poder había Constancia subyugado á su marido, preguntó Juliano:

—¿Era hermosa?

—¿No la habías visto?... No, era fea, muy fea. Chiquitina, bronceada, picada de viruelas; tenía unos dientes horribles, de esos que yo no puedo tolerar á las mujeres. Pero conocía su defecto y reía pocas veces. Se ha dicho que me engañaba, que por las noches iba al hipódromo disfrazada como Mesalina, con un joven y hermoso volatinero. ¡Qué me importa! ¿Acaso no la engañaba yo? Estábamos en paz. También la han acusado de cruel, porque

sabía reinar. Odiaba á los autores de epigramas, en los cuales los miserables hacían resaltar sus malos modales comparándola á una esclava de cocina disfrazada de César. ¡La prisión era la venganza! ¡Y qué ingenio, qué ingenio el suyo! Teniéndola á ella me consideraba seguro como tras un muro de granito. ¡Ah! ¡Hemos hecho grandes locuras! ¡Nos hemos divertido en grande!

Galo sonreía al evocar aquellos agradables recuerdos mientras se relamía gozoso los labios, aun humedecidos con vino de Chio.

—No se nos puede negar que nos hemos divertido,—repetió con manifiesta satisfacción.

Cuando Juliano iba á ver á su hermano, creía que podría despertar en él sentimientos elevados y llevaba preparado su discurso contra los tiranos, á modo de los de Libamos.

Esperaba encontrar un hombre doblegado bajo el yugo de Nemesis y no el tranquilo y rojizo rostro de un robusto atleta.

Las palabras espiraron en los labios de Juliano. Miraba sin pena á aquel «miserable animal» (así calificaba mentalmente á su hermano), y comprendiendo que cuanto dijera sería tan perdido como si predicara á un pollino, se limitó á murmurar al oído de Galo:

—¿Por qué vas á Medsolan?... ¿No sospechas lo que allí te espera?

—¡Sí! ¡Calla!... Pero es demasiado tarde.

Y señalando á su cuello blanco, añadió:

—El nudo corredizo de la muerte está ya aquí... ¿Comprendes? *El* lo va estrechando poco á poco... ¡Me destierra de su imperio, Juliano!... Más vale

que no hablemos de esto... Se acabó. Pero ¡qué diablo! nos hemos divertido.

—Aun tienes dos legiones en Antioquía.

—Ni un solo hombre. Me ha quitado mis soldados uno á uno, tomando siempre pretextos y dándome á entender que lo hacía por mi bien... Cuanto hace lo disculpa con su buen intento... ¡Cuánto se ocupa de mí!... Juliano, ese hombre es terrible... Aun no sabes y quiera Dios que jamás lo sepas, de lo que es capaz... Lo sabe todo y conoce mis más íntimos pensamientos, aun aquellos que no confío ni á la almohada de mi lecho. También sabe cuanto tú haces... ¡Me causa espanto!

—¡Huye!

—¡Calla!... Habla más bajo.

El rostro de Galo tomó expresión de infantil terror.

—No; todo ha acabado. Ahora estoy cogido como un pez con el anzuelo. *El* tira de mí con suavidad para que el sedal no se rompa... Un César no deja de ser un pescado de peso. Sé que es imposible huir: me volvería á coger un día ú otro... Veo el lazo que se me ha tendido y voy hacia él aunque sólo sea por miedo. Hace diez años que tiemblo ante él... Estoy seguro que me degollará como un cocinero degüella un pollo; pero antes me martirizará con mil fingidos halagos... Prefiero acabar cuanto antes.

Los ojos de Galo se animaron súbitamente y exclamó:

—¡Ah! si ella estuviera á mi lado me salvaría... ¡Era una mujer tan asombrosa, tan extraordinaria!

Entró en el triclinio el tribuno Escuda para anunciar con servil reverencia que en la mañana del

siguiente día se celebrarían en honor del César, carreras en el hipódromo de Constantinopla, y que en ellas tomaría parte el célebre jinete Borax. Galo se alegró al oír á Escuda y ordenó que se preparara una corona de laurel, para coronar á Borax con sus propias manos ante el pueblo si alcanzaba la victoria en las carreras.

Después comenzó á hablar con entusiasmo de las carreras, envidiando la destreza de los conductores de carros.

Galo bebía mucho, reía como un hombre cuya conciencia está tranquila, sin que en su rostro quedara ni el menor rastro del miedo que momentos antes le embargaba.

Sólo cuando se despidió de su hermano, abrazó fuertemente á Juliano y lloró.

—¡Dios te ayude! ¡Dios te ayude!—balbuceaba súbitamente entristecido.—Tú eres el único que en mi vida he amado, tú y Constancia.

Después murmuró al oído de Juliano.

—Confío en que tú te salvarás... Tú sabes disimular... siempre te he envidiado esa cualidad. ¡Dios te proteja!

Juliano tuvo piedad de Galo, convencido de que sucumbiría á manos de Constancio.

Al día siguiente Galo salió de Constantinopla. En Andinópolis sólo se le dejaron diez coches, por lo que se vió obligado á abandonar todos los bagajes y gran parte de su escolta. El otoño estaba muy avanzado y los caminos se hallaban en pésimo estado.

Durante varios días cayó la lluvia sin interrupción. Se obligaba á caminar á Galo sin darle tiem-

po ni para dormir. Hacía dos semanas que no había podido tomar baños.

Uno de los más grandes sentimientos de Galo era precisamente el contacto de la suciedad. Toda su vida había cuidado con esmero su cuerpo sano, y ahora no podía ver sin gran tristeza sus uñas sin cortar y la púrpura de su clamide salpicada del lodo de los caminos.

Escuda no se apartaba de Galo un solo minuto, y el César temía no sin motivo á aquel compañero vigilante. El tribuno, que como portador de un mensaje del emperador, había llegado á Antioquia, ofendió á Constancia con una alusión imprudente, atrevimiento que fué castigado con cierto número de latigazos y varios días de encierro.

Pero comprendiendo Constancia las consecuencias que el castigo por ella impuesto podía tener, hizo poner en libertad al tribuno, que se presentó en el palacio de Galo como si nada hubiese ocurrido, y guardándose la ofensa nada dijo al emperador temeroso quizás de que tan vergonzoso castigo fuera un obstáculo para que avanzara en su carrera de cortesano.

Durante todo el viaje de Galo desde Antioquia á Medsolan, Escuda fué en el mismo carro que el César, no abandonándole un sólo instante, provocando sus confidencias y tratándole como si fuera un niño testarudo y enfermo á quien él, Escuda, amaba hasta el punto de no poder perderle de vista.

En los pasos peligrosos de los ríos, en los puentes de madera, en Hina, Escuda estrechaba cuidadoso con sus brazos el talle de Galo. Y si éste intentaba desasirse, el tribuno le abrazaba con mayor fuerza,

asegurando que prefería morir antes que tolerar que una vida para él tan cara corriera el menor peligro.

El tribuno tenía una mirada singularmente pensativa cuando con sonrisa apacible contemplaba el cuello de Galo, blanco y suave como el de una doncella.

El César sentía extraño malestar cuando Escuda le miraba con fijeza, y lamentando no poder abofetear á su compañero, le volvía la espalda de mal talante. Pero el pobre prisionero recobraba pronto su calma habitual y se limitaba á suplicar con voz llorosa que se hiciera un alto para comer, aunque fuera muy frugalmente. En Petobion, en Norica, fueron recibidos por dos nuevos enviados del emperador acompañados de una cohorte de legionarios de Constancio.

En aquel punto acabó la farsa. Alrededor del palacio de Galo se colocaron centinelas armados que vigilaban de noche como en una prisión. Por la tarde el prefecto Barbaciono, entró sin guardar miramiento alguno en la habitación de Galo, le ordenó que se quitara la clamide cesariana y le vistió una simple túnica y el *paludementum*. Escuda se dió tal prisa á arrancar la clamide del cuerpo de Galo, que rompió la púrpura.

Al día siguiente por la mañana se hizo subir al prisionero en una *harpenta*, vehículo de dos ruedas, un toldo, empleado por los bajos funcionarios. Por intervalos soplabá viento frío; la nieve caía en menudísimos copos.

Escuda, según su costumbre, estrechó á Galo con

su brazo, mientras con la otra mano tocaba la ropa nueva del joven.

—¡Qué buen vestido! es fino y caliente. Yo creo que esto es mucho mejor que la púrpura, que no da ningún calor. Esta túnica tiene doble lana.

Y como para mejor conocer la tela, Escuda deslizó su mano bajo el *paludamentum*, y después bajó la túnica, y súbitamente, con rápido movimiento y riendo discretamente, sacó la hoja de un puñal que Galo se había escondido con disimulo.

—¡Oh! ¡esto no está bien!—dijo Escuda socarronamente.—Es fácil hacerse daño... ¡Vaya un juego de muchacho.

Y tiró el puñal al camino.

Dejades infinita se apoderó de Galo; cerró los ojos y sintió que escuda le enlazaba con dulce caricia. Galo se creía presa de una pesadilla.

Se detuvieron en la fortaleza de Pola, en Istria, en la orilla del mar Adriático. Algunos años antes, en esta misma ciudad, había tenido lugar el asesinato del joven heroe Prisco, hijo de Constantino el grande.

La ciudad poblada por soldados era triste. Interminables cuarteles á estilo de Diocleciano reemplazaban á las casas. La nieve cubria los tejados; el viento rugía en las desiertas calles y el mar bramaba.

Galo fué conducido á un cuartel. Se le hizo sentar ante una ventana de suerte que la luz hiriera directamente su rostro.

El más hábil jurista del emperador, Eustafo, viejecillo apergaminado y amable, de voz penetrante y calmosa como la de un confesor, comenzó á inte-

rrogarle, mientras se frotaba las manos amoratadas de frío.

Galo, mortalmente fatigado, respondía afirmando cuanto Eustafo deseaba. Pero al oír las palabras *traición al imperio*, se encolerizó y repuso:

—¡No he sido yo! ¡no he sido yo! Ha sido Constancia, Constancia la que lo ha hecho todo... Yo solo no hubiera hecho nada... Ella me exigió que diera muerte á Teófilo, á Clemente, á Domiciano y á otros. ¡Dios que me ve, sabe que no he sido yo! Ella no me dijo nada... ¡Yo lo ignoraba!

Eustafo le miraba sonriente:

—Está bien,—dijo.—Manifestaré al emperador que su propia hermana Constancia, esposa del César de Oriente, es la única culpable.

Y volviéndose hacia los legionarios les ordenó:

—Llevaosle. El interrogatorio ha terminado.

Pocos días después llegaba la orden de muerte, decretada por el emperador Constancio, quien había considerado como una ofensa personal la acusación dirigida contra su difunta hermana.

Al oír leer su sentencia de muerte, Galo perdió el conocimiento y cayó en los brazos de los soldados. El desdichado había confiado hasta el último momento que sería perdonado. Y ya pérdida esta esperanza seguía creyendo que cuando menos se le concederían algunos días, algunas horas, para prepararse á la muerte. Pero habiendo circulado el rumor de que los soldados de la legión tebana se disponían á salvar á Galo, se le llevó incontinentemente al suplicio.

Comenzaba á romper el día. La nieve caída durante la noche recubría el lodo negro y espeso. Un

sol, que no calentaba alumbraba la nieve, cuya cegadora reverberación llenaba la pieza donde Galo estaba encerrado.

Se desconfiaba de los soldados porque se sabía que casi todos amaban y compadecían al César caído. Se eligió para verdugo á un carnicero que en distintas ocasiones se había encargado de dar muerte á los ladrones y á los bandidos de Istria. El carnicero no sabía servirse de la espada romana y llegó armado con un hacha enorme de doble filo con la que daba de ordinario muerte á los cerdos y á los carneros. El rostro del verdugo era estúpido, de correctas líneas y poco expresivo.

Era un esclavo. Se le había ocultado el nombre del condenado y creía firmemente que decapitaba á un ladrón vulgar.

Viendo acercarse la muerte, Galo permaneció sereno y humilde. Permitía que hicieran con él cuanto querían. Le parecía que era un niño: también entonces lloraba y se resignaba cuando se le metía á la fuerza en el baño, y una vez dentro del agua le parecía agradable.

Pero cuando vió al carnicero afilar el hacha tembló.

Se le condujo á una pieza contigua donde el peluquero le afeitó los finos cabellos rubios, belleza y orgullo del joven César. Cuando salió de la habitación del peluquero, Galo estuvo un momento á solas con el tribuno Escuda é inopinadamente cayó de rodillas ante su más cruel enemigo.

—¡Sálvame Escuda! Sé que tú puedes hacerlo. En la pasada noche he recibido un mensaje de los

soldados de la legión tebana. Déjame que les diga una palabra y me libentarán. Tengo treinta talentos ocultos en el tesoro del templo de Mycenas. Nadie lo sabe. ¡Te los entregaría... y más aún! Los soldados me aman. ¡Haré de tí mi hermano, mi corregente, César!

Loco de esperanza se abrazó á las piernas del tribuno y Escuda, estremecido, sintió los labios del César, besar sus manos.

No respondió y sonriendo se libertó lentamente del abrazo del sentenciado. Le ordenó á Galo que se desnudara. No quiso quitarse las sandalias; tenía los pies sucios. Cuando estuvo casi desnudo el carnicero comenzó á sujetarle las manos á la espalda como acostumbraba á hacerlo con los ladrones.

Escuda se apresuró á ayudarle. Cuando Galo sintió el contacto de los dedos del tribuno, se enfureció y forcejeando logró desasirse de las manos del verdugo. Echó ambas manos á la garganta de Escuda y trató de estrangularle.

Desnudo, corpulento, no parecía un hombre sino una fiera fuerte y terrible.

Se arrancó al tribuno amoratado de entre las manos de Galo á quien se ató fuertemente de pies y manos. En el mismo momento se oyeron en el patio del cuartel formidables gritos de los soldados tebanos:

—¡Largo reinado á César Galo!

Los asesinos se dieron prisa. Se llevó un grueso tronco de árbol á guisa de tajo. Galo fué arrodilla-

do ante el tronco. Barbacio, Baynobadna y Apodemio le sujetaban por los hombros, las manos y los pies. Escuda apretaba la cabeza contra el tajo. Con sonrisa voluptuosa apoyaba con todas sus fuerzas aquella cabeza que se resistía en vano. Bajo sus dedos helados por la emoción sentía la piel rasurada y todavía humedecida por el jabón y contemplaba entusiasmado el cuello blanco y delicado como el de una muchacha.

El carnicero era mal verdugo.

Descargando el hachazo había tocado la nuca pero el golpe había sido incierto. Levantó por vez segunda el hacha gritando á Escuda:

—¡Más hacia la derecha! ¡Echa más hacia la derecha el cuello!

Galo se agitaba aullando como un toro herido.

Más cercanos y distintos se oyeron los gritos de los soldados:

—¡Largo reinado á César Galo!

El carnicero levantó el hacha é hirió.

Una oleada de sangre brotó, manchando las manos de Escuda. La cabeza cayó resonando sobre el pavimento de piedra.

Los legionarios invadieron la sala. Barbacio, Apodemio y Escuda se precipitaron hacia la salida opuesta. El verdugo quedaba perplejo; pero Escuda le murmuró al oído:

—Llévate la cabeza del César para que los legionarios no reconozcan el cuerpo. Es cuestión de vida ó muerte para todos.

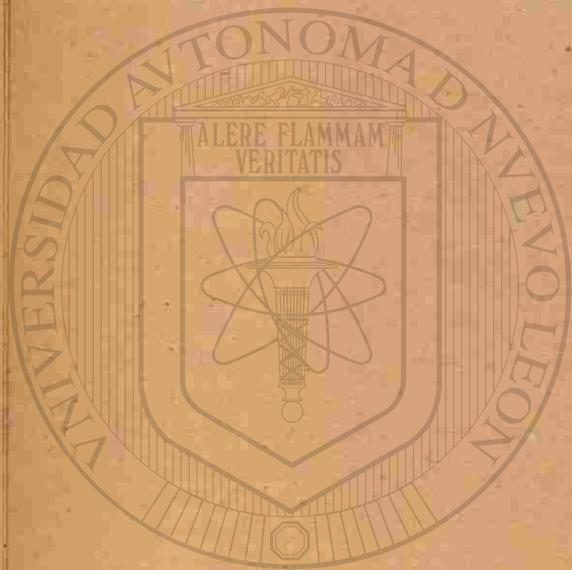
—¿No era un ladrón?—balbuceó el carnicero.

No sabía como llevarse aquella cabeza afeitada. Empezó por ponérsela bajo el brazo, pero esto le pareció incómodo, y para lograr su intento introdujo un dedo encorvado en la boca y de este modo se llevó la cabeza del que tantas cabezas humanas había hecho caer.

. . . . .

Quando Juliano supo la muerte de su hermano, dijo:

—Ahora me toca á mí.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

---

XII

Juliano debía tomar en Atenas el hábito de monje profeso.

Una fresca mañana de primavera, apenas salido el sol, Juliano, después de asistir á los maitines en la iglesia, caminó varios estadios por las orillas del Iliso, cubiertas por los plátanos y las viñas silvestres.

No lejos de Atenas había descubierto un sitio solitario en la ribera del torrente que allí corría mansamente por el arenoso cauce. Desde aquel punto admiraba las rojizas rocas del Acrópolis, y las soberbias líneas del Partenon á penas alumbrado por la aurora.

Juliano descalzo y con los pies desnudos siguió el curso del Iliso. El aire estaba impregnado del aroma de las flores y de las uvas.

Juliano, se sentó junto á un plátano, sin sacar los pies del agua. Abrió el *Fedro* y se puso á leer. Sócrates en su diálogo decía á Fedro:

—Volvamos por esta parte y sigamos el curso del Ilioso. Buscaremos un sitio solitario para descansar.

*Fedro.*—Por fortuna, esta mañana no me he calzado, y tú, Sócrates, llevas constantemente los pies desnudos. Podemos caminar por el cauce del torrente. Mira; el agua es aquí tranquila y transparente.

*Sócrates.*—¡Por Palas! he aquí un sitio maravilloso. Debe de estar consagrado á las ninfas y al dios Aqueloe á juzgar por estas estatuas. ¿No te parece que aquí la brisa es más suave y perfumada? Aquí, hasta el mismo canto de los grillos tiene un no se qué de dulzura que hace pensar en el estío. Pero lo que más me place es la altura de la hierba.

Juliano paseó sonriente la mirada, todo estaba como ocho siglos antes. Los grillos comenzaban su canto...

—¡Sócrates ha pisado esta tierra!—pensaba.—Y se inclinó para besar con fervor aquella tierra sagrada.

—Buenos días Juliano. Has elegido un rincón delicioso para leer. ¿Me permites que me siente á tu lado?

—Siéntate y me causarás placer. Los poetas no violan la soledad.

Juliano miró al escuálido personaje, cubierto con un manto desmesuradamente largo, el poeta Publio Porfiro, y pensó:

—Es tan pequeño, tan flacucho que se podría creer que no ha de tardar en transformarse en sal-

tamontes según el mito de Platón relativo á los poetas.

Publio, como los saltamontes, sabía vivir, casi sin alimentarse; pero los dioses no le habían concedido el poder de despreciar el hambre y la sed. Su rostro terroso, afeitado, sus labios lívidos, conservaban la huella del hambre nunca saciada.

—¿Por qué llevas un manto tan largo, Publio?—le preguntó Juliano.

—No es mío,—respondió el poeta con filosófica indiferencia.—Comparto una habitación con Hefestión, un joven que ha venido á Atenas para estudiar la elocuencia. Será un excelente abogado. Pero entretanto es pobre como yo, pobre como un poeta lírico, ¡que es cuanto puede decirse! Hemos vendido nuestros vestidos, los muebles, hasta el tintero... Solo nos queda un manto para los dos. Por las mañanas salgo yo y Hefestión estudia á Demóstenes; por las tardes se pone él la clámide y yo escribo versos. Desgraciadamente no tenemos la misma estatura. Pero ¡qué importa!... ¡Me paseo como los antiguos troyanos con amplia vestimenta!

Publio rió de buena gana, y su rostro terroso tomó triste expresión.

—Ya ves Juliano,—continuó el poeta,—ya tenía echadas mis cuentas confiando en la muerte de una viuda de un riquísimo propietario romano. Los dichosos herederos me encargaron un epitafio que debían pagarme con esplendidez. Desgraciadamente la viuda, pese á los vaticinios de los doctores y á los cuidados de los herederos, se empeñó en no entregar el alma. A no ser por este contratiempo

haría días que me hubiera comprado un manto...  
Oye Juliano, vente en seguida conmigo.

—¿Dónde?

—Ten confianza y me regocijarás.

—¿Algún misterio?

—No preguntes nada, levántate y vamos. El poeta no hará ningún daño al amigo de los poetas.

¡Verás á la diosa!

—¿Qué diosa?

—Artemisia cazadora.

—¿Un cuadro? ¿Una estatua?

—Mejor que eso. Si amas la belleza, toma tu manto y sígueme.

Publio tenía un aire misterioso tan seductor, que Juliano fué vencido por la curiosidad.

—Una condición: No has de decir cosa alguna ni has de admirarte de nada. Si tal no hicieras, desaparecería el encanto. En nombre de Calioope y de Erato, fíate de mí. Estamos á dos pasos del sitio, y para que el camino se nos haga más corto, te leeré el principio del epitafio de la propietaria.

Salieron á la carretera polvorienta.

Herido por los primeros rayos del sol el escudo de acero de Minerva Atenea, lanzaba reflejos sobre el Acrópolis teñido de rosa. A lo largo de las barreras, las piedras ocultaban arroyuelos que serpenteaban bajo las higueras; los grillos hacían oír su agudo canto, rivalizando con la ronca voz del poeta, que leía su epitafio.

Publio Porfiro tenía talento, pero su vida había sido en extremo accidentada. Varios años antes poseía una linda casita, verdadero templo de placeres, en Constantinopla, no lejos del arrabal de Cal-

cedonia. Su padre, vendedor de aceites, le había dejado una fortunita que debía permitirle vivir sin estrechez. Pero Publio adoraba el antiguo helenismo, y se revolvió contra lo que él llamaba «el triunfo de la esclavitud cristiana.» Escribió un poema atrevido que disgustó al emperador Constancio, molestado por una alusión. No fué perdonado. Los castigos cayeron sobre el poeta; su casa y sus bienes fueron confiscados y á Publio se le desterró á una de las islas desiertas del archipiélago, en la que no había más que rocas, cabras y fiebres. Publio no soportó la prueba, y maldijo á sus ideas liberales, dispuesto á hacer olvidar su falta á toda costa.

Devorado por la fiebre, durante las noches de insomnio escribió un poema glorificando al emperador, con ayuda de las sentencias de Virgilio; y los versos del poeta antiguo se combinaron de tal suerte que formaron una obra nueva. Aquel ingenioso rompe cabezas gustó en la corte. Publio había adivinado el espíritu del siglo.

Entonces acometió trabajos de mayor empeño y fuste.

Escribió un ditirambo á Constancio, compuesto de versos de diferentes medidas, que formaban figuras enteras, tales como una flauta de Pan, un órgano hidráulico, un altar de sacrificios, cuyo humo estaba representado por frases desiguales. Pero como maravilla de habilidad, había encontrado el poema cuadrado de veinte y cuarenta hexámetros. Algunos versos estaban escritos con tinta roja, y reunidos se transformaban en anagrama de Cristo, en flores, en arabescos y formaban otros versos con

nuevas complicaciones. Por fin, los cuatro últimos hexámetros se podían leer de dieciocho maneras diferentes, por el principio, al final, de arriba á bajo, etc., etc., y de todos modos formaban una alabanza del emperador.

El pobre poeta había estado á punto de perder la razón, mientras terminaba su obra, pero en cambio su victoria fué completa, y Constancio se entusiasmó. Le parecía que Publio había sobrepujado á todos los poetas de la antigüedad, y de su puño y letra le escribió una carta asegurándole su protección. La carta terminaba con estas palabras: «En nuestro tiempo, mi gracia, semejante al encalmado sople de los céfiros, acaricia á todos los que escriben versos.»

Sin embargo, no se le devolvieron al poeta los bienes confiscados; únicamente se le dió algún dinero y la autorización de salir de la isla desierta para habitar en Atenas.

Allí llevaba triste existencia. El palafrenero de las cuabras del Circo, vestía lujosamente en comparación con Publio.

En compañía de enterradores, de comerciantes sospechosos, de organizadores de fiestas nupciales, pasaba días enteros en las antecámaras de los señores ignorantes, para lograr el encargo de un epitafio, de un epitafio ó de una epístola amorosa. Esto le producía muy poco, pero no se desalentaba, esperando poder ofrecer un día al emperador un poema que le volviera á su gracia por completo.

Juliano advirtió que, á pesar de su envilecimiento, Porfiro guardaba en su corazón amor profundo á la Helade. Era un raro apreciador de la poe-

sía griega, y Juliano conversaba gustoso con Publio.

Dejaron la carretera y se aproximaron al elevado muro de una palestra. Alrededor todo estaba desierto. Dos corderos negros pacían. Cerca de la puerta cerrada estaba un carro, al que estaban enganchados dos caballos cuyas crines estaban cortadas al rape, como las de los caballos de los bajos relieves. Un esclavo viejo guardaba el carro. Era sordo-mudo y muy complaciente.

En seguida reconoció á Publio, á quien hizo un amistoso signo con la cabeza, designándole la puerta cerrada de la palestra.

—Dame una moneda para el viejo.

El esclavo tomó el dinero y abrió la puerta, con serviles cortesías y gemidos que demostraban su satisfacción.

Entraron en un oscuro y largo peristilo. Entre las columnas se veían los *ksystes*, galerías destinadas á los ejercicios atléticos. Las galerías estaban recubiertas de hierba en lugar de arena. Los dos amigos penetraron en un amplio pórtico interior. El misterio acicateaba la curiosidad de Juliano. Publio le conducía por la mano sin pronunciar ni una palabra.

El segundo pórtico comunicaba con los *exedros* color de mármol, cubiertos, donde se reunían los oradores. Sobre la crecida hierba revoloteaban zumbando las abejas. Reinaba profundo silencio y ninguna tristeza. De pronto se oyó una voz de mujer, seguida de un disco que chocaba contra el mármol.

Recatándose como ladrones, Juliano y Publio se

ocultaron en la penumbra, formada por las columnas del elefesi6n, lugar donde los antiguos luchadores se untaban el cuerpo con aceite.

Desde el escondite descubrian el efebi6n, lugar cuadrangular y descubierto, destinado al juego del disco.

Juliano mir6 y retrocedi6 un poco maquinalmente.

A veinte pasos de 6l estaba una joven completamente desnuda. Con una sola mirada abarc6 todo su cuerpo maravilloso. Tenia un disco en la mano.

Juliano pens6 en alejarse, pero vi6 en los ojos de Publio y en todo su l6vido rostro tal expresi6n de entusiasmo, que comprendi6 que el adorador de la Helade no habia tenido ning6n pensamiento lujurioso al llevarle 6 aquel sitio. Su admiraci6n era sagrada.

Publio estrech6 la mano de Juliano, murmurando:

—Mira! Hemos retrocedido nueve siglos en un momento; estamos en la antigua Laconia. ¿Te acuerdas de los versos de Propercio?

*Multa tua, Sparte, miramur jura palestre  
Sed mage virginei tot bane gymnassii,  
Quod non infames exerciret corpore sudos  
Inter lucutantes nuda puella viros!*

—¿Qui6n es?—pregunt6 Juliano.

—No lo s6; nunca he querido saberlo...

—Est6 bien. Calla.

Y Juliano miraba 6vidamente 6 la jugadora de disco, sin verg6enza, comprendiendo que era indigno de un fil6sofo enrojecer.

La joven se alej6 algunos pasos, inclin6 el cuerpo hacia adelante, avanz6 la pierna izquierda, tom6 impulso y con un movimiento de todo el cuerpo lanz6 tan alto el c6rculo de metal, que fu6 iluminado por el sol levante y cay6 golpeando en la 6ltima columna. Juliano creia estar viendo una estatua de Fidias.

—Ha sido el mejor tiro,—dijo una muchacha de doce a6os, vestida con rica t6nica, que estaba cerca de la columna.

—Myrra, dame el disco,—replic6 la jugadora. —Quiero tirarlo m6s alto todav6a. Ahora ver6s, Mero6; al6jate, no te hiera como Apolo hiri6 6 Jacinta.

Mero6, una mujer esclava egipcia, 6 juzgar por su vestido multicolor y el color de su tez, preparaba en un 6nfora de alabastro perfumes para el ba6o. Juliano comprendi6 que el carro y el mudo guardi6n deb6an ser de aquellas dos apasionadas de los juegos laconios.

Dand6 por concluido el juego del disco, la joven tom6 de las manos de Myrra el arco y el carcaj, del que tom6 una flecha empenachada. Apunt6 en un c6rculo negro que servia de blanco, colocado en el extremo del efebi6n. La cuerda vibr6. La flecha parti6 silbando, y fu6 6 clavarse en el blanco; tir6 otra, y luego otra, siempre con el mismo resultado.

—Artemisa cazadora,—suspiró Publio.

De pronto un rayo de sol, deslizándose entre las dos columnas, fué á quebrarse en el rostro y el pecho casi adolescente de la joven. Cegada por la luz arrojó el arco y las flechas y se cubrió el rostro con las manos.

Las golondrinas dando gritos agudos se perseguían por la palestra, perdiéndose en el azul del cielo.

La joven se descubrió el rostro y elevó los brazos para posar sobre la cabeza las manos entrecruzadas.

Sus cabellos rubios, dorados en los cabos, como miel amarilla herida por el sol, perdían entonación hacia la raíz. Los labios se entreabrían sonriendo con placidez, y el sol seguía alumbrando su hermoso cuerpo. La joven permanecía en pie, pura y vestida de luz y de belleza.

—Myrra,—murmuró lentamente.—mira al cielo. Cuando veo á los pájaros volar hacia él, me siento envidiosa.

El sol extendió sus rayos, bañando la [cintura de la joven. Esta se estremeció y tuvo vergüenza, como si un sér viviente y apasionado la hubiese sorprendido.

Se ocultó con una mano el seno y con la otra el abdomen, con el eterno y púdico gesto de Afrodita de Cnido.

—¡Meroé, Meroé! Dame en seguida mis vestidos,—gritó con el espanto pintado en sus ojos.

Juliano no pudo recordar nunca cómo había salido de la palestra. Su corazón ardía. El rostro del

poeta era solemne y triste, como el de un hombre que abandona el templo.

—¿No estás arrepentido?—preguntó á Juliano.

—¡Oh, no! ¿por qué?

—Quizás es una tentación para un cristiano.

—No era posible la tentación. ¿No lo comprendes?

—Sí, sí; esa es también mi opinión.

Nuevamente se encontraron en la carretera polvorienta, caldeada ya por el sol, y se dirigieron á Atenas.

Publio continuó dulcemente, como hablando consigo mismo:

—¡Oh! ¡Cómo nos hemos trocado en vergonzosos y deformes! Tenemos miedo de nuestra desnudez, y la ocultamos porque nos sentimos feos é impuros. ¡Y antes, hubo un tiempo en que todo era diferente! Las jóvenes de Esparta salían á la palestra desnudas y orgullosas ante el pueblo. Y nadie temía las tentaciones. Los puros contemplaban á los puros. Todos eran como niños, como dioses. ¡Cuando pienso que eso ha pasado para siempre, y que jamás gozaremos en la tierra de esa libertad, de esa fuerza y de esa dicha!

Publio dejó caer la cabeza sobre su pecho y suspiró tristemente.

Llegaron á la calle de los tripodes y no lejos del Acrópolis se separaron los dos amigos igualmente pensativos y silenciosos.

Juliano entró en la sombra de los Propileos y evitando Stoa Poichilea, y los grabados de Porra-sio representando las batallas de Maratón y Sala-

mina, después el pequeño templo de la Victoria Apterera se acercó al Partenon.

No tenía más que cerrar los ojos para ver de nuevo el soberbio cuerpo de Artemisa cazadora. Cuando los abrió, el mármol del Partenon alumbrado por el sol parecía vivo y dorado como el cuerpo de la diosa. Y delante de todos, despreciando la muerte, quería estrechar entre sus brazos el tibio mármol calentado por el sol, estrecharle fuertemente y besarle como cosa santa.

A algunos pasos de Juliano, vestidos con oscuros trajes, los rostros pálidos y severos, estaban dos jóvenes, Gregorio de Nacianza y Basilio de Cesárea. Los helenistas los consideraban sus más poderosos enemigos! Los cristianos esperaban que los dos amigos serían un día Padres de la Iglesia.

Los dos miraban á Juliano.

—¿Qué tiene ese joven hoy?—dijo Gregorio.—  
¿Es su actitud propia de un monje?... ¡Qué movimientos!... ¡Cómo cierra los ojos!... ¡Cómo sonríe!...  
¿Cres que su piedad es sincera, Basilio?

—Con mis propios ojos le he visto llorar rezando en la iglesia.

—¡Hipocresía!

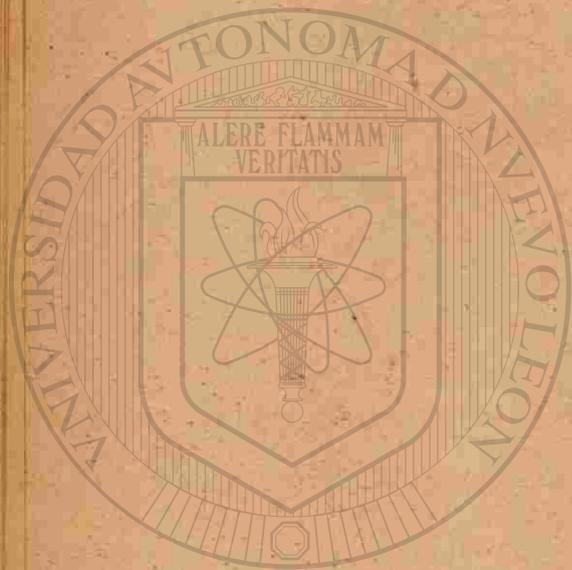
—Entonces, ¿por qué nos busca, procura nuestra amistad y discute las Escrituras?

—O se burla ó nos quiere seducir. No le creas... Es el tentador... El imperio romano alimenta en ese joven un gran mal. Es un enemigo.

Los dos amigos se alejaron con los ojos fijos en el suelo. Las severas cariatides de Eseción, el cielo encalmado, el templo blanco de Apterero, los Popyleos, la maravilla del universo, el Partenon, nada

de esto les seducía. No deseaban más que una cosa: destruir todas estas guaridas de los demonios. El sol proyectaba en las losas del Partenon dos descomunales sombras negras de los monjes.

—Quiero verla!—pensaba Juliano.—¡Necesito saber quién es!



---

XIII

—Los dioses no han enviado á los mortales al universo más que para hablar con elegancia.

—Muy bien dicho Mamertino. Repítelo, ahora que te acuerdas. Los escribiré con los otros apotegmas, —dijo á Mamertin, el abogado á la moda en Atenas, su amigo y admirador el profesor de elocuencia Lampridio, sacando sus tablitas del bolsillo.

—Digo, —prosiguió nuevamente Mamertino sonriendo coquetonamente, —digo que los hombres han sido enviados por los dioses...

—No, no, no lo has dicho así Mamertino; lo has dicho mejor: Los dioses no han enviado á los mortales...

—¡Ah, sí! Los hombres no han enviado á los mortales al universo más que para hablar con elegancia.

Y Lampridio entusiasmado, inscribía las palabras del abogado como la sentencia de un oráculo.

Esto acaecía en una amistosa cena literaria que daba el respetable senador romano Hortensio, no lejos del Pireo, en la quinta de su joven y rica pupila Arsinoé.

Mamertín aquel mismo día había pronunciado un notable discurso de defensa en favor del banquero Barnava. Nadie ponía en duda que Barnava fuese un canalla; pero dejando á un lado su inmensa elocuencia, poseía además el abogado una voz tal, que una de sus innumerables adoradoras aseguraba:

—Jamás escucho las palabras de Mamertino; no tengo necesidad de saber lo que dice, ni de lo que habla. Me embriaga el sonido de su voz, sobre todo cuando vá muriendo al final de la frase. Es increíble: aquello no es una voz humana, es un néctar divino, son los suspiros de un harpa eólica.

A pesar de que las gentes del pueblo, llamaban á Barnava, «bebedor de sangre, devorador de los bienes de las viudas y los huérfanos,» los jueces de Atenas absolvieron con entusiasmo al cliente de Mamertino.

El abogado había recibido de su defendido cincuenta mil sextercios, y se hallaba animadísimo en la cena que Hortensio daba en su honor. Pero tenía la costumbre de fingirse enfermo, para que le mimasen más.

—¡Ah, que cansado me encuentro hoy, amigos míos, — murmuraba quejumbrosamente. — Estoy realmente enfermo... ¿Dónde está Arsinoé?

—Vendrá en seguida. Acaba de recibir del museo de Alejandría un nuevo aparato de física que la entretiene mucho. Pero voy á ordenar que la llamen,—dijo Hortensio.

—No, no es necesario,—contestó con indiferencia el abogado.—¡Pero que absurdo!... ¡una joven y la física! ¿Qué puede haber de comun entre ellas? Aristofanes y Eurípides han censurado ya á las mujeres sabias. Tú Arsinoé es una caprichosa, Hortensio... Verdaderamente si no fuese tan seductora, parecería con su escultura y sus matemáticas...

No acabó la frase y dirigió una mirada hacia el corredor.

—¿Qué hacer?—replicó Hortensio,—una niña mimada, una huérfana de padre y madre.... Yo no soy más que su tutor y no quiero molestarla en nada...

—Sí... sí...

El abogado ya no le escuchaba, ocupado en sí mismo.

—Amigos míos, yo siento....

—¿Qué?... ¿Qué pasa?—preguntaron muchas voces ansiosas.

—Siento... me parece... una corriente de aire...

—Cerraremos las ventanas,—indicó el anfitrión.

—No, nos ahogaríamos. Pero tengo tan cansada la voz hoy... Mañana tengo de hacer otra defensa... Qué me pongan una alfombra bajo los pies, y dadme mi peto; temo resfriarme con el fresco de la noche.

Hefestión, el amigo de Publio y el discípulo de Lampridio, corrió veloz en busca del peto de Mamertino.

Era un pedazo de veludillo con guata de lana blanca, lindamente bordado y del cual jamás se separaba el abogado, á fin de abrigar su preciosa garganta, á la menor sospecha de resfriado.

Mamertino se cuidaba exquisitamente. Se amaba con tan ingénuo gracia, con una ternura tal, que obligaba á los que le rodeaban á hacer lo mismo.

—Ese peto ha sido bordado para mí, por la venerable Fabiola,—comunicó sonriendo.

—¿La mujer del senador?—preguntó Hortensio.

—Sí. Os contaré respecto de ella una anécdota. Una vez escribí una esquila,—es verdad que muy elegante, pero en realidad una futeza,—cinco líneas en lengua griega, á otra dama, una de mis admiradoras también, que me había enviado un cesto de maravillosas cerezas. Yo le dí las gracias en broma en una imitación de Plinio. Pero imagináos amigos míos, que á Fabiola le entra tal deseo de leer mi carta y copiarla para su colección que apostó á dos esclavos en el camino para sorprender á mi enviado. Detenido de noche en un lugar desierto, imaginóse el pobre diablo que tenía que haberselas con bribones; pero ningún daño le hicieron, diéronle dinero y se incautaron de mi carta... que Fabiola ha sido la primera en leer y ha aprendido de memoria.

—¡Cómo! Lo sé, lo sé muy bien. ¡Es una mujer notable,—prosiguió Lamfridio.—Lo he visto con mis propios ojos, todas tus cartas las tiene guardadas en una cajita de limón, como verdaderas joyas. Las aprende de memoria, y asegura que son superiores á todas las poesías. Fabiola piensa con razón: «Puesto que Alejandro Magno guardaba los poemas de Homero, en un cofrecillo de cedro, ¿no he de guardar yo las letras de Mamertino en una cajita preciosa?»

—¡Amigos míos, este hígado de pato con salsa de

azafrán es el colmo de la perfección! Os aconsejo que lo probéis. ¿Quién lo ha preparado Hortensio?

—Mi jefe de cocina Dedalle.

—¡Gloria á él... Es un verdadero poeta.

—Te dejas sobornar por el hígado de pato, mi querido Garguillo. ¿Se puede llamar poeta á un cocinero? ¿No ofendes de ese modo á las divinas Musas nuestras protectoras?

—Afirmo y afirmaré siempre que la gastronomía es un arte tan elevado como cualquier otro. ¡Ya es tiempo de desechar los prejuicios, Lampridio!

Garguillo, director de la cancillería romana, era un hombre enorme, grueso, con tres papadas, escrupulosamente afeitado y perfumado, y cortados á rape sus cabellos grises. Su rostro era inteligente y noble. Desde hacía largos años estaba considerado como el convidado indispensable en toda reunión literaria que en Atenas se celebrase.

Garguillo, no apreciaba más que dos cosas en la existencia: una buena mesa y un buen estilo. La gastronomía y la literatura se unían para él en una idéntica satisfacción.

—Supongamos, que tomo una ostra,—dijo con tono declamatorio, acercando con sus lindos dedos cargados de amatistas y de rubíes, el molusco á su boca.—Tomo una ostra y la tragó.....

Y la tragó en efecto, cerrando los ojos, y adelantando el lábio superior que tenía una expresión especial, golosa y casi voraz. Proeminente, formando punta, extrañamente retorcido, asemejábase vagamente á una pequeña trompa de elefante. Apreciando los versos sonoros de Anacreonte y de Mosco, movía ese lábio con tanta sensualidad como

cuando probaba, en la cena, una salsa de lenguas de ruisenores.

—La trago y siento inmediatamente,—continuó seriamente Garguillo,—que la ostra viene de las costas de Bretaña y, no de Austrasia ó de Tarents. ¿Queréis probar? Carraré los ojos y adivinaré de que mar es el pescado.

—¿Pero qué tiene que ver con eso la poesía?— interrumpió Mamertino impaciente porque le disgustaba que otro concentrase la atención.

—Imaginaos, amigos míos,—continuó imperturbable el gastrónomo,—que desde hace mucho tiempo. no he estado en las riberas del Océano que tanto amo y tanto echo de menos. Puedo aseguraros que una ostra tiene tal sabor de mar, salado y fresco, que basta con tragarla para figurarse en las costas del mar inmenso. Cierro los ojos y veo las olas, veo las rocas, siento la brisa de la *mar brumosa*, como dice Homero... No, decidme con sinceridad qué verso de la *Odisea* despierta tan neta-mente en mí la poesía del mar, como lo hace una ostra fresca. O cuando parto un melocotón y aspiro su jugo. ¿Por qué, decidme, el perfume de la violeta ó de la rosa, han de ser más poéticos que el sabor del melocotón? Los poetas describen las formas, los colores y los sonidos, ¿por qué razón el gusto no ha de ser igualmente perfecto? Eso son prejuicios, amigos míos. El gusto es un inmenso y aún desconocido beneficio de los dioses. La reunión de los gustos forma una armonía tan refinada como la reunión de los sonidos. Yo afirmo que hay una décima musa: la musa de la gastronomía.

—Admitamos las ostras y los melocotones; ¿pero qué armonía puede haber ó qué belleza se puede encontrar en un higado de pato con salsa de azafrán?

—Tú encuentras, Lampridio, sin duda, belleza no solamente en los idilios de Teocrito, sino también en las más groseras comedias de Plauto.

—En efecto.

—Pues bien, amigo mio, para mí existe una poesía gastronómica en el higado de pato. Y te aseguro que por ella, me hallo dispuesto á coronar de laurel á Dedalle, del mismo modo que coronaría una oda olimpica de Pindaro.

En el umbral aparecieron dos nuevos invitados, Juliano y el poeta Publio. Hortensio cedió el puesto de honor á Juliano, mientras que Publio devoraba con los ojos los innumerables platos. A juzgar por su clámide nueva, la rica hacendada había debido morir y los dichosos herederos no habían regateado los honorarios del epitafio.

Continuó la conversación.

Lampridio contaba como una vez por curiosidad en Roma, había estado oyendo á un predicador cristiano que tronaba contra los «gramáticos» paganos. Los gramáticos, aseguraba el predicador, no estiman á la gente por sus virtudes si no por su estilo. Opinan que es menos criminal matar á un hombre, que pronunciar la palabra *homo* con una falsa aspiración. Y Lampridio aseguraba á su vez, que si los predicadores cristianos odian hasta ese punto el estilo de los retóricos era porque sabían que no poseían más que un estilo bárbaro, que destruía la antigua elocuencia y mezclaba la ignorancia y la

virtud, y que para ellos el que hablaba bien se hacía sospechoso.

—El día que perecerá la elocuencia, perecerá la Hélade y perecerá Roma. Las gentes se transforman en animales mudos, y sin duda para llegar á eso los predicadores cristianos emplean su bárbaro estilo.

—¿Quién sabe?—murmuró Mamertino pensativo.

—Quizás el estilo es más importante que la virtud, puesto que los esclavos, los bárbaros y los miserables pueden ser virtuosos.

Hefestión explicaba á su vecino lo que significaba con exactitud el Consejo de Cicerón: *Causam mendaciunculis adspingere..*

*Mendaciunculis*, es decir *mentiritas*. Cicerón aconseja sembrar de pequeñas invenciones los discursos: Admite la mentira si embellece el estilo del orador.

Entablóse una discusión general sobre si los discursos debían comenzar por anapestos ó dácilos.

Juliano se aburría.

Confesó sinceramente que jamás había pensado en eso, y que según su parecer el orador debía preocuparse mucho más de la Idea madre de su discurso que de semejantes naderías de estilo.

Mamertino, Lampridio y Hefestión se indignaron.

Según ellos, la materia del discurso importaba poco; debía ser indiferente á un orador hablar en pró ó en contra. El sentido mismo carecía de interés, lo principal consistía en la reunión de los sonidos, en la melodía, en la asonancia musical de las

letras, que permitían, hasta á un barbero que ignorase el griego, notar la belleza del discurso.

—Voy á daros un ejemplo en dos versos latinos de Propercio,—dijo Garguillo.—Veréis el poder de los sonidos y la nulidad del sentido. Oid:

*Et Veneris dominacæ volucres, mea turba, columbæ  
Tingunt Gorgoneo punica rostra lacu*

—¡Qué encanto! Cada letra canta... ¿Qué me importa el sentido? Toda la belleza reside en los sonidos, en la reunión de las vocales y consonantes. Por esos sonidos daría yo la virtud cívica de Juvenal y la filosofía de Lucrecio. No, prestad atención; qué dulzura en este murmullo:

*Et Veneris domince volucres, mea turba, columbæ*

Estendió el labio con delectación.

Recitaron todos versos de Propercio, sin lograr saciarse de su encanto y excitándose mutuamente á una orgía literaria.

—Oid esto solamente,—murmuraba Mamertino con su voz cólica:

*Tingunt Gorgoneo*

—Fijaos en la suceción de g. Y después:

*...punica rostra lacu*

—Sorprendente, admirable,—balbuceaba Lampridio cerrando los ojos.

Juliano se sentía avergonzado y gozoso á un mismo tiempo por esa embriaguez de los sonidos.

—Es preciso que las palabras estén ligeramente desligadas del sentido,—afirmó Lampridio gravemente.—Es preciso que broten, chispeen, canten sin molestar al oído ni al corazón, de ese modo solamente es posible el verdadero goce de su belleza.

En el umbral de la puerta del cual no apartaba los ojos Juliano, sin ruido, y sin que nadie lo advirtiera, apareció como una sombra, una blanca é imponente figura.

Las ventanas abiertas dejaban entrar la tenue luz de la luna que se fundía en el reflejo rojo de las lámparas sobre el mosaico del piso brillante como un espejo y en los frescos que representaban á Endimión dormido bajo las caricias de Febo.

La aparición continuaba inmóvil como una estatua.

El peplo griego, antiguo, de lana blanca, caía en largos pliegues, retenidos bajo el pecho por un cinturón. La luz de la luna iluminaba el peplo, y el rostro quedaba en la sombra.

La recién venida miraba á Juliano y Juliano la miraba á ella. Sonreíanse uno á otro, seguros de

que nadie los veía. Con un dedo en los labios, escuchaba ella lo que los convidados contaban.

De repente Mamertino, que disputaba con Lampridio sobre las particularidades gramaticales del primero y segundo aoristo, exclamó:

—¡Arsinoé!... ¡Por fin!... ¿Te has decidido á abandonar por nosotros la física y las estatuas?

Arsinoé entró dirigiendo una sonrisa á todos.

Era la misma jugadora de disco que un mes antes Juliano había visto en la palestra abandonada.

El poeta Publio que lo conocía todo y á todos en Atenas, se había hecho presentar á Hortensio y á Arsinoé y había introducido á Juliano en la casa.

El padre de Arsinoé, senador romano, Helvidio Prisco, había muerto en los últimos años del reinado de Constantino el Grande, legando las dos hijas que había tenido de una prisionera goda, Arsinoé y Mirra á su amigo Hortensio á quien estimaba por su amor á Roma antigua y su odio al cristianismo.

Un pariente lejano de Arsinoé, propietario de grandes fábricas de púrpura en Sidón, había dejado su incalculable fortuna á la joven.

Las virtudes cristianas y las costumbres patriarcales de Roma parecían igualmente odiosas á Arsinoé, y únicamente las figuras de mujeres independientes como Aspasia, Cleopatra y Safo cautivaban su pensamiento desde la infancia.

Un día, con profunda sorpresa de Hortensio, había declarado ingenuamente, que prefería mejor ser cortesana, bella y libre, que transformarse en madre de familia, esclava de su marido «como todas las otras». Esas cuatro palabras «como todas las

otras bastaban para llenarla de tristeza y de disgusto.

Hubo un momento en que Arsinoé se apasionó por la historia natural, y trabajó con ilustres sabios en el museo de Alejandría. Las teorías atomistas de Epicuro, de Demócrito y de Lucrecio la habían seducido: amaba el estudio porque libraba á su alma del «temor de los dioses.»

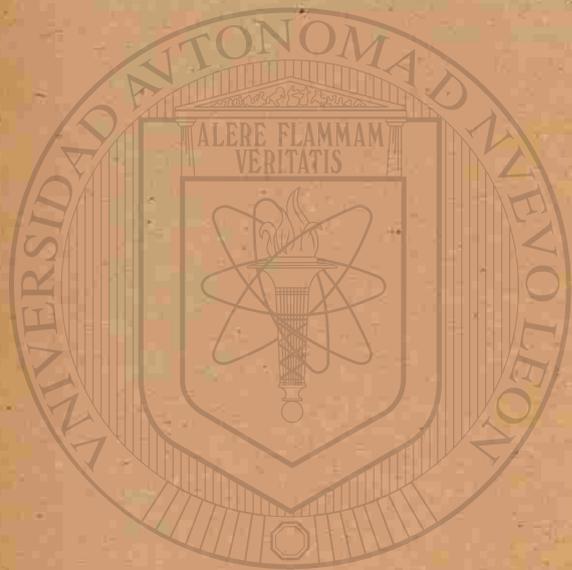
Con la misma pasión casi enfermiza, se había entregado luego á la escultura, y su viaje á Atenas tenía por objeto estudiar las más bellas obras de Fidias, Escopas y Praxiteles.

—¿Continuáis discutiendo sobre gramática?—preguntó irónicamente á los convidados la hija de Helvidio Prisco al entrar en la sala del gran festín.—No os molestéis, proseguid. No me enfadaré, tengo mucha hambre después de mi jornada de trabajo. ¡Esclava, échame vino!... Amigos míos,—continuó Arsinoé al sentarse,—os hacéis desgraciados con vuestras citas de Demóstenes y vuestras reglas de Quintiliano. ¡Tened cuidado!... La retórica os perderá... Quisiera ver un hombre que no se ocupase ni de Homero ni de Cicerón, que hablase sin pensar en las aspiraciones, en la sintaxis y en la conjunción de las letras. Juliano, nos iremos á la orilla del mar después de la cena; no quiero escuchar hoy las discusiones sobre los dáctilos y los anapestos.

—Has adivinado mi pensamiento, Arsinoé—balbuceó Garguillo, que había abusado del hígado de pato, y que casi siempre al final de la cena, sentía una aversión por la literatura á medida que se le

apesantaba el estómago.—*Litterarum intemperantia laboramus*, como decía Séneca. ¡He ahí nuestra desgracia! Padecemos de intemperancia literaria. Nosotros mismos nos envenenamos.

Y pensativo, de pronto, sacóse del bolsillo un mondadientes, mientras en su semblante se reflejaba el disgusto y el fastidio.



Bajaron por la calle de cipreses que conducía al mar y que la luna plateaba hasta el horizonte. Las olas rompían contra los cantiles rumorosos. Había allí un banco semicircular. En lo alto Artemisia cazadora, con túnica corta, el cárcaj en el hombro y dos lebreles á sus pies, parecía viva.

Sentaronse.

Arsinoé señaló á Juliano la colina de la Acrópolis con las columnas apenas visibles del Partenon, y reanudó la conversación de sus entrevistas:

—¡Mira qué bello es eso! ¿Y tú quisieras destruirlo, Juliano?

Sin abrir los labios, bajó la cabeza.

—He pensado mucho en lo que me dijiste la última vez, respecto á vuestra humildad—continuó diciendo Arsinoé humildemente.—¿Alejandro, el hijo de Filipo, era humilde? ¡Y no obstante es grande y soberbio!

Juliano callaba.

—¿Y Bruto, Bruto, el asesino de César? Si Bruto hubiese presentado la mejilla izquierda cuando le pegaban en la derecha, ¿crees tú que hubiera estado más sublime? ¿O le considerais como un malvado vosotros los galileos? ¿Por qué me parece á veces que eres hipócrita, Juliano, y que esos negros ropajes se despegan de tu cuerpo?

Volvió bruscamente su cara iluminada por la luna hacia él, y quedóse mirando á Juliano con obstinación.

—¿Qué quieres, Arsinoé?—murmuró Juliano con remor.

—Quiero que seas abiertamente mi enemigo—exclamó la joven.—No puedes vivir de ese modo sin revelar lo que eres. A veces pienso que sería preferible que Roma y Atenas fuesen ruinas. Es mejor quemar un cadáver que dejarle insepulto, y todos nuestros amigos, los gramáticos, los retóricos, los poetas de panegíricos imperiales, son el cuerpo putrefacto de Grecia y Roma. Se siente miedo á su lado, como al lado de los muertos... Vosotros los galileos podéis triunfar... En un tiempo breve, sobre la tierra sólo quedarán cadáveres y ruinas. Y tú, Juliano... ¡Pero no!... ¡Es imposible!... ¡Yo no creo que tú estés con ellos contra la Helade... contra mí!

Juliano estaba de pie ante ella, pálido y mudo; quiso partir, pero Arsinoé le retuvo con la mano.

—Dime que eres mi enemigo—dijo ella con voz que tenía algo de desafiadora.

—¡Arsinoé!... ¿Por qué?

—Dilo todo... Lo quiero saber. ¿No notas lo próximos que estamos?... ¿Tienes acaso miedo?...

—Dentro de dos días me voy de Atenas—murmuró Juliano.

—¿Por qué?... ¿Dónde vas?

—El emperador me llama á su corte... quizás para morir... Me parece que te veo por última vez...

—¿Juliano, tú no crees en El?—exclamó Arsinoé, tratando de leer en los ojos del monje.

—¡Más bajo!... ¡Más bajo!...

Levantóse, y dando algunos pasos con precaución exploró con la mirada el camino plateado por la luz de la luna, los matorrales, el mismo mar, como si temiese ver surgir algún espía del emperador.

Volvióse después y sentóse tranquilo. Apoyándose con una mano en el mármol, aproximó sus labios al oído de Arsinoé, tan cerca que ella sentía su aliento tibio, y murmuró rápidamente:

—¡Crear en El!... Oye joven, voy á decirte ahora lo que jamás me he atrevido á decir á mi mismo. ¡Odio al Galileo!... Pero vengo mintiendo desde que me reconozco. La mentira ha penetrado en mi alma, se ha apoderado de ella, se ha pegado como este traje á mi cuerpo. ¿Te acuerdas de la túnica envenenada de Nesso? Hércules la arrancaba con pedazos de su carne, y lo ahogó de todos modos. ¡Yo también pereceré ahogado por la mentira galilea!...

Pronunciaba las palabras con un penoso esfuerzo. Arsinoé le miró. Su rostro alterado por el sufrimiento y por el odio, le pareció extraño.

—Cálmate, amigo,—le dijo,—dímelo todo, que yo he de comprenderte mejor que nadie.

—Quisiera hablar y no sé. He callado por mucho tiempo. Ya ves, Arsinoé, para aquel que ha caído entre sus manos... todo ha acabado... Los humildes sabios lo desfiguran hasta tal punto, le enseñan tan bien á mentir y á disimular, que ya le es imposible volver á su natural esencia.

Toda la sangre afluyó á su frente, hinchándole las venas, y con los dientes apretados murmuró:

—Cobardía, cobardía galilea odiar á su enemigo, como yo odio á Constancio, y perdonarle, inclinarme y arrastrarme á sus pies como una serpiente, suplicarle con la humilde costumbre cristiana. «Un año, concede un año todavía á tu esclavo pobre de espíritu, Juliano, y después haz de él lo que tu, bien amado de Dios, y tus consejeros querais!...» ¡Qué bajeza!

—No, Juliano—protestó Arsinoé.—¡Tú vencerás! La mentira es tu fuerza... Acuérdate de la fábula de Esopo, el Asno con piel de León. Con respecto á tí, ocurre todo lo contrario: el león está cubierto con la piel del asno, y el heroe en el hábito del monje... ¡Cómo se espantarán cuando tú enseñes las garras!... ¡Qué alegría y qué terror! Dí, ¿quieres el poder?

—¡El poder!—exclamó Juliano embriagado al oír el sonido de aquella palabra, y respirando á grandes bocanadas el aire fresco de la noche.—¡El poder! ¡Oh! Un año solamente, algunos meses, algunos días, y yo les enseñaré á esos reptilps venenosos lo que quiere decir la palabra del maestro: «Al César

lo que es del César.» Juro por el Dios Sol, que darían al César lo que le es debido.

Levantó lo cabeza, sus ojos brillaron de orgullo y de rabia, y su rostro iluminado se rejuveneció. Arsinoé le contemplaba sonriendo. Pero no tardó Juliano en inclinar de nuevo la cabeza, cayendo sobre el banco, con los brazos cruzados sobre el pecho, como era costumbre en los monjes. Pasado un segundo, murmuró:

—No, no, ¿para qué hacerse ilusiones? Eso no ocurrirá jamás. Pereceré. La cólera me ahogará... Oye: por las noches, después de haber pasado el día arrodillado en las iglesias, curvado ante las reliquias, entro en mi casa, quebrantado, rendido; me echo sobre la cama y lloro, muerdo las ropas por no gritar de dolor. ¡Oh! tú no sabes todavía, Arsinoé, lo que son el horror y la infección galileas en las que agonizo desde hace veinte años sin poder morir; porque nosotros los cristianos somos vivaces como la serpiente que se une cuando ha sido cortada... He buscado al principio el consuelo en las buenas obras de los teurgos y los prudentes. En vano; no he podido ser ni lo uno ni lo otro. Soy malo y quisiera serlo aún más. Ser fuerte y terrible como el diablo, mi único hermano... Pero, ¿por qué, por qué no puedo olvidar que existe la belleza? ¿por qué me apareciste tú, cruel?

Sin poderse contener, Arsinoé rodeó con sus brazos desnudos el cuello de Juliano, y lo atrajo hacia ella con tal fuerza, y tan cerca, que él sintió la frescura de su cuerpo, y murmuró:

—¿Y si yo te hubiese aparecido como una profética Sibila, para anunciarte la gloria? ¡Eres sober-

bio! ¿Qué me importa que tus alas no sean blancas como las de los cisnes, sino negras; que tus uñas se asemejen á las de las aves de rapiña? Yo amo á todos los rebeldes y á todos los reprobados, ¿sabes, Juliano? Prefero las águilas fieras y solitarias, á los cisnes blancos. Sólo que... ¡Sé todavía más soberbio, más malo! Atrévete á serlo hasta el fin. Miente sin vergüenza; mejor es mentir que humillarse. No temas el odio, que es la fuerza impetuosa de tus alas. ¿Quieres que concertemos una alianza? Tú me darás el poder, yo te daré la belleza. ¿Quieres, Juliano?

A través de los ligeros pliegues del peplo antiguo, de nuevo como en la palestra, veía las líneas puras del cuerpo desnudo de Artemisia cazadora, y le parecía que brillaba, suave y dorada, debajo de la flexible túnica.

La cabeza se le iba: en la penumbra lunar que los envolvía, advirtió que sus labios se acercaban á otros labios rientes y arrogantes.

Una vez más pensó:

«Es necesario partir. No me ama ni jamás me amará. Lo único que ella quiere es el poder...»

Pero en seguida añadió con una débil sonrisa:

«¡Y que esto sea un engaño... que lo sea!»

Y el frío del insaciable y extraño beso de Arsinoé, le penetró hasta el corazón, como el frío de la muerte.

Parecióle que la misma Artemisia, en la transparencia lunar, hubiera descendido hasta él, y le besara engañosamente como un rayo fugitivo.

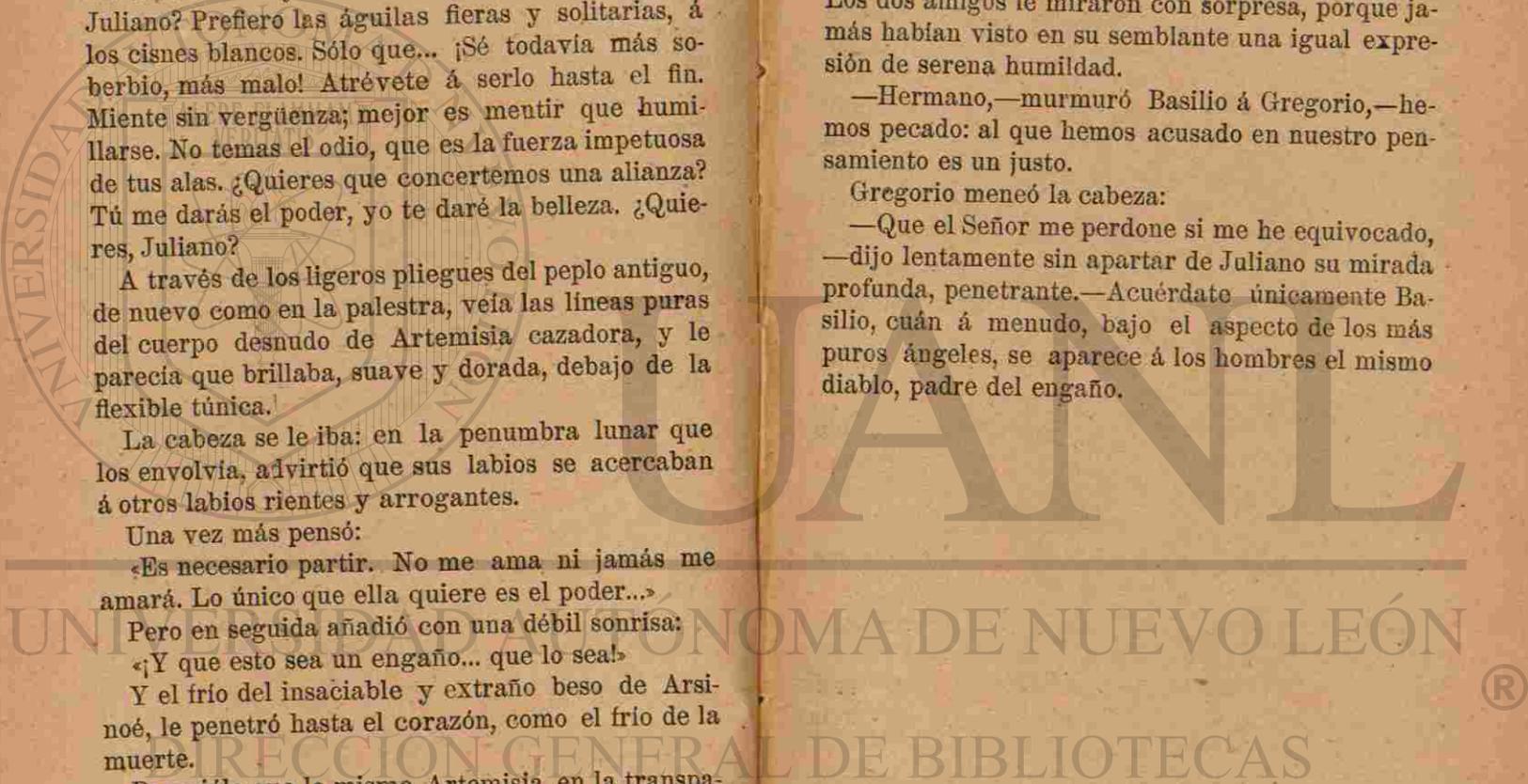
. . . . .  
. . . . .

Al día siguiente por la mañana, Basilio de Narianza y Gregorio de Cesárea encontraron á Juliano en una basilica de Atenas, rezando arrodillado. Los dos amigos le miraron con sorpresa, porque jamás habian visto en su semblante una igual expresión de serena humildad.

—Hermano,—murmuró Basilio á Gregorio,—hemos pecado: al que hemos acusado en nuestro pensamiento es un justo.

Gregorio meneó la cabeza:

—Que el Señor me perdone si me he equivocado,—dijo lentamente sin apartar de Juliano su mirada profunda, penetrante.—Acuérdate únicamente Basilio, cuán á menudo, bajo el aspecto de los más puros ángeles, se aparece á los hombres el mismo diablo, padre del engaño.





Sobre el soporte de una lámpara en forma de delfín, se hallaban colocadas tenacillas de peluquero. La llama parecía pálida; los rayos matutinales, caían verticalmente sobre las cortinas y llenaban la estancia de un subido matiz de violeta rojizo.

La seda de las cortinas estaba teñida de riquísima púrpura, la púrpura oxiblate jacinto de Tiro.

—¿Hipóstasis? ¿Qué es la divina hipóstasis de la Trinidad? Ningún sér humano puede concebirla. Durante toda la noche no he podido dormir pensando, y nada he podido encontrar más que un fuerte dolor de cabeza... Niño, dame la tohalla y el jabón...

Así hablaba un personaje de aspecto importante tocado con una mitra, que le asemejaba á un soberano sacrificador ó á un señor asiático, y no era otro que el gran barbero y peluquero de la sagrada persona del emperador Constancio.

La navaja en sus hábiles manos, volaba con una

gracia y una ligereza incomparables. En el ejercicio de sus funciones parecía el barbero cumplir una ceremonia misteriosa y sagrada. De entre todos, dejando á un lado á Eusebio, el gran chambelán de los departamentos privados del señor Augusto, era el más pudiente personaje del imperio; además de los innumerables *cubicularios* con los diferentes vasos, esencias para fricciones, tohallas, tenía dos adolescentes encargados de los abanicos.

Durante la ceremonia del afeitado, abanicaban al emperador con sus finos abanicos figurando serafines alados, hechos á modelo de los *rypidos*, con los cuales, los diaconos espantan las moscas del Santo Sacramento durante la función litúrgica. Apenas había acabado el barbero de afeitar la mejilla derecha, jabonado convenientemente con la espuma de esencias árabes, llamada *Espuma de Afrodita*, y comenzaba la izquierda, cuando inclinado al oído del emperador murmuraba de modo que nadie le pudiese oír:

—¡Oh, señor, bien amado de Dios, tu espíritu universal puede únicamente resolver lo que es la hipóstasis del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! No oigas á los obispos. Resuélvelo como gustes, y no como ellos gusten. Debías mandar al suplicio á Atanasio, patriarca de Alejandría, como desobediente, blasfemo y rebelado. Dios creador, enseñará á Tu Santidad cómo y en qué deben creer tus súbditos. Según yo opino, los arrianos afirman con razón que hubo un tiempo en que «el Hijo» no existía. Por lo tanto la consubstancialidad...

Pero en aquel momento Constancio miróse en el enorme espejo de plata pulimentada, y pasando la

mano por la parte recién afeitada, interrumpió al barbero:

—¡Me parece que esto no está bien liso! ¡Hem! Dame otra pasada... ¿Qué me estabas diciendo de la consubstancialidad?

El barbero que había recibido un talento de oro de los obispos Ursacio y Valentín para preparar al emperador á la nueva profesión de fe, murmuró, insinuándose al oído de Constancio, y moviendo la navaja con una dulzura infinita por aquella garganta que parecía acariciar. Pero en aquel momento se aproximó al emperador el jefe de los silenciosos, Pablo, conocido por Cadena.

Le llamaban así, porque con sus perfidias envolvía á la víctima escogida con anillos indisolubles. Su rostro afeminado era imberbe y lindo, y si se le juzgaba por las apariencias, se le habría supuesto una modestia angelical.

Tenía los ojos negros de una expresión extremadamente lánguida; caminaba sin ruidos y sus movimientos tenían no sé qué gracia felina. Sobre su traje llevaba un ancho lazo azul oscuro, signo particular de los favores del emperador.

Pablo Cadena, con un gesto particular lleno de autoridad, alejó al barbero y murmuró al oído de Constancio:

—Una carta de Juliano que yo he interceptado esta noche. Dignate leerla.

Constancio, arrancó con viveza la carta de manos de Pablo, la abrió y leyó:

—Tonterías,—murmuró.—Ensayos de retórica. Envía como regalo á un sofista cien bayas vinosas

y escribe un elogio de los frutos y del número ciento...

—Es un engaño,—observó Cadena.

—¿De veras?—preguntó Constancio.—¿Hay pruebas?

—Ninguna.

—Entonces ó él es muy listo, ó...

—¿Qué quiere decir Tu Eternidad?

—O es inocente.

—Como gustes,—balbuceó Pablo.

—¿Como guste? Quiero ser justo, justo simplemente; ¿no lo sabes tú? Me hacen falta pruebas...

—Espera, que ya las encontraremos.

Otro individuo se aproximó; un joven persa llamado Mercurio panetero de la corte, casi un adolescente. Se le tenía no menos que á Pablo Cadena, y en broma, se le llamaba «el dignatario de los ensueños.» Si el sueño profético podía tener un sentido desfavorable para la persona del emperador, Mercurio escuchaba y se apresuraba á hacer su relación. Muchas víctimas habían pagado con sus bienes y su carrera la imprudencia de ver lo que jamás debieran haber visto. De haberlo sabido los sutiles cortesanos, habrían asegurado que padecían de insomnio, y envidiarían á los legendarios habitantes de la Atlántida, que duermen, según Platón, sin soñar jamás.

El persa alejó á los dos eunuocos etíopes, que ataban los cordones de los zapatos verdes bordados de oro del emperador. Besó los pies al soberano, y quedó en actitud acariciadora, mirándole fijamente á los ojos como él perro que aguarda la orden de su dueño.

—Que Tu Eternidad me perdone,—murmuró el pequeño Mercurio,—pero no puedo menos que apresurarme á verte. Gaudencio ha tenido un mal sueño. Le has aparecido con una clámide desgarrada y coronado de espigas vacías...

—¿Qué quiere decir eso?

—Las espigas vacías son presagio de hambre y la púrpura desgarrada... No me atrevo...

—¿Enfermedad?

—Peor aún, quizás. La esposa de Gaudencio me ha confesado que éste había consultado á los augures: ¡Dios sabe lo que le habrán dicho!

—Bueno, volveremos á hablar de esto. Ven esta noche.

—No, ha de ser en seguida... Permíteme una simple pregunta... Sin pasión... Se trata también de manteles...

—¿Qué manteles?

—¿Lo has olvidado? En un festín, en Aquitania, la mesa estaba cubierta con dos manteles con bordados de púrpura, tan anchos, que formaban la clámide imperial.

—¿Más anchos de dos dedos? Yo había autorizado dos dedos...

—¡Ah! Bastante más; una clámide imperial... ¿Se puede autorizar semejante sacrilegio?

Mercurio no acababa de hacer sus relaciones.

—En Delfos, ha nacido un monstruo con cuatro orejas, cuatro ojos, dos narices, cubierto enteramente de pelo... Los augures dicen que es un mal presagio... que el Santo Imperio será dividido...

—Ya lo veremos. Escribemelo todo en orden y preséntamelo.

Acabó el emperador su tocado de mañana. Consultó una vez más á su espejo, y con unas pinzas finas tomó una gota de pomada roja de un cofrecillo de filigrana de plata, semejante á un relicario rematado con una crucecita.

Constancio era devoto. La cruz en esmalte y el monograma de Cristo ornaban en su casa los menores objetos. Para su uso preparaban pomadas muy raras y muy caras, llamadas *purpurissima*, fabricadas con la espuma rosada, recogida de las cáscaras de púrpura en ebullición. Cuidadosamente Constancio, extendía una ligera capa sobre sus mejillas secas y morenas. De la cámara llamada *Porfiria*, en la que en un armario pentagonal se conservaban los vestidos reales, los eunucos le trajeron la dalmática imperial, cuajada de oro y pedrerías, con leones y dragones bordados sobre la púrpura amatista.

En la gran sala del palacio, debía celebrarse aquel día concilio arriano.

El emperador dirigióse allí por la galería construida de mármol.

Los guardias de palacio, los palaciegos, formaban en dos hileras, mudos como estatuas, con las espadas de catorce codos de largas, terciadas. Llevada por el oficial de las Larguezas oficiales (*Comes sacrarum Largitionum*), la bandera de tela de oro de Constantino, *Labarum*, rematado con el monograma de Cristo, producía un rumor especial, y brillaba. Los guardias mudos (*silentarii*) iban delante y con gestos imponían silencio á todos los que encontraban.

En la galería, el emperador se cruzó con la emperatriz Eusebia Aurelia. Era esta ya una mujer madura, de rostro pálido y fatigado, de rasgos finos y nobles. A veces una ironía perversa parecía iluminar sus ojos penetrantes. Con los brazos cruzados sobre el *omophorium*, cubierto de rubíes y zafiros tallados en forma de corazón, la emperatriz inclinó la cabeza pronunció el habitual saludo matinal:

—He venido á gozar de tu vista, esposo bien amado de Dios. ¿Cómo se ha dignado dormir Tu Santidad?

Después, obedeciendo á una indicación suya las damas de honor que la acompañaban se alejaron, y entonces murmuró dulcemente, con un tono más sincero y más sencillo:

—Juliano debe presentarse hoy á ti. Recíbelo cordialmente. No creas lo que te cuenten. Es un pobre é inocente muchacho. ¡Dios te recompensará si le concedes su gracia, señor!

—¿La sollicitas tú para él?

Los esposos cambiaron una rápida mirada.

—Se—dijo ella—que tú tienes confianza en mí siempre; que esta vez suceda lo mismo. Juliano es un esclavo fiel. No me niegues lo que te pido... Sé bueno para con él.

Y le premió con una de sus sonrisas que hasta entonces ejercían una influencia irresistible en el corazón del emperador.

Bajo el pórtico, separado de la gran sala por un tapiz detrás del cual el emperador gustaba enterarse de lo que pasaba durante los concilios, un monje, tonsurado en cruz, vestido con una túnica con

capuchón *colobia* de tela grosera, se aproximó á Constancio. Era Juliano.

—Saludo á mi bienhechor, el triunfante y glorioso emperador Augusto Constancio. ¡Qué Tu Santidad me perdone!

—Estamos muy contentos de verte, hijo mío.

El primo de Juliano acercó magnanimamente su mano á los labios de éste, y Juliano besó aquella mano que se había teñido con la sangre de su padre, de su hermano y de todos sus parientes.

Levantóse después, palido, con los ojos centelleantes fijos en su enemigo, apretando el mango de un puñal oculto entre los pliegues de su hábito. Los ojos grises del emperador brillaban de orgullo, y tan solo de vez en cuando se bajaban llenos de maliciosa prudencia. Era bastante más bajo de cuerpo que Juliano, ancho de espaldas, fuerte y sólido, de piernas encorvadas como los antiguos guerreros acostumbrados á las largas cabalgadas. Su piel morena tendida en las sienes relucía desagradablemente. Sus labios finos estaban severamente plegados como sucede en las gentes que aman sobre todo el orden y la exactitud. Semejante expresión es muy corriente en los viejos profesores de instrucción.

Todo aquello le parecía detestable á Juliano, y sentía que un furor bestial se iba apoderando de él. Sin fuerzas para pronunciar una palabra, bajó los ojos y respiró fatigosamente.

Constancio sonrió, pensando que el joven monje no había podido sostener su imperiosa mirada, habiéndole turbado la sobrehumana majestad del emperador romano.

Dijo lleno de presunción é indulgencia:

—¡Nada temas! Ve en paz. Nuestra bondad no te causará ningún mal, y en lo sucesivo prodigaré al huérfano sus mercedes.

Juliano penetró en la sala del concilio, y el emperador oculto detrás del tapiz, aguzó el oído, y con cierta sonrisa irónica en los labios escuchó.

Reconoció en seguida la voz del principal dignatario de la posta imperial, Gaudencio, aquel que había tenido un mal sueño.

—Un concilio sigue al otro—lamentábase Gaudencio.—Tan pronto en Esmirna, como en Sardes, ó en Antioquia, en Constantinopla. Se eternizan las discusiones sin llegar á entenderse nunca; pero es preciso que se tenga lástima de los caballos de la posta. De diez caballos, en un momento dado, á penas se encontrará uno que no haya sido ocupado por los obispos. Cinco concilios más y las pobres bestias no servirán para otra cosa que para el muladar, y más de un carro no tendrá ruedas... Y á pesar de todo eso, ya veréis como tampoco se ponen de acuerdo los obispos en la cuestión!

—¿Por qué pues, Gaudencio, no presentas al emperador una relación sobre ese punto?

—Tengo miedo de que no se me crea y se me acuse de impiedad, de falta de respeto por las cosas de la Iglesia.

En la enorme sala rematada por una cúpula sostenida por dos columnas de mármol frigio, hacía un calor horrible. Los rayos oblicuos del sol penetraban por las vidrieras. El rumor de las voces recordaba el zumbido de una colmena de abejas. En un punto elevado estaba preparado el trono impe-

rial, *sella aurea*, sostenido por pies de león tallados en marfil, y cruzados como las sillas curules de los cónsules romanos.

Cerca del trono el gran sacerdote Pafnustio, con el rostro encarnado por la discusión, decía:

—Yo, guardaré en mi pensamiento lo que me han enseñado mis padres. Según el símbolo de nuestro santo padre Atanasio, patriarca de Alejandría, se debe adorar á un solo Dios en la Trinidad, y á la Trinidad en un solo Dios. El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios, y sin embargo no forman mas que un único Dios.

Y como si deshiciese á un enemigo invisible, golpeó con su enorme puño derecho sobre su mano izquierda y dirigió una mirada victoriosa á toda la concurrencia.

—Esta es la tradición que he recibido de mis padres, y así la conservaré.

—¿Qué es? ¿Qué dice?—preguntó Ozio, viejo centenario, contemporáneo del concilio de Nicea.—¿Dónde está mi trompetilla?

Una inquietante perplejidad se leía en su rostro. Estaba sordo, casi ciego. El diacono que le acompañaba aproximó á su oído la trompetilla acústica.

Un monje, flaco y pálido aproximóse á Pafnuccio:

—Padre Pafnuccio—dijo gritando para dominar las voces.—¿Qué es eso? ¡Por una sola palabra! ¿No es lo mismo?

Comenzó á relatar el monje las cosas espantosas que había visto en Alejandría y en Constantino-  
pla.

—«Los arrianos á los que no quieren recibir el Santo Sacramento en las iglesias heréticas, les abren la boca con unas tenazas de madera, y les introducen á la fuerza el Santo Sacramento. Se somete á los niños al martirio. Queman y aplastan los pechos de las mujeres. En la iglesia de los Santos Apóstoles, se había entablado una lucha tan horrible entre arrianos y ortodoxos, que la sangre había llenado la cisterna, y por los peldaños de la gradera había bajado hasta la plaza. En Alejandría, el gobernador Sebastián, hizo apalear á unas vírgenes con ramas de palmera llenas de espinas, con tal rigor que muchas de ellas habían muerto, y sus cuerpos permanecían insepultos delante de las puertas de la ciudad. ¡Todo eso por una letra, por una jota!

—¡Padre Pafnuccio—insistía el monje pálido—por una jota! La Santa Escritura, no contiene siquiera la palabra *substancial*. ¿Por qué hemos pues de atormentarnos los unos á los otros? ¡Pensad, padre; es horrible!

—¿Entonces—interrumpió el gran sacerdote impaciente—es preciso reconciliarse con esos perros impíos, que arrojan de su corazón herético la idea de que hubo un momento en que el Hijo de Dios no existía?

—¡Un solo pastor, un solo rebaño!—repetía el monje.—Hagámosles una concesión.

Pero Pafnuccio no quería oír nada y gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Que los enemigos de Dios se callen!... Jamás

cederé. ¡Anatema contra la heregia arriana! Así he recibido la fe de mis padres, y así la conservaré.

Ozio, el centenario, movía la cabeza en señal de aprobación. En otro lado dos archidiaconos hablaban entre ellos.

—Estás muy tranquilo, padre Dorofeo. ¿No entras en la discusión?

—Estoy acatarrado, padre Flavio. Me he quedado afónico, á fuerza de anatematizar á los sectarios.

En otro grupo gesticulaba el diácono de Antíocos, Aecio, discípulo ferviente y atrevido de Arriano, y considerado como ateo, por la enseñanza temeraria y burlona que hacía de la Santísima Trinidad. Su rostro era alegre é irónico. Su vida era notable por lo accidentada. Esclavo, primero, se había ido transformando poco á poco en calderero, en albañil, retórico, doctor discípulo de los filósofos de Alejandría, y ultimamente, en diácono.

—Dios Padre, es por la substancia extraño á su hijo—proclamaba Aecio sonriente y deleitándose con el espanto de sus oyentes.—Existe la Trinidad, según la hipóstasis, diferenciada por la gloria. Dios es indefinible para el Hijo, porque no se ha dicho que El es por sí mismo. El Hijo mismo, no conoce su substancia, pues es imposible para el que ha tenido un principio imaginar lo que es Eterno.

—¡No blasfemes!—exclamó un obispo indignado.—¿Hasta donde llegará, hermanos míos, la impudencia satánica de los herejes?

—No arrastres en el error con tus discursos á los sencillos de espíritu—añadió otro.

—Probádmelo con deducciones filosóficas, y vendré. Pero los gritos y las injurias solo prueban la impotencia,—replicó Aecio tranquilamente.

—Está dicho en las Escrituras...

—¡Qué me importa!... Dios ha dado la inteligencia á los hombres para comprenderle. Yo creo en la dialecta y no en los textos. Razonad conmigo apoyándoos en los silogismos y en las categorías de Aristóteles.....

Y con una sonrisa despreciativa, cubrióse con su sobre-pelliz, como Diogenes en su capa cínica.

Algunos obispos comenzaban á unirse un una profesión de fe universal, haciéndose mutuas concesiones, cuando se mezcló entre ellos el arriano Narciso de Neroniade, profundo conocedor de todos los estatutos de los concilios, símbolos y cánones, hombre poco querido, sobre el cual pesaban acusaciones de adulterio y de usura, pero admirado de todos por su erudición teológica.

—Es una heregia,—declaró en redondo.

—¿Cómo una heregia? ¿Por qué?—preguntaron muchas voces.

—Las sesiones de Paflogonia,—repitieron los obispos desesperados.—¡Ya no pensamos en eso! ¿Qué hacer?

—Qué Dios tenga piedad de nosotros, pobres pecadores,—murmuraba el buen obispo Ozio.—Ya no comprendo nada..... No se desenredarme... la cabeza me gira, los oídos me duelen de oír palabras griegas. Camino por una niebla, y ya no se en lo que creo ni en lo que no creo, donde está la heregia y donde no la hay..... ¡Jesús ayudanos!..... Perecemos en las acechanzas diabólicas,

En aquel momento el ruido y los gritos cesaron; el obispo Ursacio de Singidion, uno de los favoritos del emperador subió á la tribuna. Llevaba en la mano un largo trozo de pergamino. Dos silenciarios, habiendo cortado en forma sus plumas, se dispusieron á tomar nota de los debates del concilio. Ursacio leía el mensaje del emperador á los obispos:

«Constancio, vencedor, triunfador, glorioso y eterno augusto, á todos los obispos reunidos en este concilio...

El emperador exigía la condenación de Atanasio, patriarca de Alejandria, al cual calificaba *del más inútil de los hombres, traidor, cómplice del audaz y abominable Maxensio*.

Los cortesanos Valent, Eusebio, Axensio, se apresuraron á firmar el mensaje; pero un murmullo se elevó.

—Todo eso es un plan apañado, una acechanza de los arrianos. No dejaremos ofender á nuestro patriarca.

—El emperador se hace llamar *eterno*... Nadie es eterno escepto Dios. Es burlarse de las cosas santas.

Constancio que se hallaba detras de la cortina oyó perfectamente las últimas palabras. Separando bruscamente la tela, penetró, sin que nadie le aguardase, en la sala. Los guardias, armados de lanzas, le rodearon. Su rostro expresaba la cólera. Un silencio profundo se hizo.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?—preguntó el ciego Ozio, perplejo é inquieto.

—Padres,—comenzó diciendo el emperador, conteniendo su cólera,—permitidme á mi, servidor del

Muy Alto, conducir, bajo su Providencia, mi celo á buen fin. Atanasio es un rebelde, el primer violador de la paz encumenica...

De nuevo se elevó un murmullo. Constancio calló y dirigió una mirada llena de sorpresa á los obispos. Una voz se dejó oír.

—Anatema sobre la abominable heregia arriana.

—La fe contra la cual os rebelais,—replicó el emperador,—es la mía. Si es herética, ¿por qué Dios Todo Poderoso, nos ha dado la victoria contra nuestros enemigos, Constante, Vetranión, Galo, el abominable Maxensio? ¿Por qué Dios mismo ha colocado en nuestras manos sagradas, el poder del mundo?

Los obispos callaban. Entonces el cortesano Valent, obispo de Mourza, se inclinó con una humildad servil.

—Dios revelará la verdad á Tú sabiduría, Señor, bien amado de Dios. Lo que tú creas no puede ser una herejia. ¿Cirilo de Jerusalén, no ha visto en el cielo sobre el arco iris una cruz el día de tu victoria sobre Maxencio?.....

—¡Así lo quiero!—interrumpió Constancio levantándose de su trono.—Atanasio será condenado por el poder que Dios me ha conferido. Rogad para que cesen de una vez todos esos conflictos y todas esas controversias, y sea abolida la asesina heregia de los sabeos, partidarios de Atanasio, que brille en todos los corazones la verdad...

De repente el emperador se puso lívido, las palabras espiraron en sus lábios.

—¿Cómo? ¿Cómo lo han dejado entrar?

Señalaba á un anciano alto, de rostro severo y majestuoso. Era el obispo Hilarion de Pietkavie,

desterrado y condenado por su fe, uno de los mayores enemigos del emperador arriano. Había ido al concilio sin ser convocado, pensando quizás encontrar la muerte del mártir. Elevó el anciano las manos al cielo, como para llamar la maldición sobre la cabeza del emperador, y su voz recia vibró en el silencio:

—Hermanos, ved venir al Cristo, porque el Anticristo ha vencido ya. El Anticristo es Constancio. No os azota pero os da comida; no os encarcela, pero os llama á su palacio..... Emperador, escucha; te digo lo que le hubiese dicho á Neron, á Decio, Maximiano, los perseguidores de la Iglesia, Tú no eres el asesino de los hombres, si no del mismo Amor Divino. Neron, Decio, Maximiano, han servido mejor al Dios de la verdad que tú... En su reinado nosotros vencimos al diablo, la sangre de los mártires corrió purificando la tierra, y los huesos de los muertos producían milagros. Mientras que tú, cruel entre los crueles, matas y no nos das la gloria de la muerte..... ¡Señor, envíanos un verdadero tirano semejante á Neron y que la bienhechora arma de Tú cólera resucite á la Iglesia deshonrada por los besos de Judas Constancio.

El emperador se levantó de un salto.

—¡Cogedle á él y á los rebeldes!—balbuceó ahogado en cólera, designando á Hilarion.

Los guardias se echaron sobre los obispos. Una indescriptible confusión se produjo. Las espadas brillaron.

Los soldados romanos arrancaron el *omoforium*, la estola y la casulla de Hilarion y arrastraron al anciano.

Muchos se precipitaron en grupos hacia las puertas de la salida; cayeron, se pisotearon los unos á los otros.

Uno de los escribanos saltó al quicio de una ventana, pero un soldado cogióse á sus largos hábitos y no le abandonó.

La mesa y los tinteros fueron volcados; la tinta roja se vertió por el suelo de jaspe azul; algunos exclamaron al ver la marca purpurea:

—¡Sangre!... ¡sangre!... ¡sangre!...

Otros chillaban:

—Muerte á los enemigos del muy piadoso Augusto.

Pafnucio, con voz tonante, insistía, mientras los guardias lo llevaban:

—¡Reconozco el concilio de Nicea! Anatema sobre la herejía arriana!

Otros gritaban:

—Calláos, enemigos de Dios..... ¡Anatema! El concilio de Nicea..... Las sesiones de Sardes... Las sesiones de Paflagonia.

El ciego Ozio, permanecía sentado, inmóvil, olvidado de todos, en su sillón episcopal, y murmuraba sumisamente:

—¡Jesucristo, hijo de Dios, ten piedad de nosotros! ¿Qué es eso hermanos? ¿Qué es eso?...

Pero en vano tendía sus débiles manos hacia los amigos; nadie le veía, ni le oía, y las lágrimas corrían á través de sus arrugas centenarias.

Juliano observaba, con una sonrisa despreciativa en los labios, y triunfaba silenciosamente.

Aquel mismo día, al anochecer, en la calma del desierto, dos monjes de Mesopotamia, enviados por los obispos sirios al concilio, caminaban. Con fatiga habían escapado á los guardias de palacio, y dichosos ahora, se dirigían hacia Rávena, para embarcarse lo más pronto posible en el barco que debía conducirles al desierto.

La fatiga y la tristeza se leía en sus semblantes. Efraín, uno de los dos, era un anciano; el otro Pimeno, adolescente.

Efraín, dijo á Pimeno:

— Ya es hora de volver al desierto, hermano. Es mejor oír los aullidos del chacal y del león que lo que hemos oído en el palacio imperial. Dichosos los que se esconden en el desierto, donde no llegan las discusiones de los Maestros de la Iglesia. Dichosos los que han comprendido la inutilidad de las palabras; dichosos aquellos que no discuten.

Dichoso aquel que no trata de comprender los misterios de Dios, pero canta en tu faz, Señor, como un harpa. Dichoso aquel que ha comprendido cuan difícil es saberte, y cuan dulce amarte, Señor.

Efraín calló, y Pimeno murmuró: «Amen».

El gran silencio de la noche los envolvió, y valerosamente, sirviéndoles de guías las estrellas, los frailes se dirigieron hacia Oriente, alegres por la tranquilidad imponente del desierto.

XVI

Una mañana esplendorosa, en la ciudad de Mediolan, acudía una multitud inmensa de todas las calles á la plaza pública.

Las aclamaciones resonaban y en el carro triunfal, tirado por veinte caballos blancos como cisnes, aparecía el Emperador. Se encontraba tan alto que los que querían verle tenían que levantar la cabeza. Sus vestidos cubiertos de piedras preciosas, tomaban reflejos deslumbrantes por la acción de los rayos del sol. En la mano derecha llevaba el cetro y en la izquierda el globo imperial rematado con una cruz.

Inmóvil como una estatua, exageradamente untado de pomadas, miraba delante de sí, sin volver la cabeza, como si hubiese estado preso dentro de un ataúd. Durante todo el trayecto, apesar del traqueteo constante del carro, el Emperador no hizo ningún movimiento, ni meneó un dedo, ni tosió y ni siquiera cerró sus grandes ojos abiertos.

Aquel mismo día, al anochecer, en la calma del desierto, dos monjes de Mesopotamia, enviados por los obispos sirios al concilio, caminaban. Con fatiga habían escapado á los guardias de palacio, y dichosos ahora, se dirigían hacia Rávena, para embarcarse lo más pronto posible en el barco que debía conducirles al desierto.

La fatiga y la tristeza se leía en sus semblantes. Efraín, uno de los dos, era un anciano; el otro Pimeno, adolescente.

Efraín, dijo á Pimeno:

— Ya es hora de volver al desierto, hermano. Es mejor oír los aullidos del chacal y del león que lo que hemos oído en el palacio imperial. Dichosos los que se esconden en el desierto, donde no llegan las discusiones de los Maestros de la Iglesia. Dichosos los que han comprendido la inutilidad de las palabras; dichosos aquellos que no discuten.

Dichoso aquel que no trata de comprender los misterios de Dios, pero canta en tu faz, Señor, como un harpa. Dichoso aquel que ha comprendido cuan difícil es saberte, y cuan dulce amarte, Señor.

Efraín calló, y Pimeno murmuró: «Amen».

El gran silencio de la noche los envolvió, y valerosamente, sirviéndoles de guías las estrellas, los frailes se dirigieron hacia Oriente, alegres por la tranquilidad imponente del desierto.

XVI

Una mañana esplendorosa, en la ciudad de Mediolan, acudía una multitud inmensa de todas las calles á la plaza pública.

Las aclamaciones resonaban y en el carro triunfal, tirado por veinte caballos blancos como cisnes, aparecía el Emperador. Se encontraba tan alto que los que querían verle tenían que levantar la cabeza. Sus vestidos cubiertos de piedras preciosas, tomaban reflejos deslumbrantes por la acción de los rayos del sol. En la mano derecha llevaba el cetro y en la izquierda el globo imperial rematado con una cruz.

Inmóvil como una estatua, exageradamente untado de pomadas, miraba delante de sí, sin volver la cabeza, como si hubiese estado preso dentro de un ataúd. Durante todo el trayecto, apesar del traqueteo constante del carro, el Emperador no hizo ningún movimiento, ni meneó un dedo, ni tosió y ni siquiera cerró sus grandes ojos abiertos.

Constancio había adquirido esta inmovilidad merced á muchos años de esfuerzo, y la consideraba como un atributo indispensable de la etiqueta imperial. En tales instantes hubiera preferido ir al suplicio antes que enjugar el sudor que corría por su frente, estornudar ó toser.

De pequeña estatura y con las piernas torcidas, imaginaba ser un gigante. Cuando el carro penetró por debajo del Arco de Triunfo, no lejos de las termas de Maximiliano Hércules, el Emperador bajó la cabeza como si hubiese temido tropezar, cuando hubiese podido pasar libremente un cílope.

A los dos lados de la comitiva iban los paladines con cascos y corazas de oro, y dos filas de guardias de honor que parecían dos líneas de fuego.

Alrededor del carro imperial se extendían largos estandartes en forma de dragones. El manto de púrpura henchido por el viento, penetraba en las gargantas abiertas de los mónstruos dando un sonido parecido á los silbidos furiosos de las serpientes, y las largas colas purpuradas de los dragones se agitaban en el espacio.

En la plaza estaban reunidas todas las legiones pertenecientes á Mediolan.

Una aclamación inmensa acogió al Emperador.

Constancio estaba satisfecho; la ovación no había sido ni muy fuerte ni muy débil, combinada de antemano con la más severa exactitud. Se enseñaba á los soldados y á los ciudadanos á esputar su entusiasmo moderada y respetuosamente.

El Emperador comunicando á cada uno de sus

pasos y movimientos una enfática y pedante solemnidad, descendió de su carro y subió á la tribuna elevada sobre la plaza y enteramente adornada de victoriosos trofeos, de estandartes y de aguilas metálicas.

Nuevamente sonaron las trompas, señal guerrera dada para expresar que el jefe deseaba hablar al ejército, y reinó el silencio en la plaza.

—*Optimi reipublicae defensores!*—empezó diciendo Constancio. (¡Admirables defensores de la República!)

Su discurso era enfático y lleno de escolásticas figuras de retórica.

Juliano, vestido de gran gala, dirigió sus pasos hacia la tribuna y el fracticida revistió al último descendiente de Constancio la púrpura sagrada de los Césares.

A través de la seda se filtraron ligeramente los rayos del sol, en el momento en que el Emperador alzaba la púrpura para investir á Juliano que estaba arrodillado. El reflejo sanguíneo dió en el rostro lívido del nuevo César, que murmuró mentalmente los versos de la *Iliada*, profética:

*Los ojos cerrados por la muerte purpúrea y la poderosa Moira.*

Entre tanto Constancio lo recibía:

*Recepiste, primaevus, poriginis tuae splendidum floren amatissime mihi omnium frater.*

(Aún joven has recibido ya la floración de tu nacimiento real, el más amado de entre todos mis hermanos.)

Entonces por medio de todas las legiones corrió un grito entusiástico. Constancio se asombró ligeramente; este grito rebasaba la medida establecida por la etiqueta. Juliano había sido simpático á los soldados.

—¡Gloria y prosperidad á César Juliano!—gritaban lo más fuerte posible, sin querer callar.

El nuevo César daba las gracias á los legionarios con una amable sonrisa y cada uno de ellos hacía chocar su broquel contra la rodilla en señal de alegría.

A Juliano le parecía que no era la voluntad del Emperador, sino la de los dioses, quien le había elevado á aquella eminencia.

Todas las noches Constancio tenía la costumbre de dedicar un cuarto de hora á la limpieza de sus uñas. Esta era la única menudencia que se permitía, pues era más bien grosero que afeminado en sus costumbres.

Cortando sus uñas con pequeñas limas, las limpiaba después con diminutos cepillos; aquella noche estaba alegre y llamó á su eunuco favorito el gran chambelan Eusebio:

—¿Crees tú que Juliano vencerá pronto á los galos?

—Yo creo,—respondió Eusebio,—que muy pronto recibiremos la noticia de su derrota y muerte.

—¡Verdaderamente... esto me apena mucho!... Pero yo he hecho todo lo que ha dependido de mí... No podrá acusar á nadie más que á sí mismo...

Constancio sonrió y bajando la cabeza admiró sus uñas.

—Tú has vencido á Máximo,—murmuró el eunuco.—Tú has vencido á Vetrion, Constante, Galo. Tú vencerás á Juliano. Entonces no habrá más que un pastor, un rebaño!... ¡Dios y tú!

—Sí, sí. Pero además de Juliano está Atanasio. No estaré tranquilo hasta que vivo ó muerto caiga entre nuestras manos.

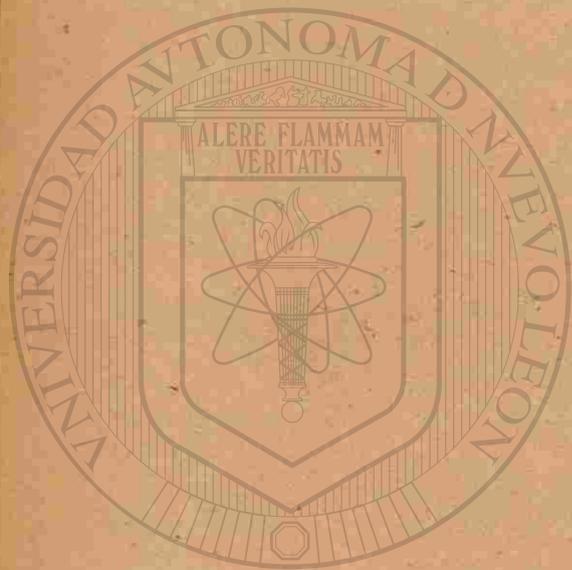
—Juliano es más terrible que Atanasio y tú lo has revestido hoy de la púrpura de la muerte. ¡Oh Sabiduría de la Providencia divina! por vías inescrutables derriba á todos los enemigos de tu Eternidad. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo ahora y en la noche de los siglos.

—Amén,—concluyó el emperador acabando de limpiar las uñas y tirando el último cepillo.

Se aproximó á la antigua bañera de Constantino se lavó, entró en su alcoba, se arrodilló, contemplando el monograma de Cristo, que brillaba á la luz de la lámpara inextinguible, y empezó su oración. Se dirigió á Dios con una fe imperturbable, como el que jamás duda de su virtud.

A los tres cuartos transcurridos y acabada la oración, Constancio se levantó, con el corazón aligerado. Los eunucos le vistieron y se estendió sobre el lecho imperial, sostenido por dos querubines de plata maciza con las alas extendidas.

Y el Emperador se durmió con la sonrisa en los labios, del mismo modo que se duermen los ángeles.



En Atenas, en una de las encrucijadas más frecuentadas estaba expuesta la estatua del Vencedor Octavio sosteniendo la cabeza de Bruto. Los Atenienses aclamaban, en la hija del Senador Prisco, la renovación del arte en sus más bellas épocas. Pero los dignatarios especiales encargados de vigilar las disposiciones políticas de los espíritus y más justamente apellidados los curiosos, dirigieron un discurso en el cual ellos declaraban que la estatua podía despertar en el pueblo los sentimientos liberales.

En la cabeza de Bruto, se encontraba un parecido con la de Juliano y en este parecido una alusión criminal al suplicio de Galo. Se esforzaba en descubrir en Octavio las relaciones con el emperador Constancio. El negocio tomó las proporciones de

un crimen de lesa majestad, y estuvo á punto de caer en manos de Pablo Cadena.

Por dicha, la cancillería imperial, envió la orden severa del magistrado oficiante, no tan solamente de hacer desaparecer la estatua de la encrucijada, sino también de romperla en presencia de los dignatarios imperiales.

Arsinoé quiso esconder la estatua pero Hortensio amenazó á su pupila de enviarla él mismo á los denunciadores.

Preso de un profundo disgusto por la bajeza humana, Arsincé permitió hacer de su obra lo que quisiera Hortensio. Dos albañiles rompieron la estatua.

Arsinoé abandonó precipitadamente á Atenas, pues su tutor la había convencido de que le siguiese á Roma donde sus amigos le habían prometido, desde hacía mucho tiempo, la ventajosa colocación de cuestor imperial, instalándose cerca del monte palatino.

Los días trancurrían en la inacción, y Arsinoé había comprendido que no quedaba lugar para el arte antiguo, grande y libre. Ella se acordaba de su conversación con Juliano en Atenas y este era el único lazo que la unía á la vida. Esperar en la inacción le parecía insoportable. En los momentos de descorazonamiento quería acabar con todo, abandonarlo todo y partir con los galos, en busca del joven César y con él alcanzar el poder.

Pero cayó gravemente enferma. En los largos y tranquilos días de convalecencia, encontró su más fiel admirador, Anatolio, centurión de los escuderos imperiales hijo de un rico mercader de Rhodes.

Era Centurión romano como se decía él mismo. No había abrazado la carrera militar más que para satisfacer la vanidosa fantasía de su padre que consideraba como el colmo del honor el ir vestido de uniforme. Se había librado de la disciplina por su largueza. Y pasaba la vida en una lujosa inacción, en medio de obras de arte y de libros, en los festines y en largos y dispendiosos viajes. No poseía el alma tan limpia como los ancianos epicureos. Se quejaba á sus amigos:

—Sufro una enfermedad mortal.

—¿Cuál?—preguntaban con desconfianza.

—Aquella que vosotros denomináis mi espíritu irónico y que yo creo una estraña y triste locura.

Sus facciones demasiado finas, afeminadas, expresaban una extrema fatiga. Algunas veces hacía con los pescadores, durante el temporal, un inútil paseo en plena mar, ó bien se iba á cazar osos ó jabalíes, imaginando un complot contra la vida del César, investigando la iniciación de los Supremos misterios de Mithra y Adonis; en tales momentos se encontraba capaz de sorprender por su bravura y temeridad, aun á las personas que ignoraban su género ordinario de vida.

Pero evaporada la excitación volvía á su desdoblamiento, aun más disipado y dormido, más burión y más triste.

—No se puede reir de todo, Anatolio,—le decía Arsinoé.—Tú eres tan tierno que se te creería desprovisto de huesos.

Pero ella encontraba una gracia helénica en este último epicureo. Le gustaba leer en sus ojos fa-

tigados aquella tristeza burlona de todo y de sí misma cuando él decía:

—El sabio sabe encontrar la parte de alegría en sus más tristes pensamientos, como las abejas del monte Himeto encuentran su mejor miel en sus plantas más amargas.

Estas conversaciones calmaban y consolaban á Arsinoé, que llamaba en broma á Anatolio *mi médico*.

Curaba en efecto pero no volvía á su estudio, la vista de los bloques de mármol la llenaba de penosos pensamientos.

De cuando en cuando Hortensio organizaba para el pueblo, en honor de su llegada á Roma, maravillosos juegos en el anfiteatro de Flavio. Continuamente estaba lleno de preocupaciones y recibía de las diferentes partes del mundo caballos, leones, osos, perros, cocodrilos, que le remitían cazadores intrépidos, diestros escuderos, comediantes y gladiadores.

La fecha de la representación se aproximaba y los leones no llegaban de Tarento, donde debían haber desembarcado. Los osos estaban flacos hambrientos y tímidos como los ciervos.

Hortensio lleno de inquietud ni siquiera podía dormir.

Dos días antes de las fiestas los gladiadores, presos entonces, hombres fieros é intrépidos, por los cuales había pagado una suma enorme, se quejaban en la prisión, considerando como un deshonor el servir de distracción al pueblo romano.

Esta noticia inesperada hacía perder la razón á Hortensio. Pero á pesar de todo, su atención se con-

centraba en los cocodrilos que excitaban la curiosidad del populacho.

—¿Has ensayado darles carne fresca de puerco? —preguntaba un senador al esclavo que estaba encargado del servicio de las preciosas bestias.

—No la quieren comer.

—¿Y la carne de vaca?

—Tampoco la comen.

—¿Y pan de trigo?

—No, ni siquiera lo miran y se duermen. Deben estar enfermos y fatigados. Nosotros mismos les hemos abierto las mandíbulas y forzosamente les hemos hecho comer, pero se oponen.

—¡Oh, por Júpiter! estas bestias me van á hacer morir. ¡O me han de hacer quedar bien en la arena ó perecerán!—gimió Hortensio dejándose caer sobre un diván.

Arsinoé le contemplaba con envidia; al menos no se fastidiaba.

Pasó á una habitación aislada cuyas ventanas daban al jardín. Allí en una calma verdaderamente deliciosa, la joven hermana Mirra, de diez y seis años de edad, hacía vibrar dulcemente las cuerdas de un arpa.

Arsinoé abrazó á Mirra, que le respondió con una sonrisa sin interrumpir su ocupación.

Un estridente silbido resonó detrás del muro del jardín.

—¡Es él!—dijo Mirra levantándose y apretando fuertemente la mano de su hermana.

Las dos jóvenes echaron sobre sus espaldas un manto y salieron al jardín.

Arsinoé abrió una puerta practicable en el cercado. Les esperaba un joven.

—¿No hemos tardado mucho? Creíamos que no venías.

Se fueron á paso largo atravesando las viñas y salieron por fin á las cercanías de Roma.

A lo lejos se divisaba el acueducto de ladrillo del tiempo de Servio Tulio.

Juventino se volvió y dijo:

—Creo que alguien nos sigue.

Las dos jóvenes miraron á su alrededor y gracias á un rayo de luna que los envolvía vieron á un individuo que las seguía gritando alegremente:

—¡Arsinoé! ¡Mirra!... Al fin os encuentro. ¿A dónde vais así?

—A ver á los cristianos—respondió Arsinoé.— Ven con nosotros, Anatolio; verás cosas curiosas...

—¿Qué oigo? ¿A ver á los cristianos? Tú has sido siempre su enemiga—dijo el centurión con extrañeza.

—Con los años, amigo mío, se hace uno mejor y más indiferente á todo. Es una superstición, ni mejor ni peor que las otras. Y además, ¿qué no hace uno cuando se fastidia?... Voy á verlos por Mirra. A ella le gusta...

—¿Dónde está la iglesia? Estamos en la llanura—murmuró Anatolio.

—Las iglesias son destruidas ó profanadas por sus correligionarios los arrianos, que creen en el Cristo de modo distinto que ellos. Has debido oír en la corte discusiones... Ahora, los adversarios de los arrianos ruegan secretamente en los subterráneos como en tiempo de las primeras persecuciones.

Mirra y Juventino se habían quedado un poco atrás; Arsinoé y Anatolio podían hablar libremente.

—¿Quién es?—preguntó el centurión indicando á Juventino.

—El último vástago de la antigua familia patricia de los Furios—respondió Arsinoé.—La madre quiere hacerle cónsul, y él sólo piensa en huir á alguna tebaida para orar á Dios. Quiere á su madre y se oculta de ella como de un enemigo.

—¿Los descendientes de los Furios, monjes?... ¡Triste siglo!—suspiró el epicúreo.

Se acercaron á los «arenarium», antiguas minas de toba y bajaron los escalones estrechos hasta el fondo del corredor. La luna iluminaba los bloques de tierra roja volcánica.

Juventino tomó de un nicho oscuro una lamparilla de barro y alumbró. La larga llama vaciló en el gollete estrecho en que se bañaba la mecha.

Se internaron en los corredores laterales del arenarium. Cavado por los antiguos romanos, era ancho, espacioso; descendía en declive bastante rápido y estaba cortado por numerosas galerías que servían á los trabajadores para el transporte de la toba. Juventino guiaba á su acompañamiento por el laberinto, y se detuvo, por último, delante de un pozo, cuya tapa de madera levantó. Descendieron con cuidado los escalones, resbaladizos á causa de la humedad.

En el fondo había una puerta estrecha. Juventino llamó. Abrióse la puerta y un monje canoso los introdujo en un corredor cavado en tierra dura. Los muros de ambos lados, desde el suelo hasta

el techo, estaban cubiertos de lápidas de mármol que servían para cerrar las tumbas.

A cada instante se cruzaban con ellos personas que llevaban lámparas. A su trémulo resplandor, Anatolio leyó con curiosidad en una de aquellas baldosas: «Dorothea, hija de Félix, reposa en estos lugares frescos, luminosos y tranquilos.» (*Requiescat in loco refrigerii, luminis, pacis.*) En otra: «Hermanos, no turbéis mi dulce sueño.»

El estilo de las inscripciones era tierno y radiante: «¡Sofronia querida, vive siempre en Dios!» (*Sophonía dulcis, semper vivis Deo!*) Y un poco más allá: *Sophonía vivis!* «Sofronia, vives.» Como si el que hubiera escrito aquellas palabras hubiera comprendido que la muerte no existía.

En ninguna parte se decía: «Está enterrado aquí», sino únicamente: «¡Está depositado aquí por algún tiempo!» (*depositus*). Parecía que millones de personas, generación tras generación, estaban acostados en aquel sitio, no muertos, sino dormidos, llenos de misteriosa esperanza.

En los nichos había colocadas lámparas, ardiendo con llama larga, inmóvil, en aquella atmósfera comprimida, y ánforas bonitas exhalando perfumes penetrantes. El olor de los huesos putrefactos que se escapaba á través de las grietas de los féretros era lo único que recordaba la muerte.

Los corredores en anfiteatro descendían cada vez más, teniendo de trecho en trecho, arriba, una ancha abertura del *luminarium* que daba al campo.

De vez en cuando un débil rayo de luna, filtrándose á través del *luminarium*, iluminaba una baldosa de mármol cubierta de inscripciones.

En la terminación de uno de aquellos corredores vieron á un sepulturero que, cantando alegremente, cavaba el suelo dando fuertes golpes con el pico. Alrededor del principal inspector de las tumbas, el «fossor», vestido con elegancia, de cara gorda y astuta, había varios cristianos. El *fossor* había recibido en herencia la libre disposición de una galería de las catacumbas, y tenía el derecho de ceder por dinero los sitios libres de su distrito, más apreciado porque poseía las reliquias de San Lorenzo. Aunque ya tenía una buena fortuna, el *fossor* en aquel instante regateaba con un rico y avaro curtidor. Arsinoé se detuvo para oír la conversación.

—¿Y mi tumba estará lejos de las reliquias?— preguntaba cen desconfianza el curtidor, pensando en la crecida suma exigida por el *fossor*.

—No; á diez codos.

—¿Arriba ó debajo?

—A la derecha, un poco oblicuamente. El sitio es excelente; no pido nada de más. Por cargado de pecados que estés, todo se te perdonará. Entrarás directamente en el reino de los cielos.

Con mano experta el *fossor* tomó las medidas para la sepultura, como un sastre toma las medidas para un traje. El curtidor insistía para que le dieran todo el espacio que fuera posible, á fin de que pudiera reposar con comodidad.

Una mujer anciana se aproximó al sepulturero.

—¿Qué quieres abuela?

—Traigo el dinero del suplemento...

—¿De qué suplemento?

—Para la tumba «derecha».

—¡Ah! sí... ¿no quieres esa que está oblicua?

—No; mis huesos viejos crujen de antemano.

En las catacumbas, sobre todo cerca de las reliquias, se hacía tanto caso de los sitios, que se habían visto obligados á arreglar tumbas oblicuas que se cedían á los pobres.

—¡Dios sabe cuanto tiempo habrá que esperar la resurrección!—decía la anciana.—Si tomara una tumba oblicua, podría pasar por el pronto; pero cuando me canse, no resultaría ya en manera alguna...

Anatolio escuchaba maravillado.

—Esto es bastante más curioso que los misterios de Mithra,—decía á Arsinoé con sonrisa burlona.—Es lástima que no lo haya sabido antes. ¡Todavía no había visto nunca un cementerio tan alegre!

Penetraron en una pieza bastante ancha, llamada la *cubicula* soporífera. Multitud de lámparas brillaban en los muros; el sacerdote efectuaba el oficio de la noche. La baldosa superior de la tumba de un mártir, colocada bajo una bóveda en arco (*arcosolium*), servía de altar. Había allí muchos fieles, con largos trajes blancos, y todas las caras parecían radiantes. Mirra, arrodillada y con los ojos llenos de amor, miraba al Buen Pastor, representado en el techo de la habitación.

En las catacumbas habíase restablecido el uso de los primeros tiempos del cristianismo: á la terminación del oficio divino, los asistentes, considerándose todos como hermanos y hermanas, se daban el «beso de paz». Arsinoé, siguiendo el ejemplo general, besó á Anatolio con una sonrisa.

Después los cuatro subieron de nuevo á los pisos superiores, desde donde podían dirigirse al retiro

secreto de Juventino, antiguo sepulcro pagano, «columbarium» apartado de la vía Apia.

Allí, esperando la llegada del navío que había de conducirlo á Egipto, país de los anacoretas, se ocultaba á las persecuciones de su madre y de los dignatarios del prefecto y vivía con Dídimos, anciano virtuoso de la Baja Tebaida, al que Juventino demostraba una obediencia ciega y completa.

Dídimos, en cuclillas sobre sus talones, tejía cestos de mimbre, El rayo de la luna que se filtraba por una abertura, iluminaba sus cabellos blancos y su larga barba.

De arriba abajo, los muros del columbarium estaban llenos de pequeños nichos, semejantes á nidos de palomos, y en cada uno de ellos había colocada una urna mortuoria.

Mirra, á la que el viejo apreciaba, besó respetuosamente su mano arrugada y le rogó que le contase alguna cosa referente á los padres anacoretas. Nada le agradaba tanto como aquellos maravillosos y terribles relatos de Dídimos.

Todos se instalaron alrededor del anciano, cuya sonrisa misteriosa estaba llena de bondad, y cuya cabeza venerable estaba rodeada de cabellos blancos, como con una aureola.

Mirra le contemplaba con ojos febricitantes y apretaba con sus delgadas manos su pecho emocionado. Todos estaban callados escuchando los lejanos ruidos de Roma, cuando de pronto llamaron á la puerta interior que comunicaba con las catacumbas.

Juventino se levantó, se aproximó á la puerta y preguntó sin abrir:

—¿Quién es?

No respondieron, pero llamaron aún más suavemente, como suplicando.

No sin precaución, Juventino entreabrió la puerta, se estremeció y retrocedió: una mujer de elevada estatura penetró en el columbarium.

Largos vestidos blancos la envolvían y un velo ocultaba su cara. Andaba como una convaleciente ó una mujer muy vieja. Bruscamente se quitó el velo y Juventino exclamó:

—¡Mi madre!

Dídimo se levantó severo.

La mujer se arrojó á los pies de su hijo y los abrazó. Mechones de cabellos canosos caían sobre su cara pálida y delgada, que conservaba aún las señales de una hermosura enteramente patricia. Juventino había cogido en sus manos la cabeza de su madre y la besaba.

—¡Juventino!—dijo el anciano.

El joven no respondió.

Su madre, como si estuvieran solos, murmuraba alegre y precipitadamente:

—¡Creía que no te volvería á ver nunca, hijo mío!... Quería partir para Alejandría! ¡Oh! ¡Te hubiera descubierto hasta en el desierto!... Pero en adelante, ¿no es verdad? esto ha terminado... Dime que no partirás. ¡Espera que me muera!... Después... haz lo que quieras...

El anciano dijo de nuevo:

—Juventino, ¿me oyes?

—¡Anciano!—respondió la patricia.—¡Tú no quitarás un hijo á su madre!... Escucha: si es preciso,

renegaré la fe de mis padres... Creeré en el crucificado... ¡me haré monja!...

—¡No comprendes la ley de Cristo, pagana! Una madre no puede ser monja; una monja no puede ser madre!

—Lo he parido con dolor; ¡es mío!

—¡No es el alma, sino el cuerpo, lo que tú quieres!

La patricia lanzó á Dídimo una mirada llena de odio.

—Sed, pues, malditos por vuestras palabras mentirosas—exclamó.—¡Sed malditos, vosotros que quitáis los hijos á las madres y que tentáis á los inocentes!... Gentes de hábitos negros que teméis la luz celeste, ¡servidores del Crucificado!... destructores de todo lo hermoso y alegre...

Su cara se alteró, se abrazó con más fuerza á su hijo y sofocada exclamó:

—Te conozco, hijo mío... no partirás... no puedes... no puedes...

El anciano Dídimo, con el cayado en la mano, se mantenía cerca de la puerta abierta que conducía á las catacumbas, y dijo solemnemente:

—¡Por última vez, en el nombre de Dios, te ordeno que me sigas y la dejes!

Entonces la patricia dejó á Juventino y balbuceó:

—¡Pues bien!... Déjame... parte... si puedes.

Las lágrimas no corrían ya de sus ojos amoratados, sus brazos caían inertes en actitud affligida á lo largo de su cuerpo. Esperaba. Todos callaron.

—¡Señor!... ¡Ayúdame!... ¡Inspirame!—rogó Juventino, poseído de mortal tristeza.

—¡El que quiere seguirme y no aborrece á su padre y á su madre, á sus hijos, hermanos y hermanas y hasta su vida, ese no puede ser mi discípulo! —recitó Dídimio, volviéndose por última vez hacia Juventino.

—Sigue en el mundo. Has renegado del Cristo. Sé maldito en este siglo y en el otro.

—¡No! ¡No me rechaces, padre! ¡Voy contigo!... ¡Señor... heme aquí! —exclamó Juventino siguiendo á su maestro.

Su madre no hizo ningún movimiento para detenerle, ni un músculo de su cara se movió; pero cuando el ruido de los pasos se hubo extinguido, un sollozo estridente se escapó de su pecho y cayó como herida por un rayo.

—¡Abrid!... ¡En nombre del muy piadoso emperador Constancio!...

Eran los soldados del prefecto, que por la denuncia de la patricia, madre de Juventino, venían á buscar á los rebeldes «sabeos», enemigos del emperador, que se ocultaban en las catacumbas. Con fuertes golpes dados con la palanca, procuraban forzar la puerta del *columbarium*. El edificio temblaba sobre su base, las urnas de plata vibraban lastimosamente. La mitad de la puerta se hundió.

Anatolio, Mirra y Arsinoé se precipitaron á las galerías interiores. Los cristianos corrían por los estrechos corredores como hormigas interrumpidas en sus hormigueros, dirigiéndose todos hacia las salidas secretas que comunicaban con la cantera. Pero Arsinoé y Mirra no conocían la exacta disposición de las galerías y se extraviaron en el laberinto, y llegaron al último piso inferior, situado á cin-

cuenta codos bajo tierra. Era difícil respirar allí. Bajo los pies se filtraba un agua cenagosa. La llama de las lámparas vacilaba. Miasmas pútridos envenenaban el aire. Mirra sintió que se le desvanecía la cabeza y perdió el conocimiento.

Anatolio la cogió en sus brazos. A cada instante temían encontrarse de nuevo con los legionarios. Podían tapar las salidas: corrían el riesgo de ser enterrados vivos.

—¡Por aquí!... ¡Por aquí!

Encorvado llevaba sobre sus espaldas al anciano Dídimio.

Al cabo de algunos minutos llegaron á la salida secreta que daba á la Campania.

De regreso á su casa Arsinoé desnudó y acostó rápidamente á Mirra, que continuaba desvanecida. Arrodillada la hermana mayor daba besos prolongados en las manos inertes, delgadas y amarillas de la niña. Un penoso presentimiento oprimía su corazón. La cara de la dormida tenía una expresión extraña. Nunca había reflejado aún un encanto tan inmaterial. Todo su cuerpecito parecía diáfano y frágil, como las delgadas paredes de un ánfora de alabastro iluminada por un fuego interior.

Este fuego no debía extinguirse más que con la muerte de Mirra.

El bárbaro del Norte, voraz y casto, despreciaba al sirio, tímido, voluptuoso y sobrio en bebida y alimento. Pero á pesar de sus burlas, compadecíale como á un niño.

—Primo—lloriqueó Estrombix.

—Y bien, ¿qué? déjame tranquilo.

—¿Hay osos en este bosque?

—Sí—respondió Aragaris con aspereza.

—¿Y si encontramos uno, qué?

—Lo mataremos, venderemos su piel, é iremos á beber.

—¿Y si es él, al contrario, quien?...

—Cobardón, bien se ve en seguida que eres cristiano.

—¿Por qué un cristiano ha de ser cobarde?—dijo Estrombix con tono de enfado.

—Pero tú mismo me has dicho que en vuestro libro se lee: «Al que te hiriere en la mejilla izquierda, preséntale también la otra.

—Sí, es cierto.

—¡Ya ves! Si es así, según mi modo de ver no es preciso guerrear. Si el enemigo te hiriere en una mejilla, ¿tú le presentarás la otra? Vosotros sois todos unos mandrias, helo ahí.

—El César Juliano es cristiano y no es cobarde—replicó Estrombix.

—Ya sé yo, primo,—continuó Aragaris,—que vosotros sabéis perdonar á los enemigos cuando se está en la batalla. ¡Maricas!... Tu estómago no es mayor que mi puño; con un diente de ajo estás repleto para todo el día. ¡Por eso tu sangre no es más que agua pantanosa!

—¡Ah! primo, primo,—observó Estrombix con

A las primeras penumbras de la noche, introducíanse dos guerreros descaminados en un bosque húmedo no lejos del Rhin, entre la plaza fuerte *Tres Tabernæ* y la villa romana *Argentocatum*, conquistada hacia poco por los alemanes. El uno, Aragaris, desgraciado gigante de rubios cabellos, sármata al servicio de Roma; el otro, Estrombix, seco y ceñudo, sirio.

El espacio entre los troncos de los árboles estaba sumido en la obscuridad. En la atmósfera tibia caía una fina lluvia. De los abedules se desprendía el olor típico de las hojas mojadas. En la lontananza se oía el canto de un cuco.

A cada chasquido de las ramas, Estrombix, asustado, se estremecía cogiendo la mano de su compañero.

—¡Primo!... eh, primo!

Llamaba primo á Aragaris, no por parentesco, sino por amistad.

Ambos habían sido admitidos en el ejército romano, siendo de los dos rincones opuestos del mundo.

amargura.—¡Por qué has hablado de alimentos! ¡Ahora me roe de nuevo en el hueco del estómago! Dame un poco de ajo; aún te queda en tu saco...

—Si te doy lo que me resta, los dos nos moriremos mañana en este bosque.

—¡Ah! si no me lo das en seguida, me caeré de debilidad y te verás obligado á llevarme...

—Ten... tragón... perro.

—Y un poco de pan,—suplicó Estrombix.

Aragaris le dió con un juramento el postrer costrón de su galleta. El mismo, la víspera, había comido para dos días grasa de cerdo y habas cocidas.

—¡Cuidado!—exclamó deteniéndose.—¡Se oye la trompeta!... No estamos lejos del campamento... Es menester dirigirnos hacia el Norte... No temo á los osos,—añadió Aragaris pensativo,—pero el centurión...

Los soldados habían apodado á aquel detestable centurión «Cedo-Alteram», es decir, «Dame otra», porque siempre que la vara con que azotaba á los soldados delincuentes se rompía, gritaba alegremente: *Cedo alteram!* Estas dos palabras habían llegado á ser su apodo.

—Estoy seguro,—dijo el bárbaro,—estoy convencido de que Cedo Alteram hará con mis espaldas lo que el curtidor hace con una piel de buey. ¡Esto es abominable, primo, abominable!

Ambos habían quedado rezagados porque Aragaris, según su costumbre, habíase emborrachado hasta perder el conocimiento en una aldea saqueada, y Estrombix había sido apaleado. El pequeño sirio había hecho una vana tentativa para obtener los

favores de una preciosa muchacha franca. Aquella belleza de diez y seis años, hija de un bárbaro, muerto en la batalla, habíale administrado dos bofetadas tales, que cayó de espaldas. Después le pisoteó con sus anchos pies.

—¡Esa no es chica, sino un demonio!—refería Estrombix.—¡Apenas la pellizqué y ella casi me ha roto las costillas.

El sonido de la trompeta se distinguía cada vez más claramente. Aragaris, husmeando el aire como un sabueso, observó que se notaba olor de humo.

El campamento debía hallarse á corta distancia.

La noche se hizo más obscura; apenas si podían descubrir el camino. El sendero se perdía entre el cieno. Iban saltando de montículo en montículo. La niebla se extendía.

De repente, de una gran conifera, cuyas ramas cubiertas de musgo parecían una larga barba gris, alguna cosa se escapó con un chillido estridente. Estrombix se agachó de miedo. Era un gallo salvaje.

Perdiéronse al fin. Estrombix trepó á un árbol.

—Los vivaques están al Norte. No lejos. Allá abajo hay un ancho río.

—¡El Rhin! ¡El Rhin!—exclamó Aragaris.—Vamos á prisa.

Ambos se deslizaron á través de los abedules y los álamos seculares.

—¡Primo, yo me anego!—gritó Estrombix.—Alguien me tirá de los pies. ¿En dónde estás?

Con gran trabajo Aragaris lo desenredó, y, jurando, cargóle sobre sus espaldas.

El sármata reconoció con sus pies los maderos de las faginadas puestas por los romanos. Aquella faginada les condujo al gran camino, cortado hacia poco por el ejército de Severo, general de Juliano. Los bárbaros, para cortar el camino, habíanlo obstruído, según su costumbre, con enormes troncos de árboles.

Viéronse obligados á escalarlos. Aquellos árboles, á veces podridos, cubiertos de musgo y desahaciéndose bajo los pies, á veces firmes y resbaladizos por la lluvia, hacían difícil la marcha.

Por aquellos lugares, temiendo siempre un ataque, debía caminar el ejército de Juliano, compuesto de trece mil hombres, al cual todos los generales del emperador, salvo Severo, habían traidoramente abandonado.

Estrombix maldecía á su camarada.

—¡Yo no iré mucho más lejos; pagano! Prefiero echarme sobre las hojas secas y morir... ¡Al menos no veré más tu cara de condenado!... ¡Uf! ¡Infiel!... ¡Ya se conoce en seguida que no llevas ninguna cruz! ¿Es asunto de cristianos el arrastrarse así por los caminos?... ¿Y en dónde nos guareceremos? ¡Bajo las varas del centurión!... ¡No pasará de aquí!...

Aragaris le arrastró á la fuerza, y cuando el paso hizose más fácil, cargó nuevamente sobre sus espaldas á su caprichoso compañero que le llenaba de invectivas, pellizcándole; después, al cabo de un rato, durmióse profundamente sobre las espaldas del «pagano.»

A media noche llegaron á las puertas del campo romano. Todo estaba en silencio. El puente levadizo hacia mucho tiempo que estaba levantado. Los

amigos hubieron de dormir en el bosque, cerca de las puertas traseras llamadas *decumenes*.

Al alba sonó la trompeta. En el bosque brumoso el ruiseñor cantaba todavía: espantado por los guerreros sonidos, callóse. Aragaris aspiró el olor de la sopa y despertó á Estrombix; su apetito duplicado hizoles olvidar las varas de Cedo-Alteram. Penetraron en el campamento y sentáronse cerca de los calderos. En la tienda principal, próxima á las puertas pretorianas, velaba el César Juliano.

Desde el día en que fué nombrado César, en Mediolán, gracias á la protección de la emperatriz Eusebia, Juliano se dedicaba con celo á los bélicos ejercicios. No solamente estudiaba bajo la dirección de Severo el arte de la guerra, sino que también quería conocer el oficio del simple soldado. Al son de los clarines, en los cuarteles, en el campo de Marte, con los nuevos reclutas, durante días enteros, aprendía á marchar y á tirar el arco y la honda, á correr con el peso del equipo completo, á saltar los fosos y á batirse.

Sobrepujando á la hipocresía monacal, despertábase en el joven la sangre de la raza de Constantino, raza formada por muchas generaciones de austeros y obstinados hombres de guerra.

—¡Ay, divinnos Jámblico y Platón! ¡Si viérais lo que ha venido á ser vuestro discípulo!—exclamaba á veces, enjugando el sudor que por su frente se deslizaba.

Y señalando su armadura, añadía:

—¿No es cierto, Severo, que esta armadura me sienta tan mal á mí, estudiante filósofo, como una silla de combate á un buey perezoso?

Severo no respondió y sonrió maliciosamente. Sabía que aquellos suspiros y aquellas quejas no eran sinceras, y que, en realidad, Juliano estaba satisfecho de sus progresos militares.

Habíase de tal manera transformado y virilizado en algunos meses, que muchos reconocían con dificultad al «pequeño griego» como se le nombraba en otro tiempo en la corte de Constancio. Únicamente los ojos no habían cambiado, brillando con fuego extraño, demasiado vivo, casi febril, que los hacía inolvidables. Sentíase Juliano cada día más fuerte, no tan sólo física, sino también moralmente. Por la primera vez en su vida experimentaba la dicha del afecto hacia las gentes sencillas.

Había gustado al principio á los legionarios ver á un verdadero César, primo del Augusto, aprender el oficio del militar en los cuarteles, sin repugnancia á la vida tosca del soldado. Los rostros austeros de los viejos guerreros se iluminaban con una tierna sonrisa cuando admiraban la destreza, siempre creciente, del César, y acordándose de su juventud, se extrañaban de sus rápidos progresos.

Juliano se acercaba á los soldados, hablaba con ellos, escuchaba sus relatos de pasadas campañas, sus consejos relativos á la atadura de la coraza, de modo que las correas rocen menos, y cómo debe ponerse el pie para evitar la excesiva fatiga en las grandes marchas.

Circulaba el rumor de que el emperador Constancio había enviado al inexperto joven entre los bárbaros de la Galia, á fin de que hallase la muerte, deshaciéndose así de un rival; y además que los

generales, siguiendo los consejos de los eunucos imperiales, hacían traición al joven César.

Todo esto inflamaba más aún el amor de los legionarios hacia Juliano.

Con insinuación precavida, con el arte de ganar las simpatías contraídas durante su educación monacal, Juliano hacía cuanto le era posible para afirmar el amor de que era objeto y el odio hacia el emperador.

Ante los soldados hablaba de su *hermano* Constancio con humildad de doble sentido, bajando los ojos y afectando el aspecto de una víctima. Erase tanto más fácil cautivar á los guerreros por su intrepidez en los combates, cuanto que la muerte le parecía envidiable, en comparación á aquella á que había sido sometido Galo, y que tal vez tenía reservada el emperador.

Juliano había organizado su vida según el método de los antiguos guerreros conquistadores. La educación estoica del pedagogo Mardonio ayudábale á soportar la ausencia total del lujo. Dormía menos que un simple soldado, y no ya sobre un colchón, sino sobre una tosca alfombra de largo pelo, llamado «suburro» por el pueblo. La primera parte de la noche estaba consagrada al sueño; la segunda á los negocios de Estado y de la guerra; la tercera á las Musas.

Los libros predilectos de Juliano no le abandonaban en las campañas. Inspirábase en Marco Aurelio, en Plutarco, Suetonio y en Catón el Antiguo. Durante el día, esforzábese en poner en práctica aquello que había pensado en la noche con sus libros. La memorable mañana antes de la batalla de

Argentoratum, al oír la diana, vistióse prontamente Juliano su armadura completa, ordenando que se le trajera su corcel. Esperando, retiróse al rincón más apartado de su tienda. Allí estaba colocada una elegante estátua de Mercurio, alado, llevando el caduceo: dios del movimiento, del éxito y de la alegría. Juliano se inclinó y arrojó sobre un pequeño tripode algunos granos de incienso.

Por la dirección del humo, el César, lisonjeándose de conocer el arte de la adivinación, procuraba adivinar la influencia del día. Durante la noche, había oído tres veces el graznido del cuervo, señal nefasta.

Estaba Juliano de tal modo convencido de que sus inesperados triunfos militares en Galia eran debidos á una fuerza sobrenatural, que cada vez volvíase más supersticioso.

Al salir de la tienda chocó contra el tronco que servía de umbral. El rostro de César se obscureció. Todos los presagios eran desfavorables. Resolvió, pues, en su ánimo dejar la batalla para el día siguiente.

El ejército se puso en marcha. El camino, á través de los bosques, era penoso. Montones de árboles dificultaban el paso á cada instante. El día prometía ser caluroso. El ejército no había andado sino la mitad del camino, y hasta el campamento de los bárbaros, situado sobre la ribera izquierda del Rhin, en una gran llanura cerca de la ciudad de Argentoratum, quedaban por recorrer aún, á medio día, más de veintiún mil pasos.

Los soldados estaban fatigados.

Cuando hubieron franqueado el bosque, encon-

trándose en un campo, Juliano los reunió en torno suyo, disponiéndolos en círculo, como los espectadores en un anfiteatro, de modo que fuese el mismo el centro de los centuriones y de las cohortes, que se irradiaban, en largas filas circulares. Esta era, por lo demás, la costumbre del ejército romano, para que el mayor número posible pudiera oír las palabras del general.

Juliano explicó á las legiones en frases concisas y sencillas que la fatiga podía perjudicar el éxito, que sería más prudente instalar el campamento en aquel campo, descansar y atacar á los bárbaros al día siguiente por la mañana con las fuerzas recuperadas.

En el ejército levantóse un murmullo. Los soldados golpearon los escudos con sus lanzas, lo que era señal de impaciencia. Exigían con sus gritos que Juliano los condujera sin tardanza al lugar del combate. El César miró en torno suyo, y comprendió, por la expresión de los semblantes, que cometía una grave falta si resistía. Sentía en la multitud el estremecimiento terrible que tan bien conocía, que era indispensable para la victoria y que podía, á la menor torpeza, convertirse en furor.

Saltó sobre su caballo y dió la señal de continuar la marcha adelante. Un grito entusiástico le respondió y el ejército se puso en movimiento.

Cuando el sol comenzó á declinar, llegaron á la llanura de Argentoratum. Entre las colinas poco elevadas brillaba el Rhin. Al Sur se elevaba la masa oscura de los Vosgos. Sobre el grandioso río germánico flotaban catapultas.

De repente, sobre la colina más próxima, aparecieron tres jinetes. Eran los bárbaros.

Los romanos se detuvieron y se dispusieron en orden de batalla.

Juliano, rodeado de seiscientos jinetes cubiertos de hierro, los *clibanarios*, mandaba la caballería del ala derecha; á la izquierda se extendía la infantería, á las órdenes de Severo, al que por lo demás obedecía el mismo Juliano. Los bárbaros opusieron su caballería á la de Juliano; á la cabeza marchaba el rey alemán Clodoviro; frente á Severo, el joven sobrino de aquél, Aganarico, dirigía la infantería.

Las bocinas de guerra, las trompas y las cornetas, resonaron.

Los pabellones, las banderas, que llevaban los nombres de las cohortes, los dragones de púrpura y las águilas romanas, se aproximaron á la cabeza de las secciones. Delante, con los semblantes tranquilos y severos, avanzaban á paso firme y regular, haciendo retemblar la tierra, los portadores de hachas y los *primipilarios* habituados á las victorias.

De repente la infantería de Severo se detuvo. Los bárbaros, ocultos en un foso, saltaron fuera de su emboscada y atacaron á los romanos. Juliano, desde lejos, vió la confusión que esto produjo y acudió en su socorro.

Se esforzaba en calmar á los soldados, dirigiéndose ya á una cohorte, ya á otra, imitando el estilo conciso de Julio César. Cuando decía: *«Exurgamus, viri fortes»* ó bien: *«Advenit, socii, justum pugnandi jam tempus;»* aquel joven de veinte años

creía con orgullo: «¡Ahora me parezco á tal ó cual célebre conquistador!» Y en el fuego mismo de la acción se hallaba mentalmente rodeado de sus libros, y se rogocijaba de que todo sucediera precisamente como lo describía Tito Livio, Plutarco y Salustio.

El experto Severo moderaba su ardor con su sangre fría, y aunque dejaba cierta libertad á Juliano, no abandonaba la dirección general del ejército.

Las flechas silbaron así como las lanzas bárbaras, sujetas por largas tiras, de cuero; las máquinas de guerra arrojaron piedras enormes.

Los romanos se hallaron al fin frente á frente con los terribles y misteriosos habitantes del Norte, acerca de los cuales circulaban leyendas tan increíbles.

Unos llevaban equipos monstruosos; otros la espalda cubierta de pieles de oso, y á manera de casco, sobre sus intonsas cabezas, hocicos de animales que enseñaban los colmillos. Otros llevaban los cascos adornados con cuernos de ciervo ó de buey. Los alemanes despreciaban la muerte de tal manera, que se lanzaban en medio de la pelea completamente desnudos, no conservando más que la espada y la lanza.

Sus cabellos rojos estaban atados en lo alto de la cabeza y caían hasta la nuca en espesos bucles ó en forma de trenza que se asemejaba á una melena. Sus rubios bigotes resaltaban sobre su quemada piel y pendían largamente á ambos lados de la boca.

Un gran número de ellos eran tan salvajes, que no empleaban el hierro y combatían con lanzas ter-

minadas en punta de hueso, mojadas en un violento veneno que las hacía aún más peligrosas. Una herida de aquella arma primitiva bastaba para morir lentamente en medio de atroces sufrimientos. De la cabeza á los pies, á manera de armadura, iban cubiertos de delgadas láminas de casco de caballo, cosidas en una tela de lino. Con aquella vestimenta, aquellos bárbaros parecían mónstruos extraños vestidos con plumas de pájaro y escamas de pescados.

Había también sajones de ojos de color azul pálido, que nunca se asustaban del mar, pero que temían la tierra; Sicambros, Edulos de pupilas verdes como el agua del Oceano, Borgoñones, Batavos y Sármatas, mitad hombres y mitad fieras, cuyos terribles rostros no veían los romanos más que en el momento de la muerte.

Los *primipilarios*, reuniendo sus escudos, formaron una compacta muralla de acero invulnerable á todos los golpes, avanzando continua y lentamente. Los alemanes se precipitaron sobre ella con gritos feroces, semejantes á los roncos gruñidos de los osos. El combate principió cuerpo á cuerpo, escudo contra escudo. El polvo se elevó tan denso por encima de la llanura, que interceptó los rayos del sol.

En aquel momento, en el ala derecha, la caballería, con armaduras de hierro, de los *clibanarios*, se estremeció y emprendió la fuga. Podía aplastar á las legiones de retaguardia. A través de la nube de flechas y de lanzas, brillaba al sol el estandarte color de fuego del gigantesco rey Clodoviro.

Juliano acudió á tiempo al galope de su negro

corcel cubierto de espuma y comprendió la astucia. La infantería bárbara, colocada expresamente entre los jinetes, se deslizaba entre las piernas de los caballos romanos, y con la espada les abrían el vientre. Los caballos caían arrastrando en su caída á los «catafractos», que no podían levantarse agobiados bajo el peso de su armadura.

Juliano se colocó en mitad del camino. Debía, ó detener á los jinetes que huían, ó bien ser aplastado por el choque. El tribuno de los *clibanarios* tropezó con él, reconoció á Juliano y palideció de vergüenza y de espanto. Toda la sangre afluyó al rostro de Juliano, que olvidó sus libros clásicos, se inclinó, cogió al fugitivo por el cuello y gritó con una voz que le pareció á él mismo desconocida, salvaje:

—¡Cobarde!

Después volvió al tribuno de cara al enemigo. Entonces los *catafractos* se detuvieron, reconocieron el dragón de púrpura, el dragón imperial, y se quedaron confusos. En un minuto toda la masa de hierro volvió grupas y se precipitó de nuevo sobre los bárbaros.

Se produjo una gran confusión y una lanza hirió á Juliano en mitad del pecho; no debió su salvación más que á su coraza. Una flecha silbó á su oído, rozándole la mejilla con sus plumas. En auxilio de la caballería que se debilitaba, envió Severo legiones de cornutos y de brakatos, aliados medio salvajes de los romanos. Tenían costumbre de no cantar su himno guerrero, el *Barrith*, más que en el momento de la embriaguez sanguinaria del combate.

Entonaron su canto con voz baja y quejumbrosa;

los primeros sonidos eran tranquilos como el murmullo nocturno de las hojas; después, paulatinamente, el *Barrith* se hacía más fuerte, más solemne y terrible; por último, se transformaba en un rugido furioso y ensordecedor, semejante al de la mar alborotada cuando se estrella contra las rocas. Con este cántico se embriagaban hasta olvidarse de sí mismos. Juliano terminó por no ver ni comprender lo que pasaba á su alrededor. Sentía solamente una sed intolerable y un dolor de fatiga en la mano en que tenía la espada. Perdió hasta la noción del tiempo. Pero Severo conservaba toda su presencia de espíritu, y dirigía el combate con prudencia incomparable. Perplejo y provocador, Juliano distinguió el estandarte amarillo de Clodomiro en el centro mismo de las legiones. La caballería bárbara había penetrado de flanco en medio del ejército romano, y Juliano pensó: «¡Esto ha terminado; todo está perdido!» Se acordó de los presagios *desfavorables* de aquella mañana, y dirigió una última plegaria á los dioses olímpicos.

—¡Venid en mi ayuda! porque ¿quién sino yo restablecerá vuestro poder en esta tierra?—En el centro del ejército se hallaban veteranos viejos de la legión de los «Petulantes», llamados así por su valor. Severo confiaba en ellos y no se engañaba. Uno de ellos gritó:

—*¡Viri fortissimi!* ¡Varones valerosísimos! No hagamos traición á Roma y á nuestro César. ¡Murmuramos por Juliano!

—¡Gloria y prosperidad á César Juliano!... ¡Por Roma, por Roma!...—respondieron voces firmes, y

los veteranos, encanecidos bajo las banderas, fueron á la muerte tranquilos y severos.

El hálito de la gran Roma se cernió por encima del ejército.

Juliano, con los ojos llenos de lágrimas de entusiasmo, se lanzó hacia los veteranos para morir con ellos. De nuevo sintió que la fuerza del amor sencillo, la fuerza del pueblo, le levantaba en sus alas y le llevaba á la victoria.

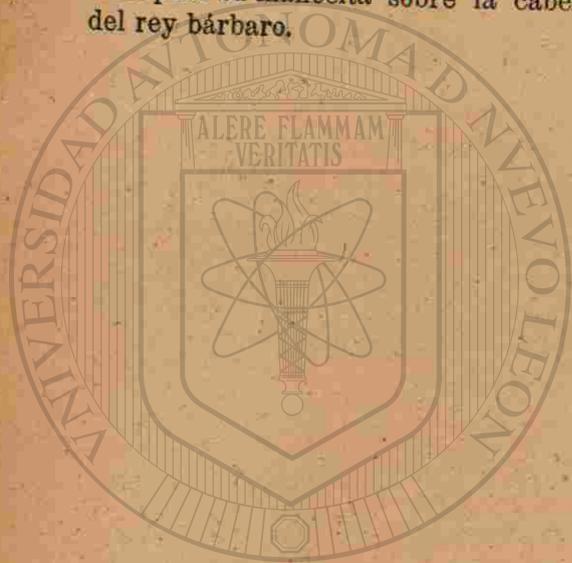
Entonces el terror se apoderó de las masas bárbaras, que temblaron y huyeron.

Las águilas de las legiones, con sus picos rapaces, sus alas desplegadas, brillando al sol, volaron una vez más, anunciando á las tribus derrotadas la victoria de la Ciudad Eterna.

Los alemanes y los francos exhalaban combatiendo hasta el último suspiro.

Arrodillados en un mar de sangre, los bárbaros manejaban con débil mano su espada ó su lanza, y en sus ojos enturbiados no se leía ni el miedo ni la desesperación, sino únicamente la sed de venganza y el desprecio al vencedor. Hasta los que parecían muertos se levantaban medio aplastados, se agarraban con los dientes á las piernas de los enemigos, y se enganchaban con tal fuerza, que los romanos les arrastraban tras sí. Seis mil bárbaros cayeron sobre el campo de batalla ó se ahogaron en el Rhin. Aquella tarde, en el momento en que César Juliano estaba sobre la colina envuelto como de una aureola por los rayos del sol poniente, le trajeron al rey Clodomiro, hecho prisionero en la ribera del río. Era de enorme talla y respira-

ba fatigosamente, sudando y con la cara lívida. Llevaba las manos atadas á la espalda; se arrodilló delante de su vencedor, y el joven César de veinte años puso su manecita sobre la cabeza cabelluda del rey bárbaro.



XIX

Era la época de la vendimia. Todo el día vibraban en el aire las canciones en las orillas del alegre golfo de Nápoles.

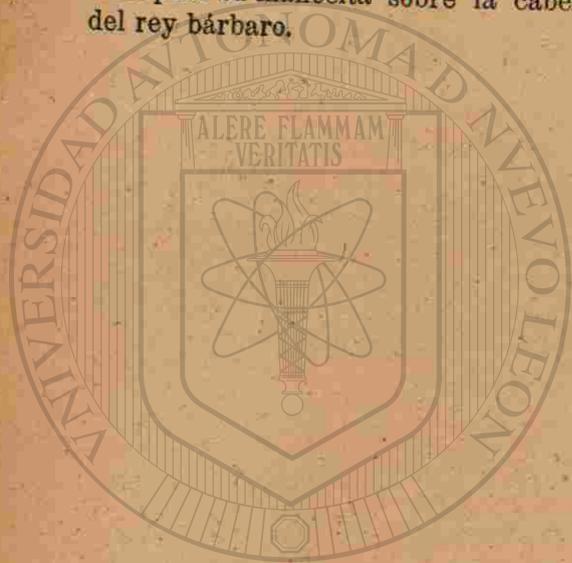
En la campiña preferida por los romanos, en Bai, célebre por sus aguas sulfurosas, Bai, de la que los poetas del tiempo de Augusto decían:

*Nullus in orbe locus Baiis prælucet amœnis,*

las personas desocupadas se deleitaban en la naturaleza, más refinada y voluptuosa que ellas mismas. ®

Era aquel un rincón no violado del elegante país que frecuentaba la imaginación de Horacio, de Propertio y de Tibulo. Ni siquiera una sombra del siglo monacal había obscurecido aún aquel litoral lleno de sol, que se extendía entre el Vesubio y el

ba fatigosamente, sudando y con la cara lívida. Llevaba las manos atadas á la espalda; se arrodilló delante de su vencedor, y el joven César de veinte años puso su manecita sobre la cabeza cabelluda del rey bárbaro.



XIX

Era la época de la vendimia. Todo el día vibraban en el aire las canciones en las orillas del alegre golfo de Nápoles.

En la campiña preferida por los romanos, en Bai, célebre por sus aguas sulfurosas, Bai, de la que los poetas del tiempo de Augusto decían:

*Nullus in orbe locus Baiis prælucet amœnis,*

las personas desocupadas se deleitaban en la naturaleza, más refinada y voluptuosa que ellas mismas. ®

Era aquel un rincón no violado del elegante país que frecuentaba la imaginación de Horacio, de Propertio y de Tibulo. Ni siquiera una sombra del siglo monacal había obscurecido aún aquel litoral lleno de sol, que se extendía entre el Vesubio y el

cabo Miseno. No se negaba allí el cristianismo, pero deshacíanse [de él con una ligera chanza. Las pecadoras no se arrepentían aún; pero las mujeres decentes, en primer lugar, se asustaban de la virtud como de una moda vieja. Cuando llegaban las nuevas de las profecías de las Sibilas, amenazando al mundo decrepito con un derrumbamiento completo ó bien las de los crímenes nuevos y de las idolatrías del emperador Constancio, de la invasión de los persas en Oriente, de las amenazas de los bárbaros del Norte, los dichosos habitantes de Bai, cerrando los ojos, aspiraban la suave brisa henchida de los perfumes de los racimos de Falerno, apenas estrujados en el lagar, y se consolaban con epigramas. Para olvidar las desgracias de Roma, las predicciones del fin del mundo, les bastaban versitos fáciles, que se enviaban unos á otros como regalo:

*Calet unda, friget althra,  
Simul innatat chœreis  
Amathusium rentidens  
Salis arbitra et vaporis,  
Flos siderum Dione!*

Algo de senil é infantil se leía en los rostros de los más alegres epicúreos.

Ni la fresca agua salada de los baños de mar, ni los calientes manantiales sulfurosos de Bai no podían curar completamente los cuerpos de aquellos jóvenes caducos y frioleros, calvos ya á los veinte

años y envejecidos, no por su libertinaje personal, sino por el libertinaje de sus antepasados; ya consumidos por la literatura, la sabiduría, por las mujeres espirituales é impotentes y que llevaban en sus venas la sangre helada de las generaciones retardadas.

En uno de los rincones más floridos y más confortables, entre Bai y Puteoli, entre las negras cimas de los Apeninos, los muros de mármol de una quinta ostentaban su nota animada.

Cerca de la ancha ventana que daba directamente al mar, de manera que desde la habitación no se veían más que las olas y el cielo, Mirra reposaba en una cama.

Los médicos no entendían su enfermedad; pero Arsinoé, que veía á su hermana perder fuerzas de día en día y consumirse, se la llevó de Roma á las orillas del mar.

Mirra, á despecho de su enfermedad, imitando á las monjas y á los anacoretas, arreglaba su habitación, se traía el agua ella misma y procuraba lavar su ropa y hacerse la comida. Mucho tiempo, hasta la última extremidad, rehusó acostarse, pasando la noche en oraciones, y un día Arsinoé, aterrorizada, halló un silicio sobre el débil cuerpo de su hermana. Mirra había hecho quitar de su cuartito todos los objetos de lujo, las telas y los adornos, no dejando más que su cama y una tosca cruz de madera. Con sus paredes desnudas, la habitación parecía la celda de un monje. Observaba un ayuno severo y le era difícil á Arsinoé luchar contra aquella voluntad obstinada y dulce.

El aburrimiento desapareció de la vida de Arsinoé. Pasaba continuamente de la esperanza del restablecimiento de Mirra á la desesperación de perderla, y aunque no la amara más que antes, dominada por el miedo de la separación eterna, comprendía mejor su amor.

A veces, con una piedad maternal, Arsinoé contemplaba aquel rostro fino y enflaquecido que respiraba una gracia celeste, aquel cuerpecito consumido por un fuego interior demasiado vivo. Cuando la enferma rechazaba el vino y el alimento prescrito por los médicos, Arsinoé decía despechada:

—¿Crees que no lo veo, Mirra? ¿Buscas la muerte? ¿Qué haces de tí?

—¿No es lo mismo morir que vivir?—respondía la joven con tal convicción, que Arsinoé no sabía que replicar:

—Tú no me quieres...

Pero Mirra, cariñosa, aseguraba:

—¡Querida, no sabes cuanto te quiero! ¡Oh, si pudiera nada más!...

La enferma no terminaba nunca la frase ni preguntaba á su hermana si tenía fe. Mas fijaba en Arsinoé una triste mirada, como si quisiera decirle algo y no se atreviera. Arsinoé sentía en aquella mirada un ligero reproche, y, sin embargo, tampoco ella hablaba de la fe, y no tenía valor para comunicarle sus dudas por temor de quitarle tal vez la esperanza loca de la inmortalidad.

Mirra se debilitaba de día en día, se derretía como la cera de los cirios, y en cambio se ponía más alegre y más tranquila.

Juventino, que había huido de Roma por temor á

las persecuciones de su madre y esperaba con Didimo en Nápoles la salida del navío para Alejandría, venía á verla todas las noches.

Leía el Evangelio y refería las leyendas de los santos.

¡Oh, cómo hubiera querido Mirra ir á aquellas oscuras cavernas, al lado de aquellos seres grandes y misteriosos! El desierto no se le aparecía triste y solitario, sino florido como el paraíso terrestre, lleno de maravillas, iluminado por una luz tal, que no se encontraba igual en ninguna otra parte de la tierra. Se ahogaba en la casa. Algunas veces, calenturienta por los sufrimientos de la enfermedad, languideciendo junto á la Tebaida, veía las velas blancas de los navíos desaparecer en lontananza y tendía hacia ellas sus pálidas manos. ¡Oh, si hubiera podido volar tras ellas y respirar el aire puro del desierto lleno de silencio! Otras veces intentaba levantarse, aseguraba que se sentía mejor, que se pondría buena pronto, y secretamente esperaba que la dejarían partir con Didimo y Juventino, cuando llegara el navío de Alejandría.

Anatolio, el fiel adorador de Arsinoé, vivía también en Bai. El joven epicúreo organizaba admirables paseos en trirreme dorada, desde el lago de Albano al golfo, con alegres camaradas y hermosas mujeres. Se deleitaba con la vista de las velas de púrpura, que bogaban por el mar adormecido, con las fusiones de las tintas crepusculares sobre las rocas de Caprea y de Isquia, que parecían enormes amatistas; se regocijaba con las burlas de sus amigos acerca de la fe, con el aroma del vino, con los besos embriagadores de las cortesanas.

Mas todas las veces que penetraba en la tranquila celda de Mirra, sentía que el otro lado de la vida le era también accesible. La inocente gracia del pálido semblante de la doncella le conmovía. Quería creer en todo aquello en que ella tenía fe: el dulce Galileo y el milagro de la inmortalidad. Escuchaba las relaciones de Juventino y hallaba sublime la vida de los anacoretas.

Anatolio notaba con sorpresa que para él la verdad existía en la embriaguez de la vida y en renunciar á ella, en el triunfo de la materia y en el del alma, en la castidad y en la voluptuosidad. Su pensamiento permanecía puro. No experimentaba remordimientos.

Hasta las dudas le gustaban, como un juego nuevo; aquellas suaves y profundas olas de la vida, aquellas transiciones del cristianismo al paganismo no le atormentaban, antes bien, le mecían.

Una noche Mirra se durmió delante de la ventana abierta. Al despertarse, dijo á Juventino con radiante sonrisa:

—He tenido un sueño extraño...

—¿Qué sueño?

—No me acuerdo. Era feliz. ¿Crees que todos obtendrán la salvación?

—Todos los justos; los pecadores serán castigados.

—¡Los justos, los pecadores!... Yo no pienso así,—respondió Mirra sonriendo siempre, como si procurara recordar el sueño.—¡Mira, Juventino, yo creo que todos, todos serán salvados, y que Dios no dejará que se pierda ni un sólo sér!

—Así pensaba el gran maestro Orígenes, que decía:

Mi salvador no puede alegrarse mientras yo permanezca en la iniquidad. Pero eso era una herejía...

Mirra, sin escuchar, continuaba:

—Sí, sí. Debe ser así; ahora lo comprendo. ¡Todos se salvarán, hasta el último! Dios no permitirá que se pierda ni una sola de sus criaturas.

—Quisiera creerlo así,—murmuraba Juventino; —pero yo temía...

—No hay que temer. Donde existe el amor, no hay miedo. Yo no temo nada.

—¿Y... El?—preguntó Juventino.

—¿Quién?

—El que no debe uno nombrar. ¡El rebelado!

—¡También él, también él!—exclamó Mirra con acento de fe atrevida.—Mientras haya un alma sola que no haya conseguido su salvación, ninguna criatura gozará de la felicidad completa. Si para el amor no hay límites, Dios estará en todo y todo en Dios. ¡Amigo mío, qué dicha! ¡No nos hemos dado aún cuenta de ello! Hay que bendecirlo todo, ¿comprendes?

—¿Y el mal?

—No hay mal, si no hay muerte.

Por la ventana abierta llegaba el eco de las báquicas canciones de los camaradas de Anatolio, que celebraban una fiesta en las trirremes purpúreas sobre el mar azulado por el crepúsculo.

Mirra hizo alusión á ellos.

—También eso es hermoso; hay que bendecirles también,—murmuró.

—¿Cantos malos?—preguntó Juventino temeroso. Mirra meneó la cabeza.

—No. Todo es bueno, todo es puro. La belleza proviene de Dios. ¿De qué tienes miedo, amigo mío?... ¡Oh, qué libertad es necesaria para amar!... Y no temas nada. ¡Tú no sabes aún qué dicha proporciona la vida!

Mirra suspiró largamente y añadió:

—¡Y qué dicha proporciona la muerte!

Esta fué su última conversación. Mirra permaneció acostada varios días, inmóvil y muda, sin abrir los ojos. Quizás sufría mucho, porque sus cejas se fruncían dolorosamente de vez en cuando; pero una sonrisa dulce y resignada corregía inmediatamente aquella contracción involuntaria, y de sus cerrados labios no se escapó ni un gemido ni una queja.

Una vez, en plena noche, llamó á Arsinoé, que estaba sentada á su lado. La enferma hablaba con trabajo. Preguntó sin abrir los ojos:

—¿Es de día?

—No, es de noche aun,—respondió Arsinoé;—pero pronto saldrá el sol.

—No oigo... ¿Quién eres?—murmuró Mirra casi imperceptiblemente.

—Soy yo; Arsinoé.

La enferma abrió de repente sus grandes ojos luminosos y miró fijamente á su hermana.

—Me había parecido,—dijo Mirra con esfuerzo,—me había parecido que no eras tú..... que estaba sola.

Después, muy lentamente, con dificultad, moviéndose apenas, juntó sus diáfanas manos, una palma contra la otra, con expresión temerosa y supli-

cante. Sus labios temblaron y se le arquearon las cejas.

—No me abandones... Cuando me muera no creas que ya no existo.

Arsinoé se inclinó hacia ella, pero Mirra estaba demasiado débil para abrazarla; lo intentó en vano. Entonces Arsinoé aproximó la mejilla á sus ojos y la joven acarició suavemente su cara con sus largas pestañas. Era esta una de sus costumbres de la niñez, inventada por Mirra. Hubiérase creído que sobre la mejilla temblaban las alas aterciopeladas de una mariposa.

Esta última caricia recordó á Arsinoé toda su vida común, todo su afecto. Cayó de rodillas y por la primera vez desde hacía muchos años, sollozó irresistiblemente. Parecíale que su corazón se deshacía en lágrimas.

—No, Mirra,—decía,—no te abandonaré... Permaneceré siempre contigo...

Los ojos de Mirra, se animaron alegres, y balbuceó:

—Entonces, tú...

—¡Sí, quiero creer, creeré!—exclamó Arsinoé.

Y al punto se admiró de aquellas palabras inesperadas; parecíanle un milagro y no un engaño, y no quería arrepentirse de ellas.

—Iré al desierto, Mirra, como tú, en tu lugar,—continuó en un transporte de amor loco.—Y si Dios existe, tendrá que hacer de manera que no haya muerte, que estemos siempre juntas.

Mirra cerró los ojos al escuchar á su hermana, y con una sonrisa de infinito sosiego murmuró:

—Ahora voy á dormirme. Ya no me hace falta nada. Estoy bien.

No abrió más los ojos ni habló más. Su semblante estaba tranquilo y severo como el de los muertos. Así vivió algunos días.

Cuando aproximaban á sus labios una copa de vino, tomaba algunos sorbos. Cuando la respiración se hacía agitada é irregular, Juventino, inclinado sobre ella, cantaba una oración ó un himno sagrado, y entonces Mirra, como mecida, empezaba á respirar más suavemente.

Una tarde, cuando el sol se hubo puesto detrás de Isquia y de Caprea, cuando el mar inmóvil se confundía con el cielo y la primera estrella temblaba aun indistintamente, Juventino, cantaba á la moribunda:

*Deus creator omnium,  
Polique rector vestiens,  
Diem decore lumine  
Noctem sopora gratia...*

Tal vez Mirra había exhalado el último suspiro á los sonidos de aquel himno solemne. Nadie había advertido que ya no respiraba. La vida y la muerte eran iguales para ella, porque su vida se había fundido con la incomprensible eternidad, sin sufrimientos, como la tibieza se confunde con la fresca de la eoche.

Arsinoé enterró á su hermana en las catacumbas, y con su propia mano inscribió sobre la lápida: «*Myrrha, vivis!* ¡Mirra, vives!»

Arsinoé casi no lloró. Llevaba en su corazón el desprecio hacia el mundo y la resolución de creer en Dios, ó á lo menos de hacer todo lo que dependiera de ella para creer en él. Quería distribuir su fortuna entre los pobres y partir para la Tebaida. El mismo día en que Arsinoé comunicó sus proyectos á su tutor, indignado, recibió de la Galia una corta y enigmática carta del César Juliano.

«Juliano, á la muy noble Arsinoé. ¡Alegría!

»¿Te acuerdas de lo que habíamos hablado juntos en Atenas ante la estatua de Artemisa? ¿Te acuerdas de nuestra alianza? ¡Grande es mi odio, pero más grande es aun mi amor! Pronto tal vez el león alejará lejos de sí la piel del asno. Entretanto, seamos sencillos como palomas y prudentes como serpientes, según la expresión, del Cristo Nazareno.»



Los poetas epigramáticos de la corte, que en otro tiempo llamaban desdeñosamente á Juliano *victorinus* (conquistadorcillo), recibían sorprendidos las noticias de las continuas victorias del César. Lo ridículo se transformaba en terrible. Hablábese mucho de sortilegios, de secretas fuerzas demoniacas que venían en ayuda del amigo de Máximo de Efeso.

Juliano había conquistado é incorporado de nuevo al imperio romano: Argentoratum, Bracomagum, Tres Tabernae, Salison, Numetes, Vaugion, Moguntiac. Los soldados le adoraban como antes; Juliano se convencía cada día más de que los dioses olímpicos le protegían. Pero por prudencia continuaba yendo á las iglesias cristianas y en la ciudad de Viena, en la ribera del Ródano, había asistido expresamente á una misa solemne.

A mediados de Diciembre, el César conquistador volvía, después de una larga campaña, á sus cuar-

teles de invierno, en su muy querida ciudad de *Paris-Lutetia*, en las orillas del Sena.

Anochece; el cielo septentrional admiraba á los meridionales con sus reflejos verde pálidos. La nieve que acababa de caer crujía bajo los pies de los soldados.

Lutecia, construída sobre una isleta, estaba rodeada de agua por todas partes. Dos puentes de madera ponían en comunicación la ciudad con las riberas. Las casas eran de arquitectura galo-romana, con anchas galerías con cristaleras, que reemplazaban los pórticos descubiertos de los países meridionales. Por encima de la ciudad se elevaba el humo de una infinidad de chimeneas. Los árboles estaban cubiertos de escarcha.

En los jardines, á lo largo de los muros orientados al Mediodía, se apretaban como niños frioleros, higueras cuidadosamente envueltas en paja, traídas por los romanos.

Aquel año el invierno era riguroso, á despecho de los vientos del Sur que precipitaban el deshielo.

Enormes bloques de hielo, chocando unos con otros y atropellándose, flotaban sobre el Sena. Los guerreros romanos y griegos los miraban sorprendidos. Juliano admiraba las masas transparentes, ya azules, ya verdes, y las comparaba al mármol de Frigia, ligeramente teñido, de vetas esmeraldinas.

Había algo en la belleza triste del Norte que le cautivaba y hacía vibrar su corazón como un lejano recuerdo. Llegaron al palacio, enorme construcción que erguía las negras siluetas de sus arcadas

de ladrillo, y de sus torreones en el cielo crepuscular.

Juliano entró en su biblioteca; hacía frío; encendieron un gran fuego en el atrio y le entregaron varias cartas llegadas á Lutecia durante su ausencia. Una de ellas, de Asia Menor, era de Jamblico. Juliano, sentía que le envolvía el hábito oriental.

Fuera, el huracán ruía furioso; el viento bramaba. Hubiérase dicho que alguien llamaba en las puertas cerradas. Con los párpados cerrados, Juliano creyó ver las propileas de mármol, veladas por la obscuridad, pasar rápidamente y confundirse como nubes doradas en el horizonte.

Estremecióse y se levantó. El fuego, habíase extinguido. Un ratón, roía pergaminos en la biblioteca.

Juliano deseaba ver un rostro humano. Con una sonrisa burlona se acordó de que tenía una mujer. Era una pariente de la emperatriz Eusebia, llamada Elena, y que el emperador había casado á la fuerza con Juliano, poco antes de la marcha de éste á la Galia.

Juliano no amaba á Elena. Aunque había pasado más de un año desde su casamiento, casi no la había visto, no la conocía, no había pasado una noche junto á ella. Su mujer permanecía virgen.

Desde su adolescencia no había pensado más que en ser *la esposa de Cristo*. La idea del matrimonio le causaba repugnancia. Al principio se creyó perdida; pero después, viendo que Juliano no exigía de ella las caricias conyugales, se tranquilizó y vivió en el palacio como una monja, siempre melancólica, tranquila, vestida completamente de negro.

Elena, en sus oraciones, había hecho voto de castidad.

Aquella noche una curiosidad malévola impulsó á Juliano á ir á la torre en que rezaba su mujer. Abrió la puerta sin llamar y entró en la celda. La virgen estaba arrodillada ante un facistol terminado en una gran cruz.

Juliano se acercó á ella tapando con una mano la llama de su lámpara, y durante algunos minutos la miró con ceño adusto. Elena estaba tan absorta en su oración, que no lo notó, Juliano dijo:

—¡Elena!

Ella dió un grito y volvió hacia Juliano su rostro pálido y severo.

—¡Como me has asustado!

Juliano contempló de manera extraña la gran cruz, el Evangelio, el facistol y murmuró:

—¿Rezas aún?

—Sí, y por tí también... César muy amado.

—¿Por mí? Verdaderamente... Confiesa que me crees un gran pecador, Elena.

Ella bajó los ojos sin responder. Su rostro se puso aún más ceñudo.

—Nada temas. Habla. ¿No crees que soy culpable, de algo especialmente, respecto de Dios?

Elena respondió en voz muy baja:

—¿Especialmente?... Sí, me parece... No te incomodes...

—¡Estaba seguro de ello!... ¡Vamos, dílo!... ¡Me arrepentiré!

Elena replicó más bajo aún y más gravemente:

—¡No te rías!... Yo responderé de tu alma ante el Eterno...

—¿Tú... por la mía?

—¡Estamos unidos para siempre!

—¿Por qué medio?

—Por el sacramento del matrimonio.

—¿El matrimonio religioso?... ¡Pero hasta la fecha somos extraños el uno al otro, Elena!

—¡Temo por tu alma, Juliano!—repitió ella, fijando en él sus ojos inocentes.

Poniéndole la mano sobre el hombro, Juliano contempló burlescamente el semblante pálido, del que manaba un frío de castidad. Únicamente resaltaban de un modo extraño los labios sonrosados, la boca muy bonita y muy pequeña, entreabierta con expresión de miedo interrogativo.

Juliano se inclinó hacia ella y antes que de ella hubiera tenido tiempo de evitarlo, la besó en los labios.

Elena dió un salto, se precipitó hacia el rincón opuesto de la habitación y se ocultó el rostro con las manos. Después, mirando á Juliano con ojos locos de pavor, se persignó precipitadamente, murmurando:

—Lejos de mí, lejos de mí, impuro... Te conozco... No eres Juliano; eres el demonio... ¡En nombre de la muy santa cruz, te conjuro... desaparece!

La cólera se apoderó de Juliano. Fué hacia la puerta y echó el cerrojo; después, aproximándose á Elena, dijo sonriendo:

—Vuelve en tí, Elena... Soy un hombre, soy tu marido... ¡y no el demonio!... La Iglesia ha bendecido nuestra unión...

Cuanto más la odiaba, tanto más deseaba poseer

aquella virgen severa. Elena se pasó las manos lentamente por los ojos:

— ¡Perdóname!... ¡Me había parecido!... ¡Me has asustado de tal manera, Juliano!... Ya sé que no me deseas mal alguno... Pero yo he tenido visiones... Ahora he creído también... ¡«El» ronda por aquí, de noche! Le he visto dos veces... me ha dicho cosas malas de ti... Desde entonces tengo miedo... «El» me ha dicho que llevabas en tu rostro la señal de Caín... ¿Por qué me miras así, Juliano?

Elena tembló y apoyóse contra la pared. Juliano se aproximó á ella y la cogió por la cintura.

— ¿Qué haces? ¡Déjame, déjame!

Elena intentó gritar, llamar á la criada.

— ¡Eleferia!... ¡Eleferia!

— ¿Por qué llamas? ¿No soy tu marido?

Ella se puso á llorar amargamente.

— ¡«Hermano mío!...» «Esto» no debe ser... ¡Soy la desposada de Cristo!... Yo creía que tú...

— ¡La desposada del César romano no puede ser la desposada de Cristo!

— ¡Juliano!... Si crees en «El»...

Juliano se echó á reír.

— ¡Detesto al Galileo!

Con un supremo esfuerzo, Elena intentó rechazarlo y desesperada, exclamó:

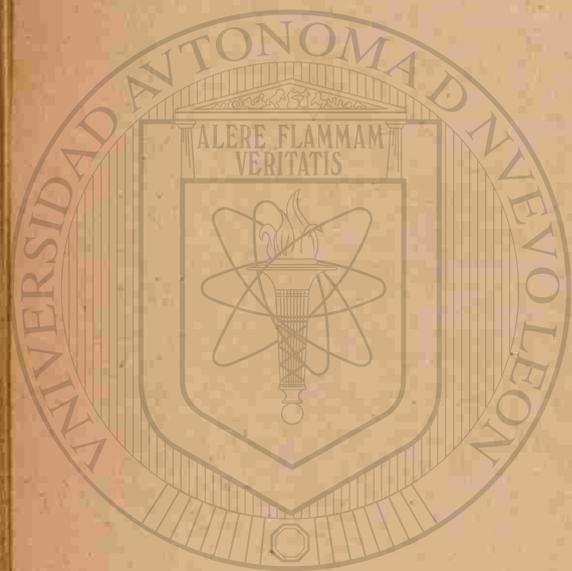
— ¡Vete!... ¡diablo! ¡diablo!... ¡Señor, por qué me has abandonado!

Juliano cubría el cuello de Elena de audaces besos. Parecíale que cometía un asesinato. Ella se había debilitado de tal manera en la lucha, que apenas resistía, murmurando:

— ¡Ten piedad!... ¡hermano mío!

Con sus manos impías le arrancaba los negros vestidos. Su corazón estaba lleno de terror; pero nunca en su vida había experimentado tal embriaguez del mal. De repente, á través de la tela desgarrada, resplandeció la rosada piel. Entonces, irónicamente, con sonrisa de desafío, el César romano miró hacia el rincón opuesto de la celda, donde brillaba la luz débilmente, iluminando en el muro la gran cruz negra...

. . . . .  
. . . . .



Habían pasado más de dos años desde la batalla de Argentoratum. Juliano había limpiado la Galia de bárbaros. Al empezar la primavera, Juliano, que estaba aún en Lutecia en sus cuarteles de invierno, había recibido una carta importante del emperador Constancio, traída por el tribuno Decencio.

Cada nueva victoria obtenida en la Galia vejaba á Constancio; era un golpe dado en lo más vivo de su vanidad. Aquel «granuja», aquella «urraca charlatana», aquel «mono vestido de púrpura», aquel «ridículo conquistador», que causaba indignación á los bufones de la corte, se transformaba en verdadero y terrible conquistador. ®

Constancio se desesperaba de envidia. Al mismo tiempo sufría derrota tras derrota, combatiendo á los persas en las provincias asiáticas. Enflaquecía, no dormía, perdía el apetito y tuvo dos veces derrames biliosos. Los médicos de la corte estaban consternados.

A veces, durante las noches de insomnio, el emperador, echado en su magnífica cama, colocada bajo el estandarte sagrado de Constantino, pensaba:

—¡Eusebia me ha engañado! Si no hubiera sido por ella, hubiera seguido los prudentes consejos de Catena y de Mercurio... ¡Hubiera mandado ahorcar á ese granuja en cualquier rincón oscuro!... ¡Hubiera exterminado á esa serpiente del nido de los Flavios!... ¡Imbécil!... ¡Yo mismo le he dejado escapar!... Y, ¿quién sabe?... ¿Habrá sido Eusebia tal vez su querida?

Los celos tardíos hacían aún más mortificante su envidia.

No podía vengarse de la emperatriz Eusebia, que había muerto poco hacía. Su segunda mujer, Faustina, era una tontuela, á quien despreciaba...

Constancio atormentaba sus cabellos ralos, que el peluquero rizaba tan cuidadosamente todos los días, y lloraba de rabia.

¿No había él defendido la Iglesia? ¿No se había encarnizado en la destrucción de todas las herejías? ¿No había construído y embellecido conventos? ¿No cumplía con regularidad los ritos impuestos? ¡Y qué recompensa se le concedía!

Por primera vez el señor de la tierra sentía murmurar dentro de sí la indignación contra el Señor eterno. La oración malévola expiraba en sus labios.

Para saciar algo su envidia, decidió recurrir á un medio inusitado: hizo enviar á todas las grandes ciudades *cartas triunfales*, adornadas con laureles y anunciando las victorias concedidas por la gracia

de Dios al emperador Constancio. De estas cartas resultaba que Constancio y no Juliano, había atravesado cuatro veces el Rhin, Constancio, que en la otra punta del mundo destruía el ejército en estúpidos combates, Constancio y no Juliano, había estado á punto de perecer bajo las flechas de Argentoratum; Constancio había hecho prisionero al rey Clodomiro; Constancio había atravesado los pantanos y las selvas impracticables, hecho los caminos, asaltado las fortalezas, soportado el hambre, la sed y el frío; se había fatigado más que los soldados, había dormido menos que ellos.

El nombre de Juliano ni siquiera figuraba en aquellas cartas, como si el César no existiera. El pueblo aclamaba á Constancio «vencedor de los galos» y en todas las iglesias, los obispos y los arzobispos entonaban himnos en acción de gracias, pidiendo longevidad y prosperidad para el emperador, dando gracias á Dios por las victorias concedidas á Constancio sobre los bárbaros alemanes.

Juliano, al tener noticia de aquellas locuras, se contentó con sonreír.

Pero la envidia que devoraba el corazón del emperador no se sació. Decidió quitar á Juliano sus mejores legiones, después, imperceptiblemente, bajo fútiles pretextos, desarmarlo como en otro tiempo á Galo, atraerle á sus redes y asestarle entonces el golpe mortal.

Con este objeto envió á Lutecia un hábil dignatario, el tribuno Decencio, portador de una carta. Debía escoger inmediatamente las mejores legiones compuestas de hérulos, bátavos, petulantes y celtas, y enviarlas á Asia, al emperador. Además, aquel

dignatario debía tomar de cada legión restante 300 guerreros de los más valerosos, y el tribuno de las caballerizas imperiales, Cintula, tenía orden de reunir soldados escogidos entre los portadores de banderines y ponerse á su cabeza para conducirlos á Oriente.

Juliano previno á Decencio, le hizo ver la inevitable rebelión entre las legiones bárbaras, que preferían morir antes que abandonar su suelo natal. El obstinado dignatario no tuvo en cuenta estas observaciones, conservando un ceño imperturbable en su rostro amarillo y astuto.

Al lado de uno de los puentes que reunían la isla de Lutecia á las riberas, se extendían las largas construcciones de los cuarteles. Desde por la mañana, la agitación se apoderó de los soldados. Sólo los contenía la severa y prudente disciplina impuesta por Juliano.

Las primeras cohortes de los petulantes y de los hérulos habían partido por la noche; sus hermanos, los celtas y los bátavos, se aprestaban á seguirles. Cintula daba órdenes con voz segura. Por entre la multitud corría un murmullo. Un soldado desobediente acababa de ser golpeado hasta matarlo. Decencio, con la pluma detrás de la oreja, llevaba por todas partes papeles en la mano.

En el patio, bajo el cielo sombrío, los carros cubiertos, con grandes ruedas, esperaban á las mujeres y á los niños de los soldados. Las mujeres al separarse del país natal tendían los brazos hacia los bosques y las llanuras; otras besaban con sollozos la tierra, á la que llamaban su madre, lloraban pensando que sus huesos se pudrirían en suelo ex-

tranjero. Otras, resignadas, mudas en su dolor, envolvían en un jirón de tela un puñado de tierra para recuerdo. Un perro flaco, cuyas costillas reventaban el pellejo, lamía el eje engrasado con sebo. De repente se alejó y se puso á ladrar con el hocico en el polvo. Todos se volvieron estremeciéndose. Un legionario pegó coléricamente al animal, que con el rabo entre piernas, se marchó corriendo á un campo, y allí, parándose, continuó sus aullidos, más lastimeros aún.

Y aquel aullido, rezagado en el silencio imponente del crepúsculo, era terrible.

El sármata Aragaris pertenecía al número de los que tenían que dejar el Norte. Se estaba despidiendo de su fiel amigo Estrombix.

—¡Primo, primo mío!... ¿Por qué me abandonas?

—¡Lloriqueaba Estrombix, engullendo la sopa cedida por Aragaris, que de disgusto no podía ni comer.

—¡Vamos, cállate, animal! —le decía para consolarle Aragaris. —¡Basta con los gemidos de las mujeres!... Dime mejor, tú que eres de aquellos países, ¿qué bosques atravesaremos?

—¿Qué dices, primo? No hay bosques; no hay más que arena y rocas.

—¿Y dónde se pone uno á cubierto del sol? —preguntó Aragaris con incredulidad.

—¡Es un desierto! Hace calor como bajo el horno de la cocina, y no hay agua.

—¿Cómo que no hay agua?... ¿Y cerveza?

—¡Ni siquiera se sabe lo que es!

—¡Mientes!

—Que me quede ciego en el acto, primo, si en to-

da Asia, Mesopotamia y Siria hallas ni siquiera un tonel de cerveza ó de miel.

—¡Vamos, acaba, primo mío! Si hace frío, si no hay agua, ni cerveza, ni miel, nos cazan en una extremidad del mundo, como bueyes para el matadero!

—¡Directamente en los cuernos del diablo, primo!

Y Estrombix lloró más amargamente aún.

En aquel momento resonaron un ruido lejano y un eco de voz. Los dos amigos salieron del cuartel. Una muchedumbre de soldados que atravesaban el puente de madera, corrían hacia Lutecia. Los gritos se aproximaban. La agitación se apoderó de los cuarteles. Los guerreros salían á la carretera, se reunían y gritaban, á despecho de las órdenes, de las amenazas y hasta de los golpes de los centuriones.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó un veterano.

—¡Han fustigado hasta matarlos á veinte soldados!

—¿Cómo veinte?... ¡cientos!

—Fustigarán á todos los soldados uno tras otro.

¡Esa es la orden!

Súbitamente, un legionario, con los vestidos desgarrados, el semblante aterrado, se arrojó en medio de la multitud y gritó:

—¡Hermanos! ¡corred aprisa al palacio! ¡Acaban de asesinar á Juliano!

Estas palabras cayeron como una chispa en paja seca. La llama, que estaba latente desde hacía mucho tiempo, brotó irresistiblemente. Los rostros tomaron expresiones bestiales. Nadie comprendía una

palabra, no querían entender nada; todos gritaban:

—¿Dónde están los criminales?

—¡Matad á los miserables!

—¿A quién?

—¡A los enviados del emperador Constancio!

—¡Abajo el emperador!

—¡Ah! ¡Imbéciles!... ¡Haber hecho traición á un jefe semejante!

Dos inocentes centuriones que pasaban fueron cogidos, arrojados al suelo, pisoteados, casi despedazados. La sangre corría y al ver esto los soldados se enfurecieron más aún.

La muchedumbre, que atravesaba el puente, se acercaba á los cuarteles y repentinamente se distinguió el grito ensordecedor:

—¡Gloria al emperador Juliano! ¡Gloria á Augusto Juliano!

—¡Lo han matado!... ¡Lo han matado!

—¡Callad, imbéciles!... Augusto vive... Acabamos de verle.

—¡El César vive!

—Ya no es César, sino emperador.

—¿Quién ha dicho que lo habían matado?

—¿Dónde está el pillo?

—Han querido matarle.

—¿Quién?

—Constancio.

—¡Abajo Constancio! ¡Abajo los malditos eunucos!

Uno pasó en la penumbra tan rápidamente á caballo, que apenas lo reconocieron.

—¡Decencio! ¡Decencio! ¡Coged al bandolero!

Llevaba todavía la pluma detrás de la oreja y su tintero de campaña saltaba en su cintura. Desapareció acompañado de injurias y risas. La multitud aumentaba. El ejército sublevado parecía al mar enfurecido. La cólera se transformó en alegría, cuando vieron volver las legiones de los hérulos y petulantes, que se habían marchado la noche anterior, sublevadas también. Los abrazaron, así como á sus mujeres é hijos, como tras larga separación. Muchos lloraban de alegría, otros golpeaban sus escudos. Encendieron grandes fogatas. Aparecieron oradores. Estrombix, que en su juventud había sido bufón en Antioquia, sintió brotar en él la inspiración. Sus camaradas lo levantaron en hombros, y haciendo grandes gestos principió:

—*Nos quidem ad orbis terrarum extrema ut noxii pellimur et damnati.* Nos envían al fin del mundo como criminales; nuestras familias, que hemos rescatado á costa de nuestra sangre de la esclavitud, caerán de nuevo bajo el yugo de los alemanes...

No pudo terminar; de los cuarteles resonaron gritos penetrantes, y el ruido, bien conocido de los soldados, de las varas, azotando la piel; los guerreros fustigaban al detestado centurión Cedo Alteram. El soldado que zurraba á su superior, arrojó la vara ensangrentada y con risa general, imitando la voz alegre del centurión, gritó:

—¡Dame otra, *Cedo Alteram!*

—¡A palacio, á palacio!—gritó la multitud.—¡Nombremos augusto á Juliano! ¡Ciñámosle la diadema!

Todos se precipitaron, dejando en el patio al centurión medio muerto, en un lago de sangre. Estrellas extrañas brillaron á través de las nubes. Un viento frío arremolinaba el polvo.

Las verjas, las puertas y las ventanas del palacio estaban herméticamente cerradas. El edificio parecía deshabitado.

Previendo la sublevación, Juliano no salía, no se mostraba á los soldados y pasaba el tiempo en adivinaciones. Dos días y dos noches esperó milagros. Revestido con la larga túnica blanca de los pitagóricos, con una lámpara en la mano, subía la estrecha escalera que conducía á la torre más alta del palacio.

Allí le esperaba, observando los astros, el ayudante de Máximo de Efeso, enviado por éste á Juliano, aquel mismo Nogodares que en otro tiempo, en la taberna de Syrax, al pie del monte Argos, había predicho el porvenir al tribuno Escuda.

—¿Y bien?—preguntó Juliano inquieto.

—¡No se ve nada! ¡Diríase que el cielo y la tierra se han puesto de acuerdo!

Un murciélago voló.

—¡Mira!... ¡mira!... ¿Podrás tal vez predecir algo por su vuelo?

El animal nocturno rozó casi con su ala fría el rostro de Juliano y desapareció.

—El alma de un sér próximo,—murmuró Nogodares.—Acuérdate, esta noche sucederá algo extraordinario...

Oíanse los gritos confusos de los soldados, ahogados por el viento.

—¡Si descubres un signo, ven!—dijo Juliano descendiendo á su biblioteca.

Con paso desigual recorría la habitación, deteniéndose, prestando oído; parecíale que alguien le seguía, que un frío extraordinario le caía sobre la nuca. Se volvió sin ver nada. La sangre le golpeaba las sienas violentamente. Continuaba sus paseos y le parecía que alguien murmuraba á su oído palabras que no tenía tiempo de comprender.

Un criado entró, anunciando que un anciano de Atenas deseaba ver al César para un asunto urgente. Juliano dió un grito de alegría y corrió á su encuentro. Creyó ver á Máximo. Se engañaba. Era el gran hierofante de los misterios de Eleusis, que esperaba también con impaciencia.

—¡Padre!—exclamó Juliano,—¡sálvame! ¡Tengo que saber la voluntad de los dioses!... ¡Vamos pronto; todo está preparado!

Alrededor del palacio resonaban los gritos ensordecedores del ejército sublevado. Los viejos muros de ladrillo temblaron. Un abanderado entró, livido de miedo.

—¡La sublevación! ¡Los soldados rompen las verjas!

Juliano hizo un gesto imperioso con la mano.

—¡No temáis nada!... Después... Después... ¡No dejéis entrar á nadie en mis habitaciones!

Y cogiendo al hierofante por la mano, lo condujo á un sótano oscuro y cerró tras ellos una pesada puerta de hierro.

Todo estaba, en efecto, preparado. La llama de las antorchas se reflejaba en la reproducción de plata de Helios Mitra, el dios Sol; los trípodes hu-

meaban, los vasos sagrados, llenos de agua, de vino y de miel, esperaban, así como la sal y la harina, para recubrir el cuerpo de las víctimas. Había en jaulas diferentes aves: patos, palomas zuritas, gallinas, un águila y un cordero blanco que balaba quejumbrosamente.

—Más deprisa, más deprisa,—decía Juliano, tendiendo al hierofante un largo puñal.

El anciano, sofocado, recitó apresuradamente las oraciones. Mató el cordero, puso una parte de la carne y grasa en los carbones del altar y con misteriosos exorcismos comenzó la inspección de los órganos. Con sus manos expertas, separaba el hígado, el corazón, los pulmones y los miraba en todos sentidos.

—El poderoso será derribado,—dijo, designando el corazón aún tibio;—una muerte horrorosa...

—¿De quién?—preguntó Juliano.—¿El ó yo?

—No sé.

—¡No sabes!

—¡César,—dijo el anciano,—no te apresures! No decides nada esta noche. Espera al día. Los presagios son dudosos...

No terminó y cogió otra víctima, un pato, y después un águila. Arriba oíase el ruido de la muchedumbre, semejante á una inundación. Los golpes de ariete rompieron las puertas de hierro. Juliano no oía nada. Con ávida curiosidad examinaba los órganos ensangrentados.

El anciano sacrificador le dijo:

—No decides nada esta noche. Los dioses permanecen mudos.

—¡Precisamente esta es la ocasión!—exclamó Juliano despechado.

Nogodares entró, con aire solemne.

—¡Juliano, regocíjate!... Esta noche se decidirá tu suerte... Date prisa; después será demasiado tarde...

El mago miró al hierofante; el hierofante miró al mago.

—¡Espera!—dijo Nogodares.

Juliano permanecía perplejo entre los dos y los observaba.

Los rostros de los augures permanecían impenetrables.

—¿Qué hacer?—murmuró Juliano.

Después recordó alegremente:

—¡Esperad! Tengo en mi Biblioteca un libro titulado *De la contradicción en los augurios*. ¡Vere-mos!

Corrió á su Biblioteca. En un corredor encontró al obispo Doroteo en hábito sacerdotal con la cruz en la mano y llevando el Santo Viático.

—¿Qué ocurre?—preguntó Juliano.

—¡El Santo Viático para tu mujer que está agonizando, César!

Doroteo miró severamente los vestidos de Juliano, su semblante pálido, sus manos ensangrentadas.

—Tu mujer,—continuó el obispo,—querría verte antes de morir. ¿Vendrás?

—¡Sí... sí, más tarde!... ¡Oh, dioses!... ¡Otro presagio malo! ¡Todo lo que hace mi mujer está fuera de lugar!

Entró en su Biblioteca y empezó á buscar entre

los pergaminos. De repente oyó una voz que murmuraba á su oído:

—¡Atrévete, atrévete, atrévete!

—Máximo, ¿eres tú?—exclamó Juliano volviéndose.

Nadie había en la obscura habitación. El corazón de Juliano latía con tanta fuerza, que se llevó la mano á él. Un sudor frío mojó su frente.

—¡Esto era lo que yo esperaba!—murmuró Juliano.—¡Era su voz! ¡Ahora todo ha terminado!... ¡Voy!

Las rejas se hundieron con estrépito. Los legionarios invadieron el atrio. Los muros del palacio temblaron á sus gritos. El reflejo purpúreo de las antorchas brilló á través de las hendiduras de las puertas como un reflejo de incendio. No había que perder un minuto. Juliano se quitó su traje blanco, se puso la armadura, el *paludamentum* y el casco, se ciñó la espada y bajó corriendo la escalera principal que conducía á la salida; abrió la puerta y se presentó ante los soldados con el rostro tranquilo y solemne. Todas sus dudas desaparecieron. En la acción su voluntad no vacilaba jamás. ¡Nunca tampoco había sentido aquella fuerza interior, aquella claridad de raciocinio y aquella sangre fría! La multitud lo comprendió én seguida. El semblante pálido de Juliano era imperial y aterrador. Hizo un signo con la mano y el silencio reinó.

Juliano pronunció un discurso. Rogaba á los soldados que se calmaran; él no los abandonaría, no permitiría que se los llevaran; convencería á su muy querido hermano el emperador Constancio.

—¡Abajo Constancio!—interrumpieron los legio-

narios.—¡Abajo el fratricida! ¡Tú eres nuestro emperador!... ¡Gloria á nuestro Augusto Juliano el invencible!

Representó muy bien el papel de hombre sorprendido, casi aterrado; bajó los ojos, volvió la cabeza y tendió las manos con las palmas hacia delante, como si rechazara un don criminal y lo evitara. Los gritos redoblaron.

—¿Qué hacéis?—exclamó Juliano aparentando terror.—¡Me perderéis y os perderéis! ¿Creéis que puedo hacer traición á mi señor?

—¡El asesino de tu hermano Galo!—gritaban los soldados.

—¡Callad!—replicó Juliano adelantándose hacia la muchedumbre.—Pues no sabéis que nos hemos jurado...

Cada movimiento de Juliano era una hipócrita astucia. Los soldados le rodearon. Sacó la espada de la funda y la dirigió contra su pecho.

—¡Bravos entre los bravos, más vale morir por el César que hacer traición!

Los soldados le cogieron las manos, lo desarmaron. Muchos cayeron á sus pies, y los besaron llorando:

—¡Moriremos por tí!

Otros le tendían las manos gimiendo:

—¡Ten compasión!... ¡Se nuestro Augusto!

El corazón de Juliano se estremeció. Le gustaban aquellas caras tocadas, el olor del cuartel, el entusiasmo desencadenado, en el que sentía su propia fuerza.

Notó que la sublevación era peligrosa por estos indicios; los legionarios no se interrumpían, gritaban todos á la vez como si se hubieran puesto de acuerdo, y callaban lo mismo.

O eran gritos ensordecedores ó un silencio completo.

Por último Juliano, como contra su voluntad, dijo en un esfuerzo que se hubiere podido creer verdadero:

—¡Hijos míos! Mis camaradas muy queridos... Ya veis... Soy vuestro en la vida y en la muerte. No puedo rehusaros nada...

—¡Coronadle! ¡La diadema!—exclamó el ejército triunfalmente.

No había diadema. Estrombix propuso:

—¡Que Augusto mande traer un collar de perlas de su mujer Elena!

Juliano replicó que un adorno de mujer sería indecente, y sería un presagio malo para inaugurar un reinado.

Los soldados no se calmaban; les era absolutamente necesario ver un adorno brillante en la cabeza de su elegido para creerlo emperador. Un legionario arrancó á su caballo de combate el peto de placas metálicas, llamado «falerno», y lo propuso para coronar á Augusto.

DIOSES.—TOMO I

Aquello no gustó. El peto olía al sudor del caballo. Buscaron con impaciencia otro adorno. Entonces al portadraconario de la legión de los petulantes, el sármata Aragaris, se quitó del cuello la cadena de metal que correspondía á su graduación. Juliano rodeó dos veces su cabeza; aquella cadena le hizo emperador romano.

—¡Sobre el escudo! ¡Sobre el escudo!—gritaban los soldados.

Aragaris alargó su escudo redondo, y centenares de brazos levantaron al emperador. Vió un mar de cabezas cubiertas con el casco y oyó, semejante al rugido del trueno, el grito triunfal:

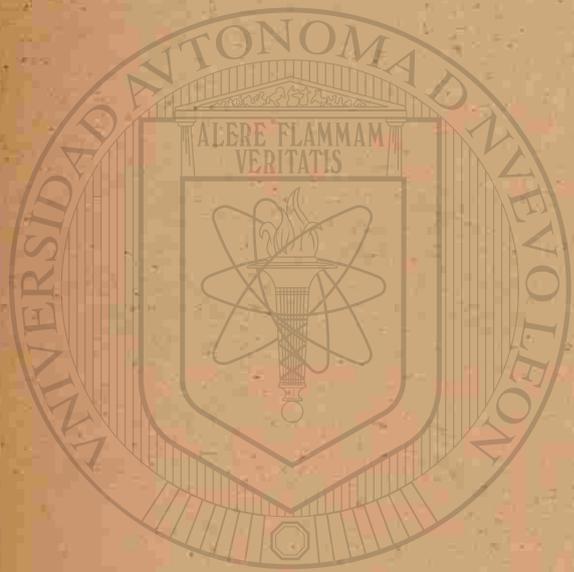
—¡Gloria á Juliano, divino Augusto!

Parecía que se cumplía la voluntad del destino. Las antorchas se apagaron. Por el Oriente el cielo se cubrió de franjas blancas; las poco artísticas torres del palacio se elevaban negras y tristes. Sólo una ventana estaba iluminada. Juliano adivinó que aquella ventana debía ser la de la celda en que agonizaba Elena.

Cuando al despuntar el día el ejército fatigado se hubo dispersado, se fué á ver á su mujer. Era demasiado tarde.

La muerta estaba tendida en su lecho virginal. Sus labios estaban severamente plegados. Juliano, sin remordimientos, pero presa únicamente de una penosa curiosidad, contempló el rostro lívido de su mujer, y pensó:

—¿Qué querría? ¿Qué tendría que decirme?



El emperador Constancio pasaba días tristes en Antioquía. Por la noche tenía sueños aterradores; en su habitación hasta el amanecer ardían seis lámparas, sin quitarle, no obstante, el miedo á la obscuridad. Durante largas horas permanecía solo en inmovilidad pensadora, sobresaltándose al menor ruidó.

Una vez vió en sueños á su padre Constantino el Grande con un niño en brazos, robusto y maligno. Constancio tomó al niño, lo sentó en su mano derecha, esforzándose por tener en la mano izquierda una enorme bola de cristal. El maligno niño empujó la bola, que se cayó y se rompió, y los pedazos, picando como agujas, con dolor intolerable, se hundieron en el cuerpo de Constancio, en su cerebro, en los ojos, en el corazón, y brillaban, sonaban, se rompían y quemaban.

El emperador se despertó aterrado, inundada de sudor frío. Consultó á los hechiceros, á los magos célebres, á los adivinos. Reuníanse tropas en Antioquia en previsión de la campaña contra Juliano. A veces, tras una larga inmovilidad, el emperador era acometido de una irresistible necesidad de acción. La mayor parte de los dignatarios hallaban irrazonable aquella precipitación y se comunicaban sus temores sobre el estado mental del soberano Augusto.

El otoño tocaba á su fin cuando abandonó á Antioquia. Al medio día, en la carretera, á tres mil pasos de la ciudad, cerca del pueblo de Hipocéfalos, el emperador vió el cuerpo mutilado de un desconocido. Vuelto hacia el Sur, el cadáver estaba tendido á la derecha de Constancio á caballo; la cabeza estaba separada del tronco.

El emperador palideció y volvió la cabeza; ninguno de los que le rodeaban pronunció una palabra; todos sabían que aquello era un presagio muy malo. En la ciudad de Tarso, en Cilicia, Constancio sintió escalofríos y debilidad; pero no hizo caso de ellos, no consultó á los médicos, esperando que la marcha á caballo, al sol, por las montañas escarpadas, produciría una reacción.

Se dirigió hacia la pequeña ciudad de Mopsucrena, al pie del monte Tauro, última estapa antes de salir de Cilicia.

Varias veces, durante la marcha sufrió fuertes desvanecimientos, que le obligaron á bajarse del caballo y á tenderse en una litera. A consecuencia

de esto, el eunuco Eusebio contó cómo el emperador acostado en su palanquín cogía bajo sus vestidos una piedra preciosa sobre la que estaba grabado el perfil de la difunta emperatriz Eusebia Aurelia, y la besaba tiernamente.

En una de las encrucijadas preguntó á dónde conducía el camino opuesto, y cuando le respondieron: «Al palacio abandonado de los reyes de Capadocia, á Macelo», su rostro se oscureció.

A la caída de la tarde llegaron á Mopsucrena. Constancio estaba fatigado y melancólico. Apenas había entrado en la casa que le había sido preparada, cuando uno de los cortesanos por irreflexión á pesar de la prohibición de Eusebio anunció al emperador que le esperaban dos correos de las provincias del Sur.

Constancio ordenó que los hicieran venir, á despecho de las súplicas de Eusebio, su chambelán favorito, que le aconsejaba dejase los negocios para el día siguiente.

Más el emperador aseguraba que se encontraba mejor, que sólo sentía un ligero dolor en la nuca.

Hicieron venir al primer correo, que estaba lívido y tembloroso.

—¡Dilo todo!... ¡todo en seguida!—exclamó Constancio aterrado por la expresión de aquel semblante.

El correo contó la audacia de Juliano. El César, ante el ejército reunido, había roto la carta del emperador. La Galia, la Panonia, la Aquitania, se había sometido á Juliano. Los traidores avanzaban al

encuentro de Constancio, con todas las legiones disponibles en sus regiones.

El emperador se levantó con el rostro descompuesto por el furor, y cogiendo el mensajero por el cuello:

—¡Mientes, miserable! ¡Mientes, mientes!... ¡Aún hay un Dios en los cielos, protector de los reyes de la tierra... que no permitirá, ¿lo oís... imbéciles... ¡qué no permitirá!...

Tuvo un desvonecimiento, y se cubrió los ojos con la mano. El correo, más muerto que vivo se deslizó hacia la salida.

—¡Mañana!—balbuceó Constancio desatinado.— ¡Mañana hay que partir! ¡Necesariamente... directamente, á través de las montañas, á marchas forzadas... á Constantinopla!

Eusebio se aproximó á él, inclinado servilmente.

—¡Divino Augusto! El Señor Dios te ha concedido á tí, su elegido, la victoria sobre tus enemigos. Has aniquilado á Maxencio, á Constante, á Vitrión, á Galo... Tú aniquilarás al impío...

Pero Constancio, sin escuchar, murmuró moviendo la cabeza.

—Entonces «El» no existe si todo eso es verdad, y ¡yo estoy solo!... ¡Que alguien ose decir que «El» existe, cuando se efectúan maldades semejantes!... He pensado en ello desde hace mucho tiempo...

Paseó sobre los asistentes su mirada triste, y dijo:

—Llamad al otro...

El médico se acercó á él; cortesano elegante, de

cara afeitada y sonrosada, armenio que hacía el papel de aristócrata romano, hizo observar respetuosamente al emperador que una emoción demasiado viva podría serle perjudicial; que tendría que descansar... Constancio le alejó como una mosca incómoda.

Hicieron entrar al segundo correo, el tribuno de las caballerizas imperiales, Cintula, escapado de Lutecia. Comunicó una noticia terrible: los habitantes de Sirmium habían abierto las puertas de la ciudad á Juliano, y lo habían acogido como el salvador de la patria; dentro de dos días iba á salir á la gran vía romana que conducía á Constantinopla.

El emperador no oyó ó no comprendió las últimas palabras del mensajero; pero su semblante se puso raramente inmóvil. Hizo un gesto para despedir á todos. Sólo Eusebio permaneció para hablar de los negocios.

Al cabo de un cuarto de hora, Constancio ordenó que le condujeran á su cuarto y dió algunos pasos. Después escapóse un grito de su pecho, llevóse las manos á la cabeza como si hubiera sentido repentinamente un dolor atroz, y vaciló. Los cortesanos le sostuvieron.

El emperador no había perdido el conocimiento. En su cara, en sus movimientos, en las venas de la frente, hinchadas comprendíase que hacía esfuerzos inauditos para hablar. Por último, balbuceó lentamente, palabra por palabra, como si un nudo le oprimiera la garganta.

—Quiero... hablar... y no... no... puedo...

Estas fueron sus últimas palabras. La parálisis había herido repentinamente el lado derecho, y el brazo y la pierna pendían inertes. Llevarónlo á la cama.

Pero en sus ojos brillaban pensamientos, esforzabase en decir algo, una orden importante quizás, y sus labios sólo producían sonidos confusos, semejantes á débiles rugidos. Nadie comprendía lo que deseaba, y el enfermo fijaba, uno tras otro sobre todos los asistentes, una mirada clara. Los eunucos los cortesanos, los jefes de ejército, los esclavos, apretábanse alrededor del moribundo, querían y no sabían en qué servirle por última vez.

Por momentos, la cólera se leía en la mirada limpia, y el rugido hacíase ronco.

Por último, Eusebio comprendió, y trajo tablillas de cera. Al verlas el emperador tuvo un rayo de alegría, y cogió con torpeza, como un niño, el estilete de acero. Tras largos esfuerzos, consiguió trazar algunas letras sobre la blanda cera, y los cortesanos con trabajo descifraron la palabra *bautismo*. Constancio fijó sobre Eusebio, una mirada suplicante, y todos se admiraron de no haber comprendido antes. El emperador deseaba ser bautizado antes de su muerte, habiendo siempre, según el ejemplo de su padre Constantino, diferido este sacramento hasta el último momento, convencido de que podía librar milagrosamente su alma de todos los pecados y ponerla *blanca como la nieve*.

Corrieron á buscar al obispo; no lo había en Mop-

sucrena y tuvieron que recurrir al sacerdote arriano de la basílica. Era éste un hombre tímido, con cara de pájaro, de nariz roja, barba de choto y maneras provinciales.

Cuando fueron á buscarle, el P. Ninfodion estaba tomando la décima copa de vino, y parecía muy alegre. No consiguieron explicarle de qué se trataba, y se enfadaba creyendo que se burlaban de él. Pero cuando consiguieron convencerle de que la suerte le designaba para bautizar al emperador, estuvo á punto de perder el juicio.

Cuando entró en la habitación del enfermo, el emperador miró con tanta humildad al tembloroso P. Ninfodion, que comprendieron que tenía miedo de morir y deseaba acelerar la ceremonia.

Buscóse en vano por toda la ciudad una artesa de oro ó de plata. Bien es verdad que había una completamente adornada de piedras preciosas; pero servía para los misterios báquicos del dios Dionisios, y prefirióse la vulgar artesa de cobre que servía á los feligreses de la basílica. Acercáronla al lecho y echaron en ella agua caliente. El médico quiso darse cuenta de la temperatura, pero el emperador hizo un brusco movimienso, y rugió como si hubiese temido que ensuciasen el agua.

Quitaron la túnica del moribundo y robustos legionarios levantáronlo en sus brazos como un niño y lo sumergieron en el agua.

Con el rostro enflaquecido, Constancio miraba con los ojos muy abiertos y fijos la cruz brillante que remataba el lábaro, el estandarte de tela de

oro de Constantino. Era una mirada obstinada, sin pensamiento, como la de los niños cuando miran fijamente un objeto brillante y no pueden volver la cabeza.

La ceremonia no calmó al enfermo, que parecía haberlo olvidado todo. Por última vez la voluntad apareció en sus ojos cuando Eusebio le tendió nuevamente las tablillas de cera. Pero Constancio ya no podía escribir; trazó solamente el nombre de «Juliano», sin que nadie supiera si quería perdonar á su enemigo ó legaba su venganza.

La agonía duró tres días. Los cortesanos murmuraban entre sí que quería morir y no podía, cosa que era un castigo especial de Dios. Sin embargo, por costumbre llamaban siempre al moribundo «divino», «augusto», «santidad» y «eterno!»

Debía sufrir; el rugido se transformó en un estertor continuo que no cesaba ni de día ni de noche. Aquellos sonidos eran iguales, tan continuos, que no se hubiera podido creer que se escapaban de un pecho humano.

Los cortesanos entraban y salían esperando siempre el fin. Solamente el eunuco Eusebio no abandonaba ni un segundo á su señor.

El gran chambelán tenía bastantes crímenes sobre su conciencia; todos los hilos enredados de las relaciones, espionajes, discusiones eclesiásticas, estaban reunidos en sus manos. Pero era el único que en todo el palacio amaba á su señor como esclavo fiel.

Por la noche, cuando todo el mundo se dormía ó

se retiraba, fatigado por los sufrimientos demasiado largos, Eusebio permanecía junto al lecho. Arreglaba las almohadas, refrescaba los labios secos con hielo, ó bien se arrodillaba á los pies del emperador y oraba. Cuando nadie podía verle, Eusebio levantaba cuidadosamente la colcha de púrpura y besaba llorando los pies pálidos y entorpecidos del moribundo. Hasta una vez parecióle que Constancio había notado aquella caricia y le daba las gracias con la mirada. Algo de fraternal y tierno había flotado entonces entre aquellos hombres crueles, desgraciados y solos.

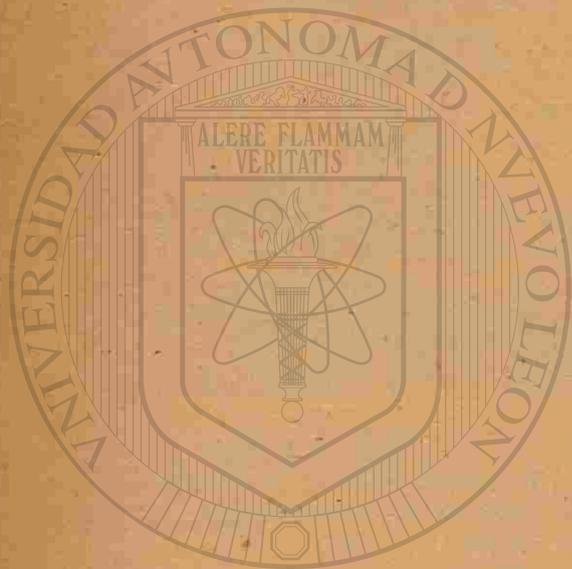
Eusebio cerró los ojos del emperador, y vió en su semblante, marcado durante tantos años por la grandeza efímera, reinar la verdadera grandeza de la muerte.

Y sobre Constancio resonaron aquellas palabras que según la costumbre recitaba la Iglesia sobre los mortales restos de los emperadores romanos antes de descender á la tumba:

«¡Levántate, oh rey de la tierra; acude al llamamiento del rey de los reyes para que te juzgue!»

FIN DEL TOMO PRIMERO





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## CASA EDITORIAL MAUCCI

Mallorca, 226 y 228.—Apartado de Correos, 189

BARCELONA

### ULTIMAS PUBLICACIONES

#### ENRIQUE SIENKIEWICZ

<i>Quo vadis?</i> (60 millar) . . . . .	2 tomos
<i>Más allá del misterio.</i> (Sin Dogma) . . . . .	1 >
<i>Luchar en vano.</i> . . . . .	1 >
<i>A Sangre y Fuego.</i> . . . . .	2 >
<i>Sigámosle.</i> . . . . .	1 >

#### CONDE LEÓN TOLSTOY

<i>Imitaciones.—Los Cosacos.</i> . . . . .	1 >
<i>La Esclavitud Moderna.</i> . . . . .	1 >

#### GUSTAVO FLAUBERT

<i>La Señora de Bovary.</i> . . . . .	2 >
<i>Salambó.</i> . . . . .	1 >

#### JOSÉ NOGALES Y NOGALES

<i>Mariquita León</i> (ilustrada). . . . .	1 >
<i>El Ultimo Patriota</i> (en prensa). . . . .	1 >

